

DSCL  
A  
COLECCIÓN UNIVERSAL

---

Cristóbal de Villalón

—  
VIAJE DE TURQUÍA

TOMO I

MCMXIX

T. 59359

C. 1075546

---

ES PROPIEDAD  
Copyright by Calpe, 1919

---

---

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

---

# Viaje de Turquía

Atribuido a

CRISTÓBAL DE VILLALÓN

Edición y prólogo de  
Antonio G. Solalinde

TOMO I



MADRID-BARCELONA

MCMXIX

R. 45369



Todo viaje, aunque sea en una galera turquesca y bajo el látigo del cómitre, aprovecha al que lo hace.; y así, Pedro de Urdemalas, nombre bajo el cual se oculta el héroe de este VIAJE DE TURQUIA, ha sacado de él—según los interlocutores de este diálogo—mayor temor de Dios, algunos conocimientos médicos, la práctica de ciertos idiomas y una postura crítica ante lo que ha visto por las tierras de su peregrinación y ante los defectos de que adolecían los españoles de su tiempo.

Algo oye de lo que por aquel entonces se decía por el mundo, y a esto obedecen sus preocupaciones en materia religiosa y los deseos de que clérigos y feligreses ajustasen sus prácticas a una disciplina más severa.

Esta crónica minuciosa de la vida que llevaban en Constantinopla los cautivos del siglo XVI llega a interesar vivamente, por ser su autor hombre avisado, que aprovechó cuanto pudo su desventura, y que supo trasladarnos sus impresiones, sin desechar detalle, en un diálogo animado, donde no faltan ni la amenidad ni el “gracioso” de las comedias antiguas.

Desde el momento en que le apresan los turcos, cuando vogaba en la armada de Andrea Doria por aguas italianas, hasta que logra escapar

del cautiverio para arrastrar aún su infortunio en una huída cuajada de peligrosos accidentes, va guardando este aventurero en su memoria, como en un diario, no sólo cuanto a él atañe, sino cuanto escudriña, valiéndose de su privilegiada y fingida condición de médico de un bajá

Las páginas del VIAJE DE TURQUIA están lejos de ser una entretenida novela de aventuras, como la que años más tarde había de darnos Cervantes en su Persiles y Sigismunda. Son más bien un relato, lleno de veracidad, de útiles observaciones y de noticias curiosas. No podrán ser muy distintas las memorias de un espía de nuestro tiempo un poco dado a la literatura.

Y, en efecto, ya observa su autor en la dedicatoria, que escribió la obra con fines políticos: había que enterar al rey de España del poder y de las flaquezas del Turco; de paso convenía ponerle sobre aviso de alguna que otra inmoralidad de sus ejércitos y de la ineficacia del dinero que se gastaba en los rescates. Todo mezclado con episodios de su vida y de la de los turcos, desde la religión hasta las excelencias del caviar o del yogurt.

No faltaban tampoco las noticias literarias; pero hemos de echar la culpa a la Inquisición de la pérdida de unas páginas dedicadas a los libros de caballería, que fueron arrancadas del manuscrito primitivo.

Es lastimoso que el autor y héroe del VIAJE sea insensible ante las bellezas artísticas que por

fuerza contempló en Santa Sofía de Constantinopla y en los monumentos griegos e italianos. Donatello no existe para él, y de las puertas de Ghiberti, del Bautisterio de Florencia, sólo se le ocurre decir que son “muy soberbias, de metal y con figuras de bulto”.

¿No nos obligaría esta muestra de profunda insensibilidad a dudar de la atribución del VIAJE DE TURQUIA a Cristóbal de Villalón, autor de la Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente, en la que se diserta sobre las artes y se describen las obras principales de la arquitectura, de la estatuaría y de la pintura de España y de fuera de España?

El catedrático de Zaragoza D. Manuel Serrano y Sanz (1) fué quien primero habló de este VIAJE, atribuyéndoselo—también desde el primer momento—al bachiller Cristóbal de Villalón. Y ciertamente supo encontrar razones para ello, aunque algunas sean discutibles. Pero no podemos detenernos a rebatir sus argumentos. Baste decir que, aparte de pequeñas coincidencias del VIAJE con otras obras indudables de Villalón, se funda en las semejanzas que éste tiene con El Crotalón, obra asimismo atribuída al citado bachiller. Claro es que nada se opone documen-

---

(1) Véase el prólogo a la edición de la obra antes citada, *Bibliófilos españoles*, tomo XXXIII. Madrid, 1898, y el estudio puesto al frente del VIAJE DE TURQUIA, en el tomo II de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1905, páginas CX-CXXIII.

talmente a que Cristóbal de Villalón, el estudiante en Salamanca por el año 1525, el preceptor en Valladolid de los hijos de los condes de Lemos desde 1532 hasta 1534, y que todavía permanecía en la antigua corte en 1539, el autor de *El scholástico* y de la *Tragedia de Mirra*, impresa en 1536; de la *Ingeniosa comparación* entre lo antiguo y lo presente (1539), del *Provechoso* tratado de cambios y contrataciones de mercaderes y reprobación de la usura (1541) y de la *Gramática castellana* (1558) (1), nada se opone documentalmente a que éste—y no sus homónimos, el Cristóbal de Villalón mercader, ni el borceguilero, ni el que con igual nombre figura como testigo en la *Información de Argel* abierta por Cervantes en 1580—(2) escribiese el VIAJE DE TURQUIA en 1557, ni a que realizase éste por los años de 1552 a 1555.

Y tendría interés saber a ciencia cierta quién es el autor del VIAJE DE TURQUIA, pues éste contiene el relato de tantas hazañas loables, que convendría no regalárselas a un señor que pudo no moverse en esos años de la aldea desde donde escribió su *Gramática castellana*.

También debemos al Sr. Serrano y Sanz la identificación de los otros dos interlocutores:

(1) También se le atribuye un *Diálogo de las transformaciones*, aún inédito.

(2) Véanse los importantes artículos de los señores Alonso Cortés e Icaza en el *Boletín de la Academia Española*, 1914, I, 434-448, y 1917, IV, 32-46, respectivamente.



*Juan de Voto a Dios podría ser Alonso de Portillo, y Mátalas Callando el clérigo Granada, fundadores del hospital de la Resurrección de Valladolid.*

ANTONIO G. SOLALINDE.

---

Esta obra se conserva en dos manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional (núms. 3.871 y 6.395). El Sr. Serrano y Sanz la editó en el tomo II de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid, 1905.



*Al muy alto y muy poderoso, católico y cristianísimo señor don Felipe, rey de España, Inglaterra y Nápoles, el autor, salud y deseo de sincera felicidad y victoria.*

Aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conocer que natura puso en todos los hombres, César invictísimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fructo ninguno las fábulas y ficciones, no puede mejor ejecutarse que con la peregrinación y ver de tierras extrañas, considerando en cuánta angustia se encierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse a especular la infinita grandeza deste mundo, y por esto Homero, único padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo de proponer a su Ulises por perfecto dechado de virtud y sabiduría, no sabe de qué manera se entona más alto que con estas palabras:

«Ἄνδρα μὲ ἔννεπε, Μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα πολλὰ  
πλάγχθη.....»

“Ayúdame a cantar, ¡oh musa!, un varón que vió muchas tierras y diversas costumbres de hombres.” Y si para confirmar esto hay necesidad de más ejemplos, ¿quién puede con mejor título ser presentado por nuestra parte que Vuestra Ma-

gestad como testigo de vista a quien este virtuoso deseo tiene tan rindido, que en la primera flor de su juventud, como en un espejo, le ha representado y dado a conocer lo que en millones de años es difícil alcanzar, de lo cual España, Italia, Flandes y Alemania dan testimonio?

Conociendo, pues, yo, cristianísimo príncipe, el ardentísimo ánimo que Vuestra Magestad tiene de ver y entender las cosas raras del mundo con sólo celo de defender y aumentar la sancta fe católica, siendo el pilar de los pocos que le han quedado en quien más estriba y se sustenta, y sabiendo que el mayor contrario y capital enemigo que para cumplir su deseo Vuestra Magestad tiene—dejados aparte los ladrones de casa y perros del hortolano—es el Gran Turco, he querido pintar al vivo en este comentario, a manera de diálogo a Vuestra Magestad el poder, vida, origen y costumbres de su enemigo, y la vida que los tristes cautivos pasan, para que conforme a ello siga su buen propósito; para lo cual ninguna cosa me ha dado tanto ánimo como ver que muchos han tomado el trabajo d'escribirlo, y son como los pintores que pintan a los ángeles con plumas, y a Dios Padre con barba larga, y a Sant Miguel con arnés a la marquesota, y al diablo con piés de cabra, no dando a su escriptura más autoridad del diz que, y que oyeron decir a uno que venía de allá; y como hablan de oídas las cosas dignas de consideración, unas se les pasan por alto, otras dejan como casos reservados al

Papa. Dice Dido en Virgilio: "Yo que he probado el mal aprendo a socorrer a los míseros"; porque cierto es cosa natural dolernos de los que padescen calamidades semejantes a las que por nosotros han pasado.

Como los marineros, después de los tempestuosos trabajos, razonan de buena gana entre sí de los peligros pasados, quién el escapar de Scila, quién el salvarse en una tabla, quién el dar al través y naufragio de las sirtes, otros de las ballenas y antropófagos que se tragan los hombres, otros el huir de los corsarios que todo lo roban, así a mí me ayudará tornar a la memoria, la cautividad peor que la de Babilonia, la servidumbre llena de crueldad y tormento, las duras prisiones y peligrosos casos de mi huida; y no mire Vuestra Magestad el ruin estilo con que va escrito, porque no como erudito escritor, sino como fiel intérprete y que todo cuanto escribo ví, he abrazado antes la obra que la apariencia, supliendo toda la falta de la rectórica y elegancia con la verdad, por lo cual no ha de ser juzgada la imperfección de la obra, sino el perfecto ánimo del autor; ni es de maravillar si entre todos cuantos cautivos los turcos han tenido después que son nombrados me atreva a decir que yo solo vi todo lo que escribo, porque puedo con gran razón decir lo que Sant Juan por Sant Pedro en el 18 capítulo de su escriptura: "*discipulus autem ille erat notus pontifici et introivit cum Iesu in atrium pontificis, Petrus autem stabat ad ostium foris*".

Dos años enteros después de las prisicnes estuve en Constantinopla, en los cuales entraba, como es costumbre de los médicos, en todas las partes donde a ninguno otro es licito entrar, y con saber las lenguas todas que en aquellas partes se hablan y ser mi habitacion en las cámaras de los mayores principes de aquella tierra, ninguna cosa se me ascondia de cuanto pasaba.

No hay a quien no mueva risa ver algunos casamenteros que dan en sus escripturas remedios y consejos, conformes a las cabezas donde salen, cómo se pueda ganar toda aquella tierra del turco, diciendo que se juntasen el Papa y todos los principes cristianos, y a las dignidades de la Iglesia y a todos los señores quitasen una parte de sus haciendas, y cada reino contribuyese con tanta gente pagada, y pareciendoles decir algo encarescen el papel, no mirando que el gato y el ratón, y el perro y el lobo no se pueden iuncir para arar con ellos.

Ningun otro aviso ni particularidad quiero que sepa Vuestra Magestad de mí más de que si las guerras de acá civiles diesen lugar a ello y no atajasen al mejor tiempo el firme propósito de servir a Dios, no menos se habria Solimán con Filipo, que Dario con Alejandro, Xerse con Temístocles, Antioco con Judas Macabeo. Esto he conocido por la experiencia de muchos años y desta opinion son los míseros cristianos que debajo la subjección del turco están, cuyo número excede en gran cantidad al de los turcos, tienen

grande esperanza que su deseo ha de haber efecto, esperan que Vuestra Magestad tiene de ser su Esdra y su Josué, porque semejantes profecias hay no solamente entre los cristianos mas aún entre los mesmos turcos, los cuales entre muchas tienen esta: “padixa omoz guieliur chafeurum memelequet alur, quizil almaalur capçeilur, iedigil chiaur quelezi isic maze, oniquiil onlarum bigligeder, eue yapar, bagi dequier embaglar, ogli quiezi olur, oniqui gilden zora, christianon quielechi chicar, turqui cheresine tuscure”: “verná nuestro rey y tomará el reino de un príncipe pagano y una manzana colorada, la cual reducirá en su ser, y si dentro de siete años no se levantara la espada de los cristianos, reinará hasta el duodécimo, edificará casas, plantará viñas y cercarlas ha, hará hijos; despues del duodécimo año aparecerá la espada de los cristianos, la cual hará huir el turco”. Llámannos ellos a nosotros paganos y infieles. La manzana colorada entienden por Constantinopla, y por no saber desde cuándo se han de comenzar a contar estos doce años y ver ya la cibdad en tanta pujanza y soberbia que no puede subir más, tienen por cierto que el tiempo es venido, y todas las veces que leen esta profecia acaban con grandes sospiros y lágrimas, y preguntándoles yo muchas veces por que lloraban me decian la profecia; y lo que por muy averiguado tienen los modernos es que brevemente y presto el rey cristiano los tiene de destruir y ganar todo su imperio, y el

Gran Turco con la poca gente que le quedare se tiene de recoger en la Meca y allí hacerse fuerte, y después tornará sobre los cristianos y vencerlos ha, y allí será el fin del mundo.

Y no lo tenga Vuestra Magestad a burla, que no hay día que todos los príncipes no hacen leer en sus cámaras todas estas profecias y se hartan de llorar porque el tiempo se les acerca. Verdadero profeta fue Balam fuera de Israel, y entre los paganos hubo muchas Sibilas que predijeron la verdad, y por eso es posible que fuera de los cristianos haya quien tenga spiritu profético, cuanto más que podría ser la profecía que éstos tienen de algun sancto y haberla traducido en su lengua. Yo no lo afirmo, pero querría que fuese verdad y ellos adivinasen su mal.

Fuese Dios servido que las cosas de acá dejasen a Vuestra Magestad, y veria cómo todo sucederia tan prósperamente que ninguna edad, ningun seso, ningun orden ni nacion desampararia las armas en servicio de Vuestra Magestad. Cada turco ternia en casa un esclavo que le matase y en el campo que le vendiese y en la batalla que le desamparase. Todos los cristianos griegos y armenos estiman en poco la furia del turco, porque le conocen ser fortisimo contra quien huye y fugacisimo contra quien le muestra resistencia.

Levántese, pues, Dios, y rómpanse sus enemigos, huyan delante dél aquellos que le tienen odio. Falten como falta el humo, y regálense delante



la cara de Dios como la cera junto al fuego. Plegue a Dios omnipotente, Cesar invictisimo, que con el poder de Vuestra Magestad aquel monstruo turquesco, vituperio de la natura humana, sea destruido y aniquilado de tal manera, que torne en libertad los tristes cristianos oprimidos de grave tirania, pues ciertamente después de Dios en sólo Vuestra Magestad está fundada toda la esperanza de su salud.

Alegremente recibió Artaxerxes, rey de Persia, el agua que con entrambas manos le ofrecio un dia caminando un pobre labrador, por no tener otra cosa con que servir, conociendo su voluntad, no estimando en menos rescibir pequeños servicios que hacer grandes mercedes. Sola la voluntad de mi bajo estilo, con que nuestro las fatigas de los pobres cautivos, resciba Vuestra Magestad, pues cognosce el mundo ser sólo el que quiere y puede dar el remedio y en quien está fundada toda la esperanza de su salud. Por muchos años, y con augmento de salud conserve Dios a vuestra cesárea Magestad para que con felices victorias conquiste la Asia y Africa, y lo poco que de Europa le queda.

A primero de marzo 1557.



## PARTE PRIMERA

---

INITIUM SAPIENTIAE TIMOR DOMINI.

**Juan de Voto a Dios. Mátalas Callando.  
Pedro de Urdemalas (1).**

### EL CAMINO DE SANTIAGO

JUAN.—La más deleitosa salida y más a mi gusto de toda la cibdad y de mayor recreación es ésta del camino francés, ansi por la frescura de las arboledas, como por gozar de la diversidad de gentes, variedad de naciones, multitud de lenguas y trajes que señor Santiago nos da por huéspedes en este su peregrinaje.

MATA.—Como todas las cosas que debajo de la luna están tienen su haz y envés, tampoco esta se puede escapar, por donde yo la tengo poco en uso.

JUAN.—Al menos es cierto que aunque Dios la criara perfecta, en vuestra boca no le tiene de

---

(1) Los personajes comienzan por tener en el manuscrito mejor, el 3871, los nombres griegos de Apatilo, Panurgo y Polítropo, respectivamente; pero inmediatamente son cambiados por los que arriba se indican.

faltar “sino”, como es de costumbre; ¿qué tacha o falta tiene?

MATA.—No me la iréis a pagar en el otro mundo, ansi Dios me ayude.

JUAN.—Si no habláis más alto, este aire que da de cara no me deja oír.

MATA.—Digo que es gran trabajo que por todo el camino a cada paso no habéis de hablar otra cosa sino “Dios te ayude”. Verdaderamente, como soy corto de vista, aquel árbol grueso y sin ramas qu’está en medio del camino todas las veces que paso junto a él, pensando que me pide, le digo: “Dios te ayude”.

JUAN.—Buen remedio.

MATA.—Eso es lo que deseo saber.

JUAN.—Darles limosna y callar.

MATA.—A sólo vos es posible tal remedio, que como sois de la compañía de Juan de Voto a Dios no pueden faltar, por más que se dé, las cinco blanca en la bolsa, pero a mí que soy pobre, mejor m’está demandar que dar.

JUAN.—Nadie es tan pobre que alguna vez no tenga que dar una blanca, o un poco de pan, o al menos un pedazo de compasión de no tener que dar y dolerse del pobre; pero vos sois amigo de beber la tarja que sobra y no acordar que hay mañana.

MATA.—La mayor verdad es que al propósito se puede decir, y por tal no la contradigo, y pues jugamos el juego de decirlas, quiero también yo salir con la mia.

JUAN.—No de manera que muerda ni quememe.

MATA.—No dejará señal más que un rayo. Veinte y más años ha que nos conocemos y andamos por el mundo juntos y en todos ellos, por más que lo he advertido, me acuerdo haberos visto dar tres veces limosna; sino al uno: “¿por qué no sirves un amo?; al otro: “gran necesidad tenía Santiago de ti”; al otro: “en el hospital te darán de cenar”; y a vueltas desto, mil consejos airadamente porque piensen que con buen celo se les dice. Pues el “Dios te ayude”, ¿yo de quién lo aprendí sino de vos, que en mi tierra a sólo los que esternudan se les dice esa salutación? Creo que pensais que por ser de la casa de Vota a Dios sois libres de hacer bien, como quien tiene ya ganado lo que spera; pues mandos yo que a fé no estais más cerca que los que somos del mundo, aunque más hospitales andéis fabricando. Mas dejado esto aparte, en todo el año podíamos salir a tiempo más a vuestro propósito ¿no miráis cuánto bordón y calabaza? ¿cómo campean las plumas de los chapeos? Para mí tengo que se podría hacer un buen cabezal de las plumas del gallo de señor Sancto Domingo. Bien haya gallo que tanto fruto de sí da. Si como es gallo fuera oveja, yo fiador que los paños bajarán de su precio. ¿Pensais que si el clérigo que tiene cargo de repartirlas hubiera querido tratar en ellas que no pudiera haber enviado muchas sacas a Flandes?

JUAN.—Mirad aquel otro bellaco tullido qué re-

gozijado va en su caballo y qué gordo le lleva el bellaco; y esta fiesta pasada, cuando andaba por las calles a gatas, qué voces tan dolorosas; y qué lamentaciones hacia. El intento del hospital de Granada que hago es por meter todos estos, y que no salgan de allí, y que se les den sus raciones. Para éstos son propios los hospitales y no los habían de dejar salir dellos sino como casa por carcel, dándoles sus raciones suficientes como se pudiesen substentar.

MATA.—Si eso así fuese, presto habría pocos pobres aplagados.

JUAN.—Claro es que no quedaria ninguno.

MATA.—No lo digo por eso, sino porque en viéndose encerrados, todos se ahorcarian y buscarían maneras cómo se matar. ¿Luego pensáis que los más si quisiesen no ternian sanas las llagas?

JUAN.—¿Por que no lo hacen?

MATA.—Porque ternian enfermas las bolsas, las cuales agora están bien aforradas. No hay hombre destes quen un librico no traiga por memoria todas las cofradías, memorias, procesiones, ledanias y fiestas particulares de pueblos para acudir a todo por su orden; mas decid, por amor de mí, ¿cuántas ferias habéis visto que en la cibdad ni sus derredores se hagan sin ellos?

JUAN.—Opinión es de algunos de nuestros teólogos que son obligados a restitución de todo lo que demandan más de para el substentamiento de aquel dia, so pena de malos cristianos.

MATA.—Mejor me ayude Dios, que yo no los tengo por cristianos cuanto más por buenos. Ni precepto de todos los de la ley guardan.

JUAN.—Eso es mal juzgar sin más saber.

MATA.—Ellos, primeramente, no son naturales de ningún pueblo, y jamás los ví confesar, ni oír misa, antes sus voces ordinarias son a la puerta de la iglesia en la misa mayor y en las menores de persona en persona, que aun de la devoción que quitan tienen bien que restituir, y no me espantan estos tanto como el no advertir en ello los que tienen cargo, que jamás hubo obispo, ni provisor, ni visitador, ni cura, ni gobernador, ni corregidor que cayese en la cuenta de ver como nunca estos que piden por las iglesias oyen misa y si la oyen cuando; al menos yo en todas las horas que se dicen, mirando en ello todo lo posible, no lo he podido descubrir; aun cuando alzan apenas se ponen de rodillas, ni miran allá; en lo que dijistes de la restitución, querria preguntaros, no cuanto os han restituido, porque no tienen, que pues tampoco les habéis dado; pero ¿cuánto habéis visto u oído que han restituido?

JUAN.—Restituir no les vi jamás, pero vender hartas camisas y pañizuelos que mujeres devotas les dan, infinitas, entre las cuales, por no ir lejos, esta semana vendió uno tres, y se andaba con todo el frío que hacía en vivas carnes.

MATA.—¿Qué bien andada tenía la mitad del camino para los cient azotes que merecía si el

corregidor lo supiera hacer! Mas hay algunos ministros destos quel rey tienen para la justicia, tan hipócritas en estos pequeños negocios, que pensarían que pecaban gravísimamente en ello, aunque más acostumbrados estén a pasar sobre peine casos más graves.

JUAN.—¿No es poco grave éste?

MATA.—Llamo casos graves, como ellos también, los de importancia que hay en qué ganar y de qué sacar las costas; y estos otros bordcneros, ¿pensáis que en las aldeas no saben cebar las gallinas con el pan del zurrón y tomarles la cabeza debajo el pie? Bien podéis creer que no se dejan morir de hambre, ni se cansan de las jornadas muy largas; no hay despensa de señor mejor proveída que su zurrón, ni se come pan con mayor libertad en el mundo; no dejan, como los más son gascones y gabachos, si topan alguna cosa a mal recado, ponerla en cobro, cuando entran en las casas a pedir limosna, y cuando vuelven a sus tierras no van tan pobres que les falten seis piezas de oro y mantenidos.

JUAN.—Gran devoción tienen todas estas naciones extranjeras; bien en cargo les es Santiago.

MATA.—Más que a los españoles, principalmente a los vecinos de Orense y toda Galicia, que en verdad que tengo por cierto que de mill animas no va allá una, ni aun creo que de diez mill.

JUAN.—¿Qué es la causa deso?

MATA.—Que piensan, que por ser su vecino que ya se le tienen ganado por amigo, como vos, que



por tener el nombre que tenéis, os parece no es menester creer en Dios ni hacer cosa que lo parezca.

JUAN.—Mirá lo que decís y reportaos, porque salís del punto que a ser yo cristiano debéis.

MATA.—No lo digo por injuriaros ni pensar que no lo sois; pero, como dicen, una palabra saca otra; dejémonos de metrificar; ahora sepamos...

JUAN.—Estos clérigos que aquí van, en sus tierras no deben de tener beneficios, que de otra manera no irían pidiendo.

MATA.—También a vueltas destes suele haber algunos bellacos españoles que hacen de las suyas, y se juntan con ellos, entre los cuales vi una vez que andaban seis confesando y tomaban el nombre del penitente, y escribían algunos de los pecados y comunicabanselos uno a otro. Despues venía uno de los compañeros que se trocaban, y tomábale en secreto diciendo que porque no se emendaba, que Dios le había revelado que tenía tal y tal vicio, de lo cual quedaba el pobre penitente muy espantado y lo creía, y con esto les sacaban dineros en cantidad.

JUAN.—¿Y a esos qué les hicieron, que dignos eran de grande pena?

MATA.—No nada, porque no los pudieron cojer; que si pudieran, ellos fueran a remar con Iesu Cristo y sus Apóstoles y el Nuncio que están en las galeras.

JUAN.—También fué la de aquellos solemne bellaquería.

MATA.—Bien solenemente la pagan. Ansi la pagaran estos otros, y quizá no hubiera tantos bellacos.

JUAN.—¿Mas quien se va a confesar con romeros ni forasteros, teniendo sus propios curas y confesores?

MATA.—Las bulas de la Cruzada lo permiten, que antes a todos los forzaban a confesarse con sus curas; mas hay algunos idiotas y malos cristianos que no han tenido vergüenza de pecar contra Dios, ni de que Dios lo sepa y lo vea, y temen descubrirse al confesor que conocen, paresciéndole que cuando le encontraren los ha de mirar de mal ojo, no mirando que es hombre como ellos, y buscan estos tales personas que los confiesen que nunca más las hayan de ver de sus ojos; pues las horas canónicas que estos clérigos rezan, de como salen de sus tierras fasta que vuelvan, se vayan por sus ánimas, que yo no les veo traer sino unas Horas pequeñas, francesas en la letra y portoguesas por de fuera con tanta grosura.

JUAN.—Pues la mejor invención de toda la comedia está por ver; ya me maravillaba que hubiese camino en el mundo sin fraires. ¿Vistes nunca al diablo pintado con hábitos de monje?

MATA.—Hartas veces y cuasi todas las que le pintan es en ese hábito, pero vivo ésta es la primera; ¡maldiga Dios tan mal gesto! ¡valdariado,

saltatrás, Jesús mill veces! El mesmo hábito y barba que en el infierno se tenía debe de haber traído acá, que esto en ninguna orden del mundo se usa.

JUAN.—Si hubieses andado tantas partes del mundo como yo, no harías esos milagros. Hágote saber que hay mill cuentos de invenciones de fraires fuera d'España, y este es fraire extranjero. Bien puedes aparejar un “Dios te ayude” que hacia nosotros endreza su camino.

MATA.—Siempre os holgais de sacar las castañas con la mano ajena. Si sacáis ansí las ánimas de purgatorio, buenas están. Abranhucia.

JUAN.—Deogracias, padre.

PEDRO.—“Metánia”.

MATA.—¿Qué dice?

JUAN.—Si queremos que taña.

MATA.—¿Qué tiene de tañer?

JUAN.—Alguna cinfonia que debe de traer, como suelen otros romeros.

MATA.—Antes no creo que entendistes lo que dijo, porque no trae aun en el hábito capilla cuanto más flauta ni guitarra. ¿Qué decis padre?

PEDRO.—“O Theos choresi”.

MATA.—Habla aqui con mi compañero, que ha estado en Jerusalem y sabe todas las lenguas:

JUAN.—¿De que paris estar vos?

PEDRO.—“Ef logite pateres”.

JUAN.—Dice que es de las Italias, y que le demos por amor de Dios.

MATA.—Eso tambien me lo supiera yo pregun-

tar; pues si es de las Italias ¿para qué le hablais negresco? Yo creo que sacáis por discreción lo que quiere, más que por entendimiento. Ahora yo le quiero preguntar: “¿Dicatis socis latines?”

PEDRO.—“Oisque afendi”.

MATA.—¡Oiste a vos! ¿Cómo, puto, pullas me echáis?

PEDRO.—“Grego agio Jacobo”.

MATA.—Mala landre me dé sino le tengo ya entendido que dice que es griego y va a Santiago.

JUAN.—Mas ha de media hora que le tenía yo entendido, sino que disimulaba, por ver lo que vos dijerais.

MATA.—¿Media hora decís? mas creo que ha de veinte años que lo disimuláis; sois como el tordo del ropavejero nuestro vecino, que le pregunté un día si sabía hablar aquel tordo, y respondiome que tambien sabía el “Pater noster”, como la “Ave Maria”. Yo para mí tengo que hablais tambien griego como turquesco.

JUAN.—Quiero que sepáis que es vergüenza pararse hombre en medio el camino a hablar con un pobre.

MATA.—Bien creo que os será harta vergüenza si todas las veces han de ser como ésta; mas yo reniego del compañero que de cuando en cuando no atraviesa un trunfo. Debéis de saber las lenguas en confesion.

JUAN.—¿En qué?

MATA.—En confusión, porque como sabéis tantas, se deben confundir unas con otras.

JUAN.—Es la mayor verdad del mundo.

PEDRO.—“Agapi Christu elemosini”.

JUAN.—Dize qué...

MATA.—Dalde vos, que ya yo entiendo que pide limosna. ¿Queriais ganar honra en eso conmigo? Cristo, limosna ¿quien no se lo entiende? Las berceras lo construirán. Preguntalde si sabe otra lengua.

JUAN.—“¿Saper parlau franchises o altra lingua?”

MATA.—Más debe saber de tres, pues se rie de la gran necedad que le parece haber vos dicho con tanta ensalada de lenguas.

JUAN.—El aire me da que hemos de reñir, Má-talas Callando, antes que volvamos a casa.

MATA.—¿Cómo! ¿Tengo yo la culpa de que esotro no entienda?

JUAN.—Yo juraré en el ara consagrada que no sabe, aunque sepa cient lenguas, otra más elegante que esta.

MATA.—Eso sin juramento lo creo yo, que el no sabe tal lengua, que por eso no responde.

JUAN.—Pues que estáis hecho un spiritu de contradicción, ¿sabrás ninguno en el mundo, agora que me lo hacéis decir, hablar donde Juan de Voto a Dios habla?

MATA.—No por cierto, que aun en el mundo no se debe hablar tal lenguaje.

PEDRO.—No pase más adelante la riña, pues

Dios por su infinita bondad (el cual sea bendito por siempre jamás) me ha traído a ver lo que mis ojos más han deseado, después de la gloria, ¡oh mis hermanos y mi bien todo!

JUAN.—Deo gracia, padre, teneos allá, ¿quién sois?

MATA.—¡Hídeputa, el postre! ¡Chirieleison, chirieleison! Bien decia yo que éste era el diablo. “¡Per signum crucis” atrás y adelante!

JUAN.—Esperadme, hermano, ¿donde vais? ¿qué ánimo es ese?

MATA.—No oigo nada; ruin sea quien volviere la cabeza; en aquella ermita si quisieres algo.

JUAN.—Tras nosotros se viene; si él es cosa mala, no puede entrar en sagrado; en el humilladero le espero; y si es diablo, ¿cómo decia cosas de Dios?; acá somos todos.

MATA.—Agora venga si quisiere.

JUAN.—De parte de Dios nos di quién eres o de qué parte somos tus hermanos.

PEDRO.—Soy muy contento si primero me dais sendos abrazos. Nunca yo pensé que tan presto me pusierais en el libro del olvido. Aunque me veis en el hábito de fraire peregrino, no es esta mi profesión.

MATA.—¡Oh, más que felicísimo y venturoso día, si es verdad lo que el corazón me da!

JUAN.—¿Qué es, por ver si estamos entrambos de un parecer?

MATA.—¡Oh, poderoso Dios! ¿éste no es Pedro de Urdimalas, nuestro hermano? Por el sol que

nos alumbra él es. El primer abrazo me tengo yo de ganar. ¡Oh!, que sea tan bien venido como los buenos años.

PEDRO.—Nos llegueis tanto a mí, que quizá llevareis más gente de la que traéis con vosotros.

JUAN.—Aunque pensase ser hecho tajadas, no dejaré de quebraros las costillas a poder de abrazos.

PEDRO.—Esos dadselos vos a esotro compañero.

JUAN.—¡Cuán cumplida nos ha hecho Dios, bendito él sea, la tan deseada merced! A mí se me debían de razón todas estas albricias.

MATA.—Es así, porque me trajistes por este camino; pero con más justa razón las había yo de haber, que con estar tan disimulado le conocí el primero.

PEDRO.—Ya yo pensé que las hubierais ganado de mi madre Maricastaña, que está diez leguas de aquí. Según el correr que denantes llevabais huyendo de mí, no sois bueno para capitán; pues huir de un hombre mejor lo haréis de muchos.

MATA.—No m'espanté yo de vos en cuanto hombre, sino, para deciros la verdad, como yo jamás he visto desos trajes otra vez, me pareciste cualque fantasma; y si no lo creis, tomad un espejo y a vos mesmo pongo por testigo.

JUAN.—Pues hermano Pedro, ¿qué tal venís? ¿donde os preguntaremos? ¿en qué lengua os hablaremos? ¿qué hábito es éste? ¿qué romería? ¿qué ha sido de vos tantos mill años ha?

MATA.—¿Qué diremos de esa barbaza así llena

de pajas? ¿desos cabellazos hasta la cinta, sin peinar? ¿y vestido d'estameña con el frio que hace? ¿Como y tanto tiempo sin haber escrito una letra? más ha de cuatro años que os teníamos con los muchos, sin haber ya memoria alguna de vos.

PEDRO.—Una cabeza de hierro que nunca se cansase, con diez lenguas, me parece que no bastaría a satisfacer a todas esas preguntas. Al menos yo no me atreveré, si primero no vamos a beber, a comenzar a responder a nada.

JUAN.—Tal sea mi vida como tiene razón; mas primero me parece que será bien que “Mátalas Callando” vaya por un sayo y una capa mia para que no seais visto en ese hábito, y entre tanto nos quedaremos nosotros aquí.

PEDRO.—¿Mudar hábitos yo? Hasta que los deje colgados de aquella capilla de Santiago en Compostela, no me los verá hombre despegar de mis carnes.

JUAN.—No lo digo sino por el dicho de la jente. ¿Qué dirán si os ven desa manera?

PEDRO.—Digan, que de Dios dijeron; quien no le pareciere bien, no se case conmigo.

MATA.—Obligados somos a hacer muchas cosas contra nuestra voluntad y provecho por cumplir con el vulgo, el cual jamás disimula ni perdona cosa ninguna.

JUAN.—No se sufre que hombre os vea ansi ¡válame Dios! No eran menester otros toros en la cibdad. Luego los muchachos pensarían que tenían algún duende en casa.



PEDRO.—Como dijo Pilatos: “quod scripsi, scripsi”, digo que lo dicho tengo.

MATA.—Yos doy mi fe no fuese con vos ansi como vais por la cibdad, aunque me diesen mill ducados. Paresceis capellan de la barca de Caronte.

PEDRO.—Lo que yo podré hacer es que, pues ya el sol se quiere poner, esperemos a que sea de noche para no ser visto, y estonces entraremos en vuestra casa, y holgarme he dos días y no más, y éstos estaré secreto sin que hombre sepa que estoy aquí, porque ansi es mi voto. Despues de hecha mi romería, y dejado el hábito, haced de mí cera y pábilo; y hasta que esto sea cumplido no cale irme a la mano, porque es excusado. Aun a mi madre, con estar tan cerca, no hablaré hasta la vuelta, ni quiero que sepa que soy venido.

MATA.—Por demás es apartarle de su propósito. Esa fué siempre su condición; mejor es dejarle hacer lo que quiere. Es él amicísimo de nuevos trajes y invenciones.

PEDRO.—Hablemos en otra cosa, y sobre esto no se dé más puntada. ¿Cómo estais? ¿Cómo os ha ido estos años? Las personas, buenas las veo, gracias a Dios. Verdaderamente no parece que ha pasado día ninguno por vosotros. Lo demás vaya y venga.

JUAN.—Si los dias son tales como este de hoy no es mucho que no hayan pasado por nosotros. ¿Cómo queréis que estemos, sino los más contentos hombres que jamás hubo?

MATA.—Cuan contento estaba denantes, estoy agora de descontento, en ver que no nos hemos de holgar más de dos días.

PEDRO.—Más serán de dos mill, con el ayuda de Dios; pero agora tened paciencia hasta la vuelta, no seáis como el otro que se anduvo toda la vida sin sayo y despues mató al sastre porque no se le hizo el día que se le cortó.

MATA.—Estoy por decir que tuvo la mayor razón del mundo.

JUAN.—¿Por qué?

MATA.—Porque harto bastaba haber sufrido toda su vida sin pasar aquel día también, el cual era mucho mayor que todo el tiempo pasado.

PEDRO.—¿En qué se han pasado todos estos años pasados después que yo estoy fuera d'España, que es lo que hace al caso?

JUAN.—Yo acabé de oír mi curso de Teologia, como me dejastes en Alcalá, con la curiosidad, que me fué posible, y agora, como veis, nos estamos en la corte tres o cuatro años ha, para dar fin, si ser pudiese, a mis hospitales que hago.

## LAS FUNDACIONES DE HOSPITALES

PEDRO.—¿Nunca se acabó aquél que estaba cuasi hecho?

JUAN.—Han sido los años, con estas guerras, tan recios, y están todos los señores tan alcanza-

dos, que no hay en España quien pueda socorrer con un maravedí.

MATA.—Y también es tanto el gasto que tenemos Juan y yo, que cuasi todo lo que nos dan nos comemos y aun no nos basta.

PEDRO.—¿Pues la limosna que los otros dan para obras pías os tomáis para vosotros?

JUAN.—Que no sabe lo que se dice, sino como la obra va tan sumptuosa y los mármoles que trajeron de Génova para la portada costaron tanto, no se parece lo que se gasta.

PEDRO.—Desos habia bien poca necesidad. Más quisieran los pobres pan y vino y carne a basto en una casa pajiza.

MATA.—Deso, gracias a Dios y a quien nos lo da, bien abundante tenemos la casa, que antes nos sobre que falte.

PEDRO.—Bien lo creo sin juramento. No digo yo, sino los pobres. “¡Oh, vanitas vanitatum et omnia vanitas”; las paredes de mármol y los vientres de viento!

JUAN.—Pues qué ¿decis que es vanidad hacer hospitales?

PEDRO.—La mayor del mundo universo si han de ser como esos, porque el cimientó es de ambición y soberbia, sobre el cual cuanto se armase se caerá. Buen hospital seria mantener cada uno todos los pobres que su posibilidad livianamente pudiese sufrir acuestas, y socorrer a todas sus necesidades, y sino pudiese dar a cuatro, contentátese con uno; si vieseis un hombre caído en

un pantano que sino le dabais la mano no se podria levantar, ¿nos parece que seria grande necedad, dejando aquel, ir dando la mano a cuantos topaseis en un buen paso, que no han caído ni tienen peligro de caer? ¡Cuantos y cuantos ricos hay que se andan dando blancas y medios cuartos por el pueblo, y repartiendo las vísperas de Pascuas celemines de trigo a algunas viejas que saben que lo han de pregonar!; y tienen parientes dentro de segundo y tercero grado, desnudos, muriendo de viva hambre detrás de dos paredes, y si alguno se lo trae a la memoria, luego dice: ¡oh, señor!, que es una gente de mala garganta, en quien no cabe hacer ningun bien, que todo lo hecha a mal; mill veces lo he probado y no aprovecha. Y esto es porque allí es menester socorrer por más grueso.

MATA.—En eso, aunque yo no soy letrado, me parece que hacen mal, porque no se lo dan por amor dellos, sino de Dios. Después que se les da, que se ahorquen con ello.

JUAN.—Volvamos a lo de nuestros hospitales, que estoy algo escandalizado.

PEDRO.—Gentil refrigerio es para el pobre que viene de camino, con la nieve hasta la cinta, perdidos los miembros de frío, y el otro que se viene a curar donde le regalen, hallar una salaza desgrimir y otra de juego de pelota, las paredes de mármol y jaspe, que es caliente como el diablo, y un lugar muy sumptuoso donde puede hacer la cama, si trae ropa, con su letrero dora-

do encima, como quien dice: "Aquí se vende tinta fina"; y que repartidos entre cincuenta dos panes, se vayan acostar, sin otra cena, sobre un poco de paja bien molida que está en las camas, y a la mañana luego si está sano le hacen una señal en el palo que trae, de como ya cenó allí aquella noche; y para los enfermos tienen un asnillo en que los llevan a otro hospital para descartarse dél, lo cual, para los pasos de romería en que voy, que lo he visto en un hospital de los suntuosos d'España que no le quiero nombrar; pero sé que es Real.

JUAN.—Eso es mal hecho y habian de ser visitados muchas veces. No sé yo como se descuidan los que lo pueden hacer.

MATA.—Yo si.

PEDRO.—¿Cómo?

MATA.—Por que aquellos a quienes incumbe hacer esto no son pobres ni tienen necesidad de hospitales; que de otra manera yo fiador que ellos viesen donde les daban mejor de cenar las noches y más limpia cama.

JUAN.—Ya para eso provén ellos sus provisosres, mayordomos y escribanos y otros oficiales que tengan cuenta.

PEDRO.—Eso es como quien dice ya proveen quien coma la renta que el fundador dejó y lo que los probes habrían de comer, porque no se pierda.

MATA.—Mejor seria proveer sobre provisosres y sobre oficiales.

PEDRO.—Vos estais en lo cierto; pero, volviendo a lo primero, de todos los hospitales lo mejor es la intención del que le fundó, si fué con solo celo de hacer limosna; y eso sólo queda, porque las raciones que mandó dar se ciernen desta manera: la mitad se toma el patrón, y lo que queda, parte toma el mayordomo, parte el escribano; al cocinero se le pega un poco, al enfermero otro; el enfermo come solo el nombre de que le dieron gallina y oro molido si fuese menester. De modo que ciento que estén en una sala comen con dos pollos y un pedazo de carnero; pues al beber cada dia hay necesidad de hacer el milagro de architriclinos, porque como cuando hacen el agua bendita, ansi a un cangilon de agua hechan dos copas de vino. Llevaronme un dia en Génova por ver un hospital de los más sumptuosos de Italia y de más nombre, y como vi el edificio, que cierto es soberbio, diome gana destar un dia a ver comer, por ver que limosna era la de Italia; y sentados todos en sus camas, que serian hasta trescientos, de dos en dos, y las camas poco o nada limpias, vino un cocinero con un gran caldero de pan cocto, que ellos llaman, muy usada cosa en aquellas partes, que no es otra cosa sino pan hecho pedazos y cocido en agua fasta que se hace como engrudo, sazonado con sal y aceite, y comienzan de distribuir a todos los que tenían calentura; y a los que no, luego se seguia otro cocinero con otra caldera de vaca diciendo que era ternera, y daba a sendas ta-

jadas en el caldo y poco pan. El médico, otro día que purgaba al enfermo, le despedía diciendo que ya no había a que estar; y como los pobres entonces tenían más necesidad de refrigerio y les faltaba, tornaban a recaer, de lo cual morían muchos. Dicen los filósofos que un semejante ama a otro su semejante. El pobre que toda su vida ha vivido en ruin casa o choza ¿qué necesidad tiene de palacios, sino lo que se gasta en mármoles que sea para mantenimiento, y que la casa sea como aquella que tenía por suya propia? Mas haya esta diferencia, que en la suya no tenía nada y en ésta no le falte hebillita.

MATA.—Gran ventaja nos tienen los que han visto el mundo a los que nunca salimos de Castilla. ¡Mirad como viene filósofo y cuán bien habla! Yo por nosotros juzgo lo que dice todo ser mucha verdad, que estamos en una casa, cual presto veréis, muy ruin pero como comemos tan bien que ni queda perdiz ni capón ni trucha que no comamos no sentimos la falta de las paredes por de fuera, pues dentro ruin sea yo si la despensa del rey está así. Acabad presto vuestro viaje, que aquí nos estaremos todos, y no hayais miedo que falte la merced de Dios y bien cumplida. Algunas veces estamos delgados de las limosnas, pero como se confiesan muchos con el señor Juan y comunican casos de conciencia, danle muchas cosas que restituya, de las cuales algunas se quedan en casa por ser muerta la persona a quien se ha de dar o por no la hallar.

JUAN.—;Maldiga Dios tan mala lengua y bestia tan desenfrenada, y a mí porque con tal hombre me junte que no sabrá tener para si una cosa sin pregonarla a todo el mundo!

PEDRO.—Esa es su condición, que le es tan natural que le tiene de acompañar hasta la sepultura; nos debéis enojar por eso, que aquí todo se sufre, pues ya sé yo de antes de agora las cosas cómo pasan, y aquí somos como dicen los italianos: Padre, Hijo y pregonero.

JUAN.—;Pensais que hiciera más si fuera otro cualquiera el que estaba delante?

MATA.—El caso es que la verdad es hija de Dios, y yo soy libre, y nadie me ha de coser la boca, que no la dejaré de decir donde quiera y en todo tiempo, aunque amargue por Dios agora que acuerda con algo a cabo de mill años. Mejor será que nos vamos, que ya hace oscuro, y yo quiero ir delante para que se apareje de cenar; y en verdad que cosa no se traiga de fuera, porque vea Pedro si yo miento. Vosotros idos a entrar por la puerta de Sant Francisco, que es menos frecuentada de gente.

JUAN.—;Nos parece que tengo grande subsidio en tener este diablo acuestas?

PEDRO.—No; pues ya le conocéis, lo mejor es darle libertad que diga, quizá por eso dirá menos.

JUAN.—Yo quiero tomar vuestro consejo si lo pudiere acabar con mi condición. Esta es la puer-



ta; abájad un poco la cabeza al subir de la escalera.

PEDRO.—Bendito sea Dios por siempre jamás, que ésta es la primera vez que entro en casa hartos dias ha. Buena cuadra está esta por cierto.

JUAN.—Para en corte, razonable.

MATA.—Pues mejor la podríamos tener sino porque no barrunten nada de lo que pasa.

JUAN.—Badajear y a ello.

## LA CENA EN CASA DE JUAN DE VOTO DE DIOS

MATA.—Sus, padre fray Pedro, que ansi os quiero llamar; lo asado se pierde; manda tomar esta silla y ruin sea quien dejare bocado desta perdiz.

PEDRO.—“Agimus tibi gratias, Domine pro universis donis et beneficiis tuis; qui vivis et regnas per omnia secula seculorum”.

JUAN.—¡Válame Dios! ¡que ánimo es ese! ¡Agora os parais a llorar? ¡Qué más hiciera un niño? Comed y tened buen ánimo, que no ha de faltar la merced de Dios entretanto que las ánimas sustentaren nuestros cuerpos. Bien sabéis que en mi vida yo nos he de faltar.

MATA.—Estas son lágrimas de placer; que no es más en sí de detenerlas que a mí las verdades.

PEDRO.—¿Qué más comida para mí de la merced que Dios este dia me ha hecho?

JUAN.—Aquel adobado por ventura porná ape-

tito de comer, o si no una pierna de aquel conejo con esta salsa.

PEDRO.—Una penca de cardo me sabrá mejor que todo; con juramento, que ha seis años que no vi otra.

MATA.—Eso será para despues; agora, si no quereis nada de lo asado, comed de aquella cabeza de puerco salvaje cocida, y si queréis, a vueltas del cardo o de un rábano.

JUAN.—Ya sabeis que en palacio no se da a beber a quien no lo pide. Blanco y tinto hay: escoged.

PEDRO.—Probarlo hemos todo, y beberemos del que mejor nos supiere: este blanco es valiente.

MATA.—De Sant Martin y a nueve reales y medio el cántaro, por las nueve horas de Dios; pues probaréis el tinto de Ribadabia, y diréis: ¿qué es esto que cuasi todo es a un precio?

JUAN.—Ya me parece que habéis estancado. ¿Qué hacéis?

PEDRO.—Yo no comeré más esta noche; estoy satisfecho.

## LAS PEREGRINACIONES

JUAN.—Una cosa se me acuerda que os quise hoy replicar cuando hablábamos de los hospitales, y habiaseme olvidado, y es: si fuese ansi que no hubiese hospitales, ¿qué harian tantos pobres peregrinos que van donde vos agora, de Francia, Flandes, Italia y Alemaña? ¿dónde se podrian aposentar?

PEDRO.—El mejor remedio del mundo: los que tuviesen qué gastar, en los mesones, y los que no, que se estuviesen en sus tierras y casas, que aquella era buena romería, y que de allí tuviesen todas las devociones que quisiesen con Santiago. ¿Qué ganamos nosotros con sus romerías, ni ellos tampoco, según la intención? Que el camino de Hierusalem ningún pobre le puede ir, porque al menos gasta cuarenta escudos y más, y por allá maldita la cosa les aprovecha pedir ni importunar.

MATA.—A fe que fray Pedro, que dice esto, que debe de traer aforrada la bolsa.

PEDRO.—Yo no pido, por cierto, limosna; y a trueco de no oír un “Dios te ayude” de quien sé que me puede dar, lo hurtaría si pudiese.

MATA.—Si no fuese porque favorescereis a los de vuestro oficio, nos dejaría de preguntar qué tanto mérito es ir en romería, porque yo, por decir la verdad, no la tengo por la más obra pía de todas.

PEDRO.—Por eso no dejaré de decir lo que siento: porque mi romería va por otros nortes. La romería de Hierusalem, salvo el mejor juicio, tengo más por incredulidad que por santidad; porque yo tengo de fe que Cristo fué crucificado en el monte Calvario y fué muerto y sepultado y que le abrieron el costado con una lanza, y todo lo demás que la Iglesia cree y confiesa; pues ¿no tengo de pensar que el monte Calvario es un monte como otros, y la lanza co-

mo otras, y la cruz, que era entonces en uso como agora la horca; y que todo esto por sí no es nada, sino por Cristo que padesció? Luego si hubiese tantas Hierusalenes, y tantas cruces, y lanzas y reliquias como estrellas en el cielo, y arenas en la mar, todas ellas no valdrían tanto como una mínima parte de la hostia consagrada, en la cual se encierra el que hizo los cielos y la tierra, y a Hierusalem, y sus reliquias, y esta veo cada día que quiero, que es más; ¿qué se me da de lo menos? cuanto más que Dios sabe cuán poca paciencia llevan en el camino y cuántas veces se arrepienten y reniegan de quien hace jamás voto que no se pueda salir afuera. Lo mismo siento de Santiago y las demás romerías.

JUAN.—No tenéis razón de condenar las romerías, que son sanctas y buenas, y de Cristo leemos que apareció en ese hábito a Lucas y Cleofás.

PEDRO.—Yo no las condeno, ni nunca Dios tal quiera; mas digo lo que me parece y he visto por la lengua experiencia; y a los que allá van no se les muestra la mitad de lo que dicen: porque el templo de Salomón aunque den mill escudos no se le dejarán ver; ni demás desto a los devotos no faltan algunos fraires modorros que les muestran ciertas piedras con unas pintas coloradas, en el camino del Calvario, las cuales dicen que son de la sangre de Cristo, que aun se está allí, y ciertas piedrecillas blancas, como de yeso, dicen que es leche de Nuestra Se-

ñora, y en una de las espinas está también cierta cosa roja en la punta que dicen que es de la misma sangre, y otras cosas que no quiero al presente decir; y éstas, como las sé, antes de muchos días lo sabréis. En lo que decís de la romería de Cristo y los apóstoles, es cosa diferente; porque ellos iban la romería breve, y es que no tenían casa ni hogar, sino andarse tras su buen maestro y deprender el tiempo que les cabía, después enseñar y predicar. Maravillome yo de un teólogo como vos: comparar la una romería con la otra.

MATA.—Que tampoco no se mataba mucho para estudiar, sino poco a poco cumplir el curso; para entre nosotros, no sabe tanta Teología como pensáis; mas yo quería saber cuál es la mejor romería.

JUAN.—Ninguna, si a Pedro de Urdimalas creemos.

PEDRO.—El camino real que lleva al cielo es la mejor de todas, y más breve, que es los diez mandamientos de la ley muy bien guardados a mazo y escoplo; y éstos sin caminar ninguna legua se pueden cumplir todos. ¡Cuántos peregrinos reniegan y blasfeman, cuántos no oyen misa en toda la jornada, cuántos toman lo que hallan a mano!

MATA.—De manera que haciendo desde aquí lo que hombre pudiere, según sus fuerzas, en la observancia de la ley de Dios, sin ir a Hierusalem ni Santiago, ¿se puede salvar?

PEDRO.—Muy lindamente.

MATA.—Pues no quería saber más deso para estarme quedo y servir a Dios.

JUAN.—Quítese esta mesa y póngase silencio en las cosas de acá, que poco importa la disputa. Sepamos de la buena venida y de la significación del disfraz y de la ausencia pasada, y de la merced que Dios nos ha hecho en dejarnos ver.

PEDRO.—Tiempo habrá para contarlo.

MATA.—Por amor de Dios, no nos tengáis suspensos, ni colgados de los cabellos. Sacadnos de dubda.

#### DE COMO PEDRO FUE HECHO CAUTIVO

PEDRO.—El caso es, en dos palabras, que yo fuí cautivo y estuve allá tres o cuatro años. Después salveme en este hábito que aquí veis, y agora voy a cumplir el voto que prometí y dejar los hábitos y tomar los míos propios, en los cuales procuraré servir a Dios el tiempo que me diere de vida; esto es en conclusión.

JUAN.—¿Cautivo de moros?

PEDRO.—De turcos, que es lo mesmo.

JUAN.—¿En Berberia?

PEDRO.—No, sino en Turquía.

MATA.—Alguna matraca nos debe de querer dar con esta ficción. ¡Por vida de quien hablare de veras, no nos haga escandalizar!

JUAN.—Aunque sea burlando ni de veras, yo

no puedo estar más escandalizado; ni me ha quedado gota de sangre en el cuerpo. No es de buenos amigos dar sobresaltos a quien bien los quiere.

PEDRO.—Nunca de semejantes burlas me pagué. Lo que habéis oído es verdad, sin discrepar un punto.

JUAN.—¡Jesús! pues, ¿dónde o cómo?

PEDRO.—En Constantinopla.

JUAN.—¿Y dónde os prendieron?

PEDRO.—En esos mares de Dios.

JUAN.—¡Qué desgraciadamente lo contáis y qué como gato por brasas! Pues ¿quién os prendió, o cuando, o no de qué manera, y cómo salistes, y qué nos contáis?

MATA.—Bien os sabrá examinar, que esas tierras mejor creo que las sabe que vos, Juan de Voto a Dios que, como recuerdo, no hace sino ir y venir de aquí a Hierusalem.

JUAN.—No cae hacia allá; nosotros vamos por la mar de Venecia, y esta postrera vez que vine fué por tierra.

PEDRO.—Pues ¿cómo os entendían vuestro lenguaje?

JUAN.—Hablabo yo griego y otras lenguas.

MATA.—¿Como las de hoy?

PEDRO.—¿Cuántas leguas hay por tierra de aquí allá?

JUAN.—No sé a fe.

PEDRO.—¿Por qué tierras buenas vinistes? ¿por qué cibdades?

JUAN.—Pasado se me ha de la memoria.

PEDRO.—Y por mar, ¿adonde aportastes?

JUAN.—¿Adonde habíamos de aportar sino a Hierusalem?

PEDRO.—¿Pues entrabais dentro Hierusalem con las naves?

JUAN.—Hasta el mesmo templo de Salomon teniamos la áncoras.

PEDRO.—Y las naves ¿iban por mar o por tierra?

JUAN.—No está mala la pregunta para hombre plático. ¿Por tierra van las naos?

PEDRO.—En Gerusalem nõ pueden entrar de otra arte, porque no llega allá la mar con veinte lëguas.

MATA [Aparte].—Aun el diablo será este examen, quanto y más si Pedro ha estado allá y nos descubre alguna celada de las que yo tanto tiempo ha barrunto. Quizás no fué por ese camino.

JUAN.—Ha tanto tiempo que no lo anduve, que estoy privado de memoria, y tampoco en los caminos nõ advierto mucho.

MATA.—Agora digo que no es mucho que sepa tanto Pedro de Urdimalas, pues tanto ha peregrinado. En verdad que venís tan trocado, que dubdo si sois vos. Dos horas y más ha que estamos parlando y no se os ha soltado una palabra de las que soliais, sino todo sentencias llenas de filosofía y religión y temor de Dios.

PEDRO.—A la fe, hermanos, Dios, como dicen, consiente y no para siempre, y como la muerte



jamás nos deja de amenazar y el demonio' de asechar y cada dia del mundo natural tenemos veinticuatro horas de vida menos, y como en el estado que nos tomare la muerte según aquel ha de ser la mayor parte de nuestro juicio, parecióme que valia más la emienda tarde que nunca, y esa fué la causa porque me determiné a dejar la ociosa y mala vida, de la cual Dios me ha castigado con un tan grande azote que me le dejó señalado hasta que me muera. Dígolo por tanto, Juan de Voto a Dios que ya es tiempo de alzar el entendimiento y voluntad destas cosas perescederas y ponerle en donde nunca ha de haber fin mientras Dios fuere Dios, y desto me habéis de perdonar que doy consejo, siendo un idiota a un teólogo.

JUAN.—Antes es muy grande merced para mí y consuelo', que para eso no es menester teologías.

PEDRO.—Ansi que, pues aquí estamos los que siempre hemos vivido en una mesma voluntad, y ésta ha de durar hasta que nos echen la tierra acuestas, bien se sufre decir lo que hace al caso por más secreto que sea. Yo estoy al cabo que vos nunca estuvistes en Hierusalem ni en Roma, ni aun salistes d'España, porque "loquela tua te manifestum fecit", ni aun de Castilla; pues ¿qué fructo sacáis de hacer entender al vulgo que venis y vais a Judea, y a Egipto ni a Samaria? Parésceme que ninguno otro, sino que todas las veces que venga uno, como agora yo, os tome en mentira.

MATA.—Otro mejor fruto se saca.

PEDRO.—¿Cuál?

MATA.—El aforro de la bolsa, que de otra manera perescería de frio; pero a fe de hombre de bien que lo he dicho yo hartas veces, entre las cuales fué una que nos vimos con tres mill escudos de fábrica para los hósptales, y restitución de unos indianos o peruleros. Jamás quiso escucharme, y ansi y todo se nos ha ido dentre las manos con diez pórfidos y otros tantos azulejos.

JUAN.—Presupuesta la estrecha amistad y unidad de corazones, responderé en dos palabras a todo eso, y como las diria al propio confesor. No ha pocos días y años que yo he estado para hacer todo esto, y parece que Dios me ha tocado mil veces convidándome a ello: pero un solo inconveniente ha bastado para estorbarme lo hasta hoy, y es que como yo he vivido en honra como sabéis, teniendo tan familiar entrada en todas las casas de illustres y ricos, ¿con qué verguenza podré agora yo decir públicamente que es todo burla cuanto he dicho, pues aun al confesor tiene hombre empacho descubrirse? pues si me huyo ¿a dónde me cale parar? y ¿qué dirán de mí? ¿quien no querrá antes mill infiernos?

MATA.—Desa te guarda.

PEDRO.—Más vale verguenza en cara que mancilla en corazon.

MATA.—¿Y qué habíamos de hacer de todo nuestro relicario?

PEDRO.—¿Cuál?

MATA.—El que nos da de comer principalmente: ¿luego nunca le habeis visto? Pues en verdad no nos falta reliquia que no tengamos en un cofrecito de marfil; no nos falta sino pluma de las alas del arcangel Sant Gabriel.

PEDRO.—Esas, dar con ellas en el río.

MATA.—¿Las reliquias se han de echar en el rio? Grandemente me habeis turbado. Mirad no traiais alguna punta de luterano desas tierras extrañas.

PEDRO.—No digo yo las reliquias, sino esas que yo no las tengo por tales.

MATA.—Por amor de Dios no hablemos más sobresto; los cabellos de Nuestra Señora, la leche, la espina de Cristo, el dinero, las otras reliquias de los sanctos, al rio, que dice que lo trajo él mesmo de donde estaba.

PEDRO.—¿Es verdad que trajo un gran pedazo del palo de la cruz?

MATA.—Aun ya el palo de la cruz, vaya, que aquello no lo tengo por tal; por ser tanto, parece de encina.

PEDRO.—¡Qué! ¿tan grande es?

MATA.—Buen pedazo. No cabe en el cofrecillo.

PEDRO.—Ese tal, garrote será, pues no hay tanto en Sanct Pedro de Roma y Gerusalem.

JUAN.—Todo se trajo de una mesma parte. Dejad hablar a Pedro y callad vos.

MATA.—Pues si todo se trajo de una parte,

todo será uno; ¿y el pedazo de la lápida del monumento?; agora yo callo. Pues tierra santa harta tenemos en una talega, que bien se podrá hacer un huerto dello.

JUAN.—El remedio es lo más dificultoso de todo para no ser tomado en mentira del haber estado en aquellas partes. Un libro que hizo un fraire del camino de Hierusalem y las cosas que vió, me ha engañado, que con su preregrinaje ganaba como con cabeza de lobo.

PEDRO.—¡Mas de las cosas que no vió!... ¡Tan grande modoiro era ese como los otros que hablan lo que no saben, y tantas mentiras dice en su libro!

JUAN.—Toda la corte se traia tras sí cuando predicaba la cuaresma cosas de la pasión. Luego señalaba cada cosa que decía: fué Cristo a orar en el Huerto, que será como de aquí a tal torre, y catró solo y dejó sus discipulos a tanta distancia como de aquel pilar al altar; lleváronle con la cruz acuestas al monte Calvario, que es de la cibdad como de aquí a tal parte: la casa de Anas de la de Caifás, es tanto; y otras cosas ansi.

PEDRO.—De manera que en haber dos pulgadas de distancia de más o menos de la una a la otra parte está el creer o no en Dios. Y ¿qué se me da a mí para ser cristiano que sean más dos leguas que tres; ni que Pilato y Caifás vivan en una mesma calle?

MATA.—Quien no trae nada de nuevo, no trae

trá si la gente; y os prometo, con ayuda de Dios, que vos hagáis hartos corrillos.

PEDRO.—Desos me guardaré yo bien.

MATA.—No será en vuestra mano; y también es bueno tener que contar.

JUAN.—Hablemos en mi remedio, que es lo que importa. ¿Qué haré? ¿cómo volveré atrás? ¿cómo me desmentiré a mí mismo en la plaza? Pues qué ¿dejaré mi orden por hacerme teatino ni fraire? No es razón; porque allá dentro los mismos religiosos me darian más matracas porque entrellos hay más que hayan estado allá que en otra parte ninguna.

PEDRO.—No hay para qué pregonar el haber mentido, porque Dios no quiere que nadie se disfame a sí mismo, sino que se enmiende.

MATA.—Yo quiero en eso dar un corte con toda mi poca gramática y menos saber, que me parece que más hará al propósito.

JUAN.—No me haríais este pesar de callar una vez en el año.

PEDRO.—Dejalde diga; nunca desechéis consejo, por que si no es bueno, pase por alto, y si lo es aposentadle con vos; decid lo que queríais.

MATA.—Agora me habia yo de hacer de rogar, mas no hay para qué; digo yo, que Pedro de Urdimalas nos cuente aquí todo su viaje desde el prostrero dia que no nos vimos fasta este dia que Dios de tanta alegría nos ha dado. De lo cual Juan de Voto a Dios podrá quedar tan docto que pueda hablar donde quiera que le pregun-

ten como testigo de vista; y en lo demás, que nunca en ninguna parte hable de Hierusalem, ni la mente, ni reliquia ni otra cosa alguna, sino decir que las reliquias están en un altar del hospital, y que nos demos prisa a acabarle, aunque enduremos en el gasto ordinario; y después, allí, con ayuda de Dios, nos recogeremos, y lo que está por hacer sea de obra tosca, para que antes se haga; y quien no quiere hablar de tierras extrañas con cuatro palabras cerrará la boca a todos los preguntadores. Si el consejo n'os parece bien, tomadme acuestas.

JUAN.—Loado sea Dios, que habéis dicho una cosa bien dicha en toda vuestra vida. Yo lo acepto así.

MATA.—Hartas he dicho, si vos lo hubierais hecho así.

PEDRO.—Así Dios me dé lo que deseo, que yo no cayera en tanto; bien parece un necio entre dos letrados. El agravio se me hace a mí porque soy muy enemigo dello, así por que es muy largo como por el refrán que dice: los casos de admiración no los cuentan, que no saben todas gentes como son.

MATA.—Ello se ha de saber tarde o temprano todo a remiendos; más vale que nos lo digas todo junto, y no os andaremos en cada día amohinando y haréis para vos un provecho, que reduciréis a la memoria todos los casos particulares.

JUAN.—Parece que después que éste habla de

veras se le escalfa la boca y dice algunas cosas bien dichas, entre las cuales esta es tambien que yo comienzo de aguzar las orejas.

PEDRO.—Yo determino de hacer en todo vuestra voluntad; mas antes que comience os quiero hacer una protesta porque cuando contare algo digno de admiración no me cortéis el hilo con el hacer milagros, y es que por la libertad que tengo, que es la cosa que más en este mundo amo, sino plegue a Dios que otra vez vuelva a la cadena, si cosa de mi casa pusiere ni en nada me alargare, sino antes perder el juego por carta de menos que demás; y las condiciones y costumbres de turcos y griegos os contaré, con aprescibimiento que despues que los turcos reinan en el mundo, jamas hubo hombre que mejor lo supiese, ni que allá más privase.

JUAN.—No hemos menester más para creer eso, sino ver el arrepentimiento que de la vida pasada tenéis, y hervor de la enmienda y aquel estar tan trocado de lo que antes erais.

PEDRO.—No sé por donde me comience.

MATA.—Yo sí: del primer dia, que de allí adelante nosotros os iremos preguntando, que ya sabéis que más preguntará un necio que responderán mil sabios. ¿En dónde fuistes preso y qué año? ¿Quién os prendió y adónde os llevó? Responded a estas cuatro, que después no faltará, y la respuesta sea por orden.

PEDRO.—Vispera de Nuestra Señora de las Nieves, por cumplir vuestro mandado, que es a cuatro de agosto, yendo de Génova para Nápoles con

la armada del Emperador, cuyo general es el principe Doria, salió a nosotros la armada del turco que estaba en las islas de Ponza, esperándonos por la nueva que de nosotros tenia, y diónos de noche la caza y alcanzónos y tomó siete galeras, las más llenas de gente y más de lustre que sobre la mar se tomaron despues que se navega. El capitán de la armada turquesca se llamaba Zinan Bajá, el cual traia ciento y cinquenta velas bien en orden.

JUAN.—¿Y vosotros cuántas?

PEDRO.—Treinta y nueve no más.

MATA.—¿Pues cómo no las tomaron todas, pues habia tanto exceso?

PEDRO.—Porque huyeron las otras, y aun si los capitanes de las que cazaron fueran hombres de bien y tuvieran buenos oficiales, no tomaran ninguna, porque huyeran también como las otras; pero no osaban azotar a los galeotes que remaban, y por eso no se curaban de dar prisa a huir.

JUAN.—¿De qué tenían miedo en castigar la chusma? ¿No está amarrada con cadenas?

PEDRO.—Sí, y bien recias; pero como son esclavos turcos y moros, temianse que despues que los prendiesen, aquellos habian de ser libres y decir a los capitanes de los turcos cómo eran crueles para ellos al tiempo que remaban.

MATA.—¿Pues qué por eso?

PEDRO.—Cuando ansi, luego les dan a los tales una muerte muy cruel, para que los que lo oyeren en las otras galeras tengan rienda en el



herir. Dos castigaron delante de mí el día que nos prendieron: al uno cortaron los brazos, orejas y narices y le pusieron un rótulo en la espalda, que decía: "Quien tal hace tal halla"; y al otro empalaron.

JUAN.—¿Qué es empalar?

PEDRO.—La más rabiosa y abominable de todas las muertes. Toman un palo grande, hecho a manera de asador, agudo por la punta, y ponenle derecho, y en aquel le espetan por el fundamento, que llegue cuasi a la boca, y dejansese así vivo, que suele durar dos y tres días.

JUAN.—Cuales ellos son, tales muertes dan. En toda mi vida vi tal crueldad; ¿y qué fué del primero que justificaron?

PEDRO.—Dejaronsele ir para que le viesen los capitanes cristianos, y así le dió el príncipe Doria cuatro escudos de paga cada mes mientras viviere.

MATA.—¿Peleastes o rindistesos?

PEDRO.—¿Qué habíamos de pelear, que para cada galera nuestra había seis de las otras? Comenzamos, pero luego nos tiraron dos lombardazos que nos hicieron rendir. Saltaron dentro de nuestra galera y comenzaron a despojarnos y dejar a todos en carnes. A mí no me quitaron un sayo que llevaba de cordobán y unas calzas muy acuchilladas, por ser enemigos de aquel traje, y ver que no se podían aprovechar dél, y también porque en la cámara donde yo estaba había tanto que tomar de mucha importancia que no se les daba

nada de lo que yo tenía acuestas: maletas, cofres, baules llenos de vestidos y dineros, barriles con barras de plata por llevarlo más escondido, y aun de doblones y escudos.

MATA.—¿Qué sentiais cuando os vistes preso?

PEDRO.—Eso, como predicador, os lo dejo yo en contemplación: bofetones hartos y puñadas me dieron porque les diese si tenía dineros, y bien me pelaron la barba. Fué tan grande el alboroto que me dió y espanto de verme cuál me habia la fortuna puesto en un instante, que ni sabia si llorase ni reyesse, ni me maravillase, ni dónde estaba, antes dicen mis compañeros, que lloraban bien, que se maravillan de mí que no les parecia que lo sentia más que si fuese libre, y es verdad que de la repentina mudanza por tres dias no sentia nada, porque no me lo podia creer a mi mesmo ni persuadir que fuese ansi. Luego el capitán que nos tomó, que se llamaba Sanctan Mustafá, nos sentó a su mesa y diónos de comer de lo que tenía para sí, y algunos bobos de mis compañeros pensaban que el viaje habia de ser ansi; pero yo les console diciendo: “Veís alli, hermanos, como entre tanto que comemos están aparejando cadenas para que dancemos despues del banquete”; y era ansi, que el carcelero estaba poniéndolas en orden.

JUAN.—¿Y qué fué la comida?

PEDRO.—Bizcocho remojado y un plato de miel y otro de acitunas y otro chico de queso cortado bien menudo y sutil.

MATA.—No era malo el banquete; pues ¿no podían tener algo cocinado para el capitán?

PEDRO.—No, porque con la batalla de aquel día no se les acordaba de comer, y pluguiera a Dios, por quien El es, que las Pascuas de cuatro años enteros hubiera otro tanto. Llegó luego por fruta de postre, a la popa, donde estábamos con el capitán, un turco cargado de cadenas y grillos, y comenzónos a herrar, por ser tantos y no traer ellos tan sobradas las cadenas, nos metían a dos en un par de grillos, a cada uno un pie, una de las más bellacas de todas las prisiones, porque cada vez que queréis algo, habéis de traer el compañero, y si él quiere os ha de llevar; de manera que estais atado a su voluntad aunque os pese. Esta prision no duró más que dos días, porque luego el capitán era obligado de ir a manifestar al General la presa que había hecho. Llegóse a mí un cautivo que había muchos años que estaba allí, y preguntóme qué hombre era y si ternia con qué me rescatar, o si sabia algún oficio; yo le dije que no me faltarían docientos ducados, el cual me dijo que lo callase, porque si lo decia me ternian por hombre que podía mucho y ansí nunca de allí saldría; y que si sabía oficio seria mejor tratado, a lo cual yo le rogué que me dijese qué oficios estimaban en más, y dijome que médicos y barberos y otros artesanos. Como yo vi que ninguno sabia, ni nunca acá le deprendi, ni mis padres lo procuraron, de lo cual tienen gran culpa ellos y todos los que no lo hacen, ima-

giné cuál de aquellos podía yo fingir para ser bien tratado y que no me pudiesen tomar en mentira, y acordé que, pues no sabia ninguno, lo mejor era decir que era médico, pues todos los errores habia de cubrir la tierra, y las culpas de los muertos se habían de echar a Dios. Con decir "Dios lo hizo", habia yo de quedar libre; de manera que con aquella poca de lógica que habia estudiado podría entender algún libro por donde curase o matase.

MATA.—Pues qué ¿era menester para los turcos tantas cosas, sino matarlos a todos cuantos tomarais entre las manos?

#### PEDRO SE HACE PASAR POR MEDICO

PEDRO.—No es buena cuenta esa, que no menos homicida seria quien tal hiciese que a los cristianos. Cuando fuese en licita guerra, es verdad; pero fiándose el otro de mí, sería gran maldad; porque, en fin, es prójimo. Al tiempo que nos llevaron a presentar delante el General, comenzaron de poner a una parte todos los que sabian oficios, y los que no a otra para echar al remo. Cuando vinieron a mí, yo dije liberalmente que era médico. Preguntándome si me atreveria a curar todos los heridos que en la batalla pasada habia, respondí que no, porque no era cirujano, ni sabia de manos nada hacer. Estaba

allí un renegado genovés, que se llamaba Darmux arraez, que era el cómite real, y dijo al General que mucho mayor cosa era que cirujano, porque era médico de orina y pulso, que así se llaman, y quiso la fortuna que el General no traía ninguno para que me examinase, y allá aunque hay muchos médicos judíos pero pocos son los buenos.

JUAN.—¿Qué quiere decir cómite?

PEDRO.—El que gobierna la galera y la rije.

MATA.—¿Y arraez?

PEDRO.—Capitán de una galera. Quiso también la fortuna que el General se contentó de mí y me escogió para sí. De todas las presas que hacen por la mar tiene el Gran Turco su quinto; pero los generales toman siempre para sí los mejores y que saben que son de rescate, o que tienen algunos oficios que serán de ganancia. Los soldados pobres y lacayos de los caballeros, dan al rey, pues que nunca los ha de ver.

MATA.—¿Para qué los quiere?

PEDRO.—Métenlos en una torre, y de allí los envían a trabajar en obras de la señoría, que llaman.

JUAN.—¿Qué tantos desos terná?

PEDRO.—Al pie de tres mill.

MATA.—Y cuando os tomo el General, ¿vistios luego?

PEDRO.—No, sino calzóme, y bien.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Lleváronme luego a un banco donde

estaban dos remadores y faltaba uno, y pusieronme una cadena al pie de doce eslabones y enclavada en el mismo banco, y mandaronme remar, y como no sabia comenzaron de darme de anguilazos por estas espaldas con un azote diabólico empegado.

JUAN.—Ya los he visto, que muchos cautivos que pasan por aquí, que se han escapado, los traen camino de Santiago.

PEDRO.—Otra buena canalla de vagamundos. Todos esos, creed que jamás estuvieron allí; porque ¿en que seso cabe, si se huyen, que han de llevar el azote, que jamás el cómite le deja de la mano? Ansi engañan a los bobos.

MATA.—Bien pintadas debeis de tener las espaldas.

PEDRO.—Ya se han quitado las más ronchas; pero uno me dieron un dia que me ciñó estos riñones, que después acá a tiempos me duele. Quiso Dios que como tomaron tanta gente y tenian bien quien remase, que acordaron, pues yo les parecia delicado y no lo sabia hacer, y era bueno para servir en mi oficio, que entrase cada vez en mi lugar un gitano; pero no me quitaron de la cadena, sino alli me metía donde poca menos pena tenia que si remara, porque habia de ir metida la cabeza entre las rodillas sentado, y cuando la mar estaba algo alborotada, venía la onda y dábame en estas espaldas y remojábame todo. Llámase aquel lugar en la galera la banda, que es la que sirve de necesaria en cada banco.

## LA VIDA EN LAS GALERAS

JUAN.—¿Y qué os daban allí de comer?

PEDRO.—Lo que a los otros, que es cuando hay bastimento harto, y estábamos en parte, que cada día lo podían tomar. Daban a cada uno veintiséis onzas de bizcocho; pero si estábamos donde no lo podían tomar, que era tierra de enemigos, veinte onzas y una almueza de mazamorra.

MATA.—¿Qué es bizcocho y mazamorra?

PEDRO.—Toman la harina sin cerner ni nada y hácenla pan; despues aquello hácenlo cuartos y recuécnlo hasta que está duro como piedra y métenlo en la galera; las migajas que se desmoronan de aquello y los suelos donde estuvo es mazamorra, y muchas veces hay tanta necesidad, que dan de sola ésta, que cuando habréis apartado a una parte las chinches muertas que están entre ello y las pajas y el estiercol de los ratones, lo que queda no es la quinta parte.

JUAN.—¿Quién diablos llevó el ratón a la mar?

PEDRO.—Como se engendran de la bascosidad, más hay que en tierra en ocho días que esté el pan dentro.

MATA.—Y a beber ¿dan vino blanco o tinto?

PEDRO.—Blanco del río, y aun bien hidiendo y con más tasa que el pan.

JUAN.—¿Y qué más dan de ración?

PEDRO.—¿No basta esto? Algunas veces reparten a media escudilla de vinagre y otra media

de aceite y media de lentejas o arroz para todo un mes; alguna pascua suya dan carne, cuanto una libra a cada uno; mas destas no hay sino dos en el año.

MATA.—¡Mal aventurados dellos; bien parescen turcos!

PEDRO.—¿Pensais que son mejores las de los cristianos? Pues no son sino peores.

JUAN.—Yo reniego desa manera de la mejor. Y la cama ¿era conforme a la comida?

PEDRO.—Tenia por cortinas todo el cielo de la luna, y por frazada el aire. La cama era un banquillo cuanto pueden tres hombres caber sentados, y de tal manera tenía de dormir allí, que con estar amarrado al mesmo banco y no poder subir encima la pierna, sino que había destar colgando, si por malos de mis pecados sonaba tantico la cadena, luego el verdugo estaba encima con el azóte.

MATA.—¿Quién os lavaba la ropa blanca?

PEDRO.—Nosotros mesmos con el sudor que cada dia manaba de los cuerpos; que una que yo tuve, a pedazos se cayó como ahorcado.

JUAN.—Paresce que me comen las espaldas en ver cuál debía estar de gente.

PEDRO.—A eso quiero responder que por la fe de buen cristiano, no más ni menos que en un hormigal hormigas los veia en mis pechos cuando me miraba, y tomábame una congoja de ver mis carnes vivamente comidas dellos y llagadas, ensangrentadas todas, que, como aunque matase



veinte pulgaradas no hacía al caso, no tenía otro remedio sino dejarlo y no me mirar; pues en unas botas de cordobán que tenía, por el juramento que tengo hecho y por otro mayor si queréis, que si metía la mano por entre la bota y la pierna hasta la pantorrilla, que era en mi mano sacar un puñado dellos como granos de trigo.

JUAN.—¿Y todos están ansi?

PEDRO.—No, que los que son viejos tienen camisas que mudar; no tienen tantos con gran parte, y lavan allí sus camisas con agua de la mar, atándola con un pedazo de sogá como quien saca agua de algún pozo, y allí las dejaban remojar un rato; cuasi el lavar no es más sino remojar y secar, porque como el agua de la mar es tan gruesa, no puede penetrar ni limpia cosa ninguna.

MATA.—Caro cuesta desa manera el ver cosas nuevas y tierras extrañas. En su seso s'está Juan de Voto a Dios de no poner su vida al tablero, sino hablar como testigo de oídas, pues no le vale menos que a los que lo han visto.

PEDRO.—Yos diré cuán caro cuesta. Siendo yo cautivo nuevo, que no había sino un mes que lo era, vi que junto a mí estaban unos turcos escribiendo ciertas cartas mensajeras; y ellos, en lugar de firma, usan ciertos sellos en una sortija de plata que traen, en donde está esculpido su nombre o las letras de cifra que quieren, y con este, untado con tinta, emprimen en el lugar donde habían de firmar, su sello, y cierto queda como de molde.

MATA.—Yo apostaré que es verdad sin más, pues no lo puede contar sin lagrimas.

PEDRO.—Más eché allá cuando pasó; y como a mí me pareció cosa nueva, entre tanto que cerraba uno las cartas, como en conversación, tomé en la mano el sello y como vi que no me decían nada tomé tinta y un poco de papel para ver si sabría yo ansi sellar. De todo esto holgaban ellos sin dárselos nada; yo lo hice como quiera que era ciencia que una vez bastaba verla, y contentéme de mí mismo haber acertado; torné a poner la sortija donde se estaba, y como de allí a un poco me acordase de lo mismo, quise tornar a ver si se me había olvidado, y así del papel que estaba debajo de la sortija, pensando que estaba encima, porque estaba entre dos papeles, y caese la sortija de la tabla abajo y da consigo en la mar, que estabamos estonces en Sancta Maura. Los turcos, cuando me vieron bajar a buscarla, pensando que no fuese caida, asenme de las manos presto por pensar que yo la habia hecho perdidiza.

JUAN.—¿De qué os reis desto o a qué propósito?

MATA.—Porque voy viendo que según va el cuento, al fin todos lloraremos de lástima y para rehacer las lágrimas lo hago.

PEDRO.—Como no me la hallaron en las manos, viene uno y méteme el dedo en la boca, cuasi hasta el estómago, que me hubiera ahogado, por ver si me la habia metido en la boca.

MATA.—¿Pues no le podiais morder?

PEDRO.—Cuando esto fué, ya no tenía dientes

ni sentido, porque me habian dado dos bofetones de entrambas partes, tan grandes que estaba tonto.

JUAN.—¿No podian mirar que erais hombre de bien y que en el hábito que llevabais no erais ladrón?

PEDRO.—El hábito de los esclavos todo es uno de malos y buenos, como de fraires, y aun las mañas también en ese caso, porque quien no roba no come. Luego llamaron al guardian mayor de los esclavos, que se llamaba Morato arraez, y dieron como ellos quisieron la información de lo pasado, la cual podia ser sentencia y todo, porque yo no tenia quien hablase por mí, ni yo mesmo podia, porque no sabía lengua ninguna. Luego como me cató todo, que presto lo pudo hacer, porque estaba desnudo, y no lo halló, manda luego traer el azote y pusieronme de la manera que agora diré. Como los bancos estan puestos por orden, como renglones de coplas, pusieronme la una pierna en un banco, la otra en otro, los brazos en otros dos y cuatro hombres que me tenian de los brazos y piernas, cuasi hecho rueda, puesta la cabeza en otro.

JUAN.—Ya me pesa que comenzastes este cuento, porque me toman calofríos de lástima.

PEDRO.—Antes lo digo para que más se manifiesten las obras de Dios. Puesto el guardián el un pié sobre un banco y el otro sobre mi pescuezo, y siendo hombre de razonables fuerzas, comenzó como reloj tardío a darme cuan largo

era, deteniéndose de poco en poco, por mayor pena me dar, para que confesase, hasta que Dios quiso que bastase; bien fuera medio cuarto de hora lo que se tardó en la justicia.

JUAN.—¿Pues de tanto valor era la sortija que los cristianos, vuestros compañeros de remo que estaban alrededor, no lo pagaban por no ver eso?

PEDRO.—Valdria siete reales cuando mucho; pero ellos pagaran otros tantos porque cada dia me dieran aquella colación.

MATA.—¿Luego no eran cristianos?

PEDRO.—Sí son, y por tales se tienen; pero como el mayor enemigo, que el bueno tiene en el mundo es el ruin, ellos, de gracia, como dicen, me querian peor que al diablo, de envidia porque yo no remaba y que hacian algún caso de mí, y porque no los sirvia alli donde estaba amarrado, y lo peor, porque no tenia blanca que gastar; últimamente, porque todos eran italianos, de diferentes partes, y entre todas las naciones del mundo somos los españoles los más mal quistos de todos, y con grandisima razón, por la soberbia, que en dos dias que sirvimos queremos luego ser amos, y si nos convidan una vez a comer, alzamosnos con la posada; tenemos fieros muchos, manos no tanto; veréis en el campo del rey y en Italia unos ropavejeruelos y oficiales mecánicos que se huyen por ladrones, o por deudas, con unas calzas de terciopelo y un jubon de raso, renegando y descreyendo a cada palabra, jurando de contino, puesta la mano sobre el lado del corazón,

a fe de caballero; luego buscan diferencias de nombres: el uno, Basco de las Pallas; el otro, Ruidiaz de las Mendozas; el otro, que echando en el meson de su padre paja a los machos de los mulateros desprendio, "bai" y "galagarre" y "goña", luego se pone Machin Artiaga de Mendarozqueta y dice que por la parte de oriente es pariente del rey de Francia Luis, y por la de poniente del conde Fernan Gonzalez y Acota, con otro su primo Ochoa de Galarreta, y otros nombres ansi propios para los libros de Amadis. No ha cuatro meses que un amigo mio me hizo su testamentario, y traía fausto como cualquier capitán con tres caballos. Hizo un testamento conforme a lo que el vulgo estaba engañado de creer. Llamábase del nombre de una casada principal d'España. Al cabo murió, y yo, para cumplir el testamento, hice inventario y abrí un cofrecico, donde pensé hallar joyas y dinero, y la mayor que hallé, entre otras semejantes, fué una carta que su padre de acá le habia escrito en la cual iba este capítulo: "En lo que decís, hijo, que habeis dejado el oficio de tundidor y tomado el de perfumero en Francia, yo huelgo mucho, pues debe de ser de más ganancia." Cuando este y otros tales llegaban en la posada del pobre labrador italiano, luego entraban riñendo: ¡Pese a tal con el puto villano; a las catorce me habéis de dar de comer! ¡reniego de tal con el puto villano! ¡cada dia me habéis de dar fruta y vitela no más!; ¡corre, mozo, mátales dos gallinas, y

para mañana, por vida de tal, que yo mate el pavón y la pava; no me dejes pollastre ni presuto en casa ni en la estrada!

MATA.—¿Qué es estrada? ¿qué es vitela? ¿qué presuto? ¿qué pollastre?

PEDRO.—Como en fin son de baja suerte y entendimiento, aunque estén allá mill años, no deprenden de la lengua más de aquello que aunque les pese, por oirlo tantas veces, se les encasqueta de tal manera que por cada vocablo italiano que deprenden olvidan otro de su propia lengua. A cabo de tres o cuatro años no saben la suya ni la ajena sino por ensaladas como Juan de Voto a Dios cuando hablaba conmigo. Estrada es el camino; presuto, el pernil; pollastre, el pollo; vitela, ternera.

MATA.—No menos me huelgo, por Dios, de saber esto que las cosas de Turquía, porque para quien no lo ha visto tan lejos es Italia como Grecia. No podía saber qué es la causa porque algunos, cuando vienen de allá, traen unos vocablos como “barreta, belludo, fudro, estibal, manca”, y hablando con nosotros acá, que somos de su propia lengua. Este otro día no hizo más uno de ir de aquí a Aragón, y estuvo allá como cuatro meses, y volvióse y en llegando en casa tómale un dolor de ijada y comenzó a dar voces que le portasen el menge. Como la madre ni las hermanas no sabían lo que se decían, tornábanle a repreguntar qué quería, y a todo decía: el menge. Por discreción dieronle un jarrillo para que mea-

se, pensando que pedía el orinal, y él a todos quería matar porque no le entendían. Al fin por el dolor que la madre vió que le fatigaba, llamó al médico, y entrando con dos amigos a le visitar, principales y d'entendimiento, preguntole que qué le dolía y donde venía. Respondió: "Mosen, chi sc stata Saragosa"; de lo cual les dió tanta risa y sonó tanto el cuento, que él quisiera más morir que haberlo dicho, porque las mismas palabras le quedar de allí adelante por nombre.

JUAN.—Lo mismo, aunque parezca contra mí, aconteció en Logroño, que se fué un muchacho de casa de su madre y entróse por Francia. Ya que llegó a Tolosa, topóse con otro de su tamaño que venía romerillo para Santiago. Tomaron tanta amistad, que, como estaba ya arrepentido, se volvieron juntos, y viniendo por sus pequeñas jornadas llegaron en Logroño, y el muchacho llevó por huesped al compañero casa de su madre. Entrando en casa fué rescibido como de pobre madre, y que otro no tenía. Luego echó mano de una sartén, y toma unos huevos y pregunta al hijo cómo quiere aquellos huevos, y qué tal viene, y si bebe vino. El respondió que hasta allí no había hablado: "Ma mes, parleu bus a Pierres, e Pierres parlara a moi, quo chi non so res d'España". La madre turbada, dijo: "No te digo sino que cómo quieres los huevos". Entonces preguntó al francesillo que qué decía su madre. Ella, fatigándose mucho, dijo: "¡pues, malaventurada de mí, hijo! aun los mismos zapatos que te lle-

vaste traes, y tan presto se te ha olvidado tu propia lengua". Ansi que tiene mucha razon Máatalas Callando, que estos que vienen de Italia nos rompen aqui las cabezas con sus salpicones de lenguas, que al mejor tiempo que os van contando una proeza que hicieron, os mezclan unos vocablos que no entendeis nada de lo que dicen: "Saliendo yo del cuerpo de guardia para ir a mi trinchera, que era manco de media milla, vi que de la muralla asestaban los esmeriles para los que estábamos en campaña; yo calé mi serpentina y llevele al bombardero el bota fogo de la mano"; y otras cosas al mesmo tono.

PEDRO.—Pues si esos no hiciesen como la zorra, luego serian tomados con el hurto en la mano.

MATA.—¿Qué hace la zorra?

PEDRO.—Cuando va huyendo de los perros, como tiene la cola grande, ciega el camino por donde va, porque no hallen los galgos el rastro. Pues mucho mayores necedades dicen en Italia con su trocar de lenguas, aunque un dia castigaron a un bisoño.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Estaba en una posada de un labrador rico y de honra, y era racien pasado d'España, y como no entendia la lengua, vió que a la muger llamaban madona, y díjole al huésped: "Madono, porta manjar", pensando que decia muy bien; que es como quien dijese "mugero". El otro corriose, y entre él y dos hijos suyos le pelaron como pa-



lomino, y tuvo por bien mudar de allí adelante la posada y aun la costumbre.

MATA.—Si el rey los págase no quitarían a nadie lo suyo.

PEDRO.—Ya los paga; pero es como cuando en el banquete falta el vino, que siempre hay para los que se sientan en cabecera de mesa, y los otros se van a la fuente. Para los generales y capitanes nunca falta; son como los peces, que los mayores se comen los menores. Conclusión es averiguada que todos los capitanes son como los sastres, que no es en su mano dejar de hurtar, en poniéndoles la pieza de seda en las manos, sino sólo el día que se confiesan.

MATA.—Ese día cortaría yo siempre de vestir; pero ellos ¿cómo hurtan?

PEDRO.—Yo' os lo diré como quien ha pasado por ello: Cada capitán tiene de tener tantos soldados, y para tantos se le da la paga. Pongamos por caso 300; el tiene docientos, y para el día de la reseña busca ciento de otras compañías o de los oficiales del pueblo, y dales el quinto como al rey y tómales lo demás; al alferé da que pueda hacer esto en tantas plazas y al sargento en tantas; lo demás para "nobis".

JUAN.—Y los generales ¿no lo remedian eso?

PEDRO.—¿Cómo lo han de remediar, que son ellos sus maestros, de los cuales deprendieron?; antes éstos disimulan, porque no los descubran, que ellos lo hurtan por grueso, diciendo que al rey es lícito hurtarle porque no le da lo que ha menester.

MATA.—Y el rey ¿no pone remedio?

PEDRO.—No lo sabe, ¡qué ha de hacer!

JUAN.—¿Pues semejante cosa ignora?

PEDRO.—Sí, porque todos los que hablan con el rey o son generales o capitanes, o oficiales a quien toca, que no se para a hablar con pobres soldados; que si eso fuese, él lo sabría y sabiéndolo lo atajaría; pero ¿queréis que vaya al capitán a decir: Señor, yo hurto de tres partes la una de mis soldados; castigame por ello?

JUAN.—Y el Consejo del rey ¿no lo sabe?

PEDRO.—No lo debe de saber, pues no lo remedia; mas yo reniego del capitán que no ha sido primero muchos años soldado.

MATA.—Esos soldados fieros que deciais denantes en el escuadrón al arremeter, ¿qué tales son?

PEDRO.—Los postreros al acometer y los primeros al retirar.

JUAN.—Buena va la guerra si todos son ansi.

PEDRO.—Nunca Dios tal quiera, ni aun de treinta partes una; antes toda la religión, crianza y bondad, está entre los buenos soldados, de los cuales hay infinitos que son unos Cesares y andan con su vestido llano y son todos gente noble y ilustre; con su pica al hombro, se andan sirviendo al rey como esclavos invierno y verano, de noche y de dia, y de muchos se le olvida al rey, y de otros no se acuerda, y de los que restan no tiene memoria para gratificarles sus servicios.

JUAN.—Y esos tales, siendo ansi buenos, ¿qué comen? ¿tienen cargos?

PEDRO.—Ni tienen cargos, ni cargas en las bolsas. Comen como los que más ruinmente, y visten peor; no tienen otro acuerdo ni fin sino a servir a su ley y rey, como dicen cuando entran en alguna cibdad que han combatido. Todos los ruines son los que quedan ricos, y estos otros más contentos con la victoria.

JUAN.—Harta mala ventura es trabajar tanto y no tener que gastar y estar sujeto un bueno a otro que sabe que es más astroso que él.

MATA.—La pobreza no es vileza.

PEDRO.—Maldiga Dios el primero que tal refrán inventó, y el primero que le tuvo por verdadero, que no es posible que no fuese el más toco entendimiento del mundo y tan groseros y ciegos los que le creen.

MATA.—¿Como así a cosa tan común queréis contradecir?

PEDRO.—Porque es la mayor mentira que de Adán acá se ha dicho ni formado; antes no hay mayor vileza en el mundo que la pobreza y que más viles haga los hombres; ¿qué hombre hay en el mundo tan ilustre que la pobreza no le haga ser vil y hacer mill cuentos de vilezas? y ¿qué hombre hay tan vil que la riqueza no ennoblezca tanto que le haga ilustre, que le haga Alejandro, que le haga Cesar y de todos reverenciado?

JUAN.—Paresceme que lleva camino; pero acá vámonos con el hilo de la gente, teniendo por bueno y aprobado aquello que todos han tenido.

PEDRO.—Tan grande necesidad es esa como la otra. ¿Porqué tengo yo de creer cosa que primero no la examine en mi entendimiento? ¿qué se me da a mí que los otros lo digan, sino lleva camino?; ¿so yo obligado porque mi padre y abuelos fueron necios, a sello? ¿pensais que sirve nadie al rey sino para que le dé de comer y no ser pobre, por huir de tan grande vileza y mala ventura?

MATA.—Razonablemente nos hemos apartado del propósito a cuya causa se comenzó.

JUAN.—No hay perdido nada por ello; porque aquí nos estamos para volver, que tambien esto ha estado excelente.

PEDRO.—¿En qué quedamos, que ya no me acuerdo?

MATA.—En el cuento de la sortija y la enemistad que os tenian los otros mismos que remaban. Veamos: y allí ¿no curabais o estudiabais?

PEDRO.—Vínome a la mano un buen libro de medicina, con el cual me vino Dios a ver, porque aquel contenia todas las curas del cuerpo humano, y nunca hacía sino leer en él; y por aquel comencé a curar unos cautivos que cayeron junto a mí enfermos, y salíame bien lo que experimentaba; y como yo tengo buena memoria, tomélo todo de coro en poco tiempo, y cuando despues me vi entre médicos, como les decia de aquellos textos, pensaban que sabía mucho. En tres meses cuasi supe todo el oficio de médico.

MATA.—En menos se puede saber y mejor.

PEDRO.—Eso es imposible. ¿Cómo?

MATA.—Si el oficio del médico, al menos el vuestro, es matar, ¿no lo hará mejor cuanto menos estudiare?

JUAN.—Dejémonos de disputas. ¿En la galera hay barberos y cirujanos?

PEDRO.—Cada una trae su barbero, ansi de turcos como de cristianos, para afeitar y sangrar. Acontescióme un dia con un barbero portugués que era cautivo en la galera que yo estaba, muchos años había, no habiendo yo más de cincuenta días que era esclavo, lo que oiréis: Al banco donde yo estaba al remo me trajeron un turco que mirase, ya muy al cabo; y como le miré el pulso, vi que le faltaba y que estaba ya frio, y dijeles, pensando ganar honra con mi pronóstico, que se moriría aquella noche. ¿Que qué le querían hacer los compañeros del enfermo? Como vieron la respuesta dijeron: “Alguna bestia debe éste de ser; llamen al barbero de la galera que nos le cure, que sabe bien todos nuestros pulsos”. el cual vino luego y preguntó qué habia yo dicho, y como lo oí dije: que se morirá esta noche; y comencé a filosofar: “¿No veis qué pulso? ¿qué frio está? ¿qué gesto? ¿qué lengua? ¿y cuán hundidos los ojos y qué color de muerto?” Dijo él: “Pues yo digo que no se morirá”; y comienza de fregarse las manos y decir: “Sús, hermanos, ¿que me daréis? yo os le daré sano con ayuda de Alá.” Ellos dijeron que viese lo que sería justo. Respondió que le diesen quince ásperos, que son tres

reales y medio de acá, para ayuda de las medicinas, y que si el enfermo viviese le habían de dar otros cinco más, que es un real.

JUAN.—¿Pues no ponía más diferencia de muerte a vida de un real?

PEDRO.—Y era harto, según él sabia; luego se los dieron y fuese al fogón, que es el lugar que trae cada galera para guisar de comer, y en una ollica mete un poco de bizcocho y agua, y hace uno como engrudo sazonado con su aceite y sal, y delante de los turcos tomó una pedrezica como de anillo, de azucar cande, y metiéndola dentro diciendo: Esta sola me costó a mí lo que vosotros me dais. Fué a dar su comida, y engargantósela metiéndole la cuchar siempre hasta el estómago. Yo a todo esto estaba algo corrido de la desvergüenza que el barbero habia usado contra mí; y los que estaban conmigo al remo comenzaron a tomarme doblado odio porque yo podia haber ganado aquellos dineros para que todos comieramos y no lo habia hecho, y blasfemaban de mí diciendo que era un traidor poltrón y que maldita la cosa yo sabía, sino que por no remar lo hacia fingido, y otras cosas a este tenor; y de cuando en cuando, si me podian alcanzar alguna coz o cadenazo con la cadena, no lo dejaban de hacer. El pobre enfermo aquella noche dió el cuerpo a la mar y el anima al diablo. Este barbero cada dia le quitaban la cadena y a la noche se la metían; cuando supo que era muerto, dijo que no le desferrasen aquellos dos dias porque tenia mu-

chos unguentos que hacer, que no estaba la galera bien proveida. Como no había quien curase, mandaron que me quitasen a mí la cadena, y como fuí donde el barbero estaba, preguntóme como me llamaba. Respondi que el licenciado Pedro de Urdimalas. Dijome: "Pues noramala tenéis el nombre, tened el hecho. ¿Pensáis que estáis en vuestra tierra que por prognosticos habéis de medrar? Cumpleos que nunca deshaucieis a nadie, sino que a todos prometais la salud luego de mano; porque quiero que sepáis la condicion de los turcos ser muy diferente de la de los cristianos, en que jamás echan la culpa de la muerte al médico, sino que cada uno tiene en la frente escrito lo que ha de ser dél, y que es cumplida la hora; y demás desto, sabed que prometen mucho y nada cumplen; decir os han: "si me sanas yo te daré tanto y haré tal y tal"; en sanando no se acuerdan de vos más que de la nieve que nunca vieron. Para ayuda de las medicinas cojed siempre lo que pudieredes, que ansi se usa acá, que no se recepta, sino vos las tenéis de poner, y si tenéis menester cuatro demand diez." Yo que antes tenia grandísimo enojo contra él, me quedé tan manso y se lo agradescí tanto que más no pudo ser; y más me dijo: que de miedo no le tornasen a pedir los dineros que le habían dado no había querido que lo desherrasen fasta que se olvidase de alli a dos dias. Los turcos que dormían en mi ballestera no dejaron de notar y maravillarse, que nunca habían en

su tierra visto tomar pulso, que por tentar en la muñeca dijese lo que estaba dentro y que muriese.

MATA.—¿Qué cosa es ballestera?

PEDRO.—Una tabla como una mesa que tiene cada galera entre banco y banco, donde van dos soldado de guerra.

JUAN.—¿Pues no tienen más aposento de una tabla?

PEDRO.—Y ese es de los mejores de la galera. ¡Ojalá todos le alcanzasen!

MATA.—¿Y cuántas desas tiene cada galera?

PEDRO.—Una en cada banco.

MATA.—¿Cuántos bancos?

PEDRO.—Veinticinco de una parte, y otros tantos de la otra, y en cada banco tres hombres al remo amarrados; y algunas capitanas hay, que llaman bastardas, que llevan cuatro.

MATA.—¿De manera que ha menester 150 hombres de remo?

PEDRO.—Y más diez, para no menester cuando los otros caen malos, que nunca faltan, supliir por ello.

JUAN.—¿Y soldados, cuántos?

PEDRO.—Cuando van bien armadas, 50 y diez o doce gentiles hombres de popa, que llaman, amigos del capitán.

MATA.—¿Y esos han de ser marineros?

PEDRO.—No hay para qué, porque los marineros son otra cosa; que van un patrón y un cómite y otro sota cómite, dos consejeros, dos



artilleros y un alguacil con su escribano y otros veinte marineros.

JUAN.—¿Parecerá al infierno una cosa tan pequeña con tanta gente? ¡Qué confusión y he-dentina debe de haber!

PEDRO.—Ansi lo es verdaderamente infierno abreviado, que con toda esta gente ordinaria que va, cuando es menester pasar de un reino a otro por mar llevarán cient hombres más cada una con todos sus hatos.

JUAN.—Buenos cristianos serán todos esos de buena razón; pues cada hora traen tragada la muerte.

PEDRO.—Antes son los más malos del mundo. Cuando en más fortuna y necesidad se ven, comienzan de blasfemar y renegar de cuanto hay del cielo de la luna, hasta el más alto, y de la falta de paciencia de los remadores no es de tanta maravilla, porque verdaderamente ellos tienen tanto afán, que cada hora les es dulce la muerte; mas los otros bellacos, que lo tienen por pasatiempo, son en fin marineros, que son la más mala gente del mundo.

JUAN.—¿Pues tan infernal trabajo es remar?

PEDRO.—Bien dijistes infernal, porque acá no hay a qué le comparar; para mí tengo que si lo llevan en paciencia, que se irán todos al cielo calzados y vestidos, como dicen las viejas.

MATA.—¿Cómo puede un solo hombre tener cuenta con tantos?

PEDRO.—Con un solo chiflito que trae al cuelio

hace todas las diferencias de mandar que son menester, al cual han de estar tan prontos, que en oyéndole en el mismo punto cuando duermen han de estar en pie, con el remo en la mano, sin pararse a despabilar los ojos, so pena que ya está el azote sobre él; dos andan con los azotes: el uno, en la mitad de la galera; el otro, en la otra, como maestros que enseñan leer niños.

JUAN.—Con todo eso, puede el que quiere hacer del bellaco cuando ese vuelve las espaldas, y hacer como que rema.

PEDRO.—Ni por pensamiento. ¿Luego pensáis que hay música ni compases en el mundo más acordada que el remar?; engañaísos, que en el punto que eso hiciese, estorba a sus compañeros y suenan un remo con otro y deshácese el compás, y como vuelve el cómite, si le había de dar uno le da seis.

JUAN.—Y esos mal aventurados ¿cómo viven con tanto trabajo y tan poca comida?

PEDRO.—Ahí veréis cómo se manifiesta la grandeza de Dios, que más gordos y ricos y lucios los veréis y con más fuerzas que estos cortezanos que andan por aquí paseando cada día con sus mulas. Tienen un buen remedio, que todos procuran de saber hacer algunas cosillas de sus manos, como calzas de aguja, almillas, palillos de mondar dientes, muy labrados; boneticos, dados, partidores de cabellos de mujeres, labrados a las mill maravillas, y otras cosi-

llas, así cuando hay viento próspero, que no reman, y cuando están en el puerto; lo cual todo venden cuando llegan en alguna cibdad y a los pasajeros que van dentro, y desto se remedian, y suelen, temporadas hay que comen mejor que los capitanes; y mira cuán grande es Dios, que todos, por la mayor parte, son ricos, y hay muchos que tienen cien ducados y docientos, que no los alcanza ningún capitán de Italia, y hombres hay dellos que juegan cien escudos una noche con algún caballero, si pasa, o con quien quisiere; y si el capitán o los oficiales tienen necesidad de dineros, éstos se los prestan sobre sus firmas hasta que les den la paga.

MATA.—¿Nunca se les alzan con ello?

PEDRO.—No, ni pueden aunque quieran; antes lo primero que el pagador hace es satisfacerles, y tampoco se los prestarán de balde, sino que si le dan 15, que le hagan la cédula de 16. No faltan también inhábiles, como yo, que ni saben oficio ni tienen qué comer; pero éstos sirven a los otros de remojar el bizcocho y cocinar la olla y poner y quitar las mesas y comen con ellos.

JUAN.—¿Y qué tales deben de ser las mesas!

PEDRO.—Una rodilla bien sucia, si la alcanzan, y los capotes debajo; la propia mesa es comer bien; que aunque esté sobre un muradal, no se me da nada.

MATA.—¿En qué comen? ¿Tienen platos?

PEDRO.—Una escudilla muy grande tienen de

palo, que llaman gabeta, y un jarro, de palo también, que se dice chipichape; esto hay en cada banco; y antes que se me olvide os quiero decir una cosa, y es que me vi una vez con quince caballeros comendadores de Sant Juan, y entre todos no había sino una gabeta, en la cual comíamos la carne y el caldo, y bebíamos en lugar de taza, y orinábamos de noche si era menester.

JUAN.—¿Y no teníais asco?

PEDRO.—De día no, porque con todo eso teníamos gana de vivir; y de noche menos, porque más de tres meses cenamos a escurás, y esto era en tierra en Constantinopla, porque viene a propósito de las gabelas.

JUAN.—¿Nos daban siquiera un candil, ni miraban que fuesen caballeros?

PEDRO.—Antes adrede maltrataban más a escotales, por sacarles más rescate, como a gatos de Algalia.

MATA.—No salgamos, por Dios, tan presto de galera. A los soldados y gente de arte, ¿qué les dan de comer?

PEDRO.—Sus raciones tienen en las de los cristianos, de atún y pan bizcocho y media zumbre de vino, y a tercer día mudan a darles vaca si están donde la puedan haber, y dos ducados al mes razonablemente pagados.

JUAN.—¿Y pueden sufrir por tan poco sueldo esa vida?

PEDRO.—Y están muy contentos con ella por

la grandísima libertad que tienen sin obedecer rey ni Roque; en los de los turcos no les dan nada á los soldados sino cuatro escudos al mes, y ellos se juntan de cuatro en cuatro o seis en seis, y meten en la galera arroz y bizcocho, azúcar y miel; que no han menester vino, pues no lo pueden beber.

JUAN.—Y en las de cristianos, ¿oyen nunca misa y traen quien los confiese?

PEDRO.—Si bien cada domingo y fiesta, si no navegan, les dicen misa en tierra, donde puedan todos ver, y en cada galera traen un capellán, y los turcos también uno de los suyos.

MATA.—Vamos adelante con la jornada, que la galera ya está bien entendida.

PEDRO.—De Santa Maura fuimos a otro puerto de una cibdad, cerca, que se llama Lepanto, y Patras, que está junto donde Sant Andrés fué martirizado. Allí estuvimos con esta vida unos veinte días y despalmamos las galeras.

JUAN.—¿Qué es despaltar?

PEDRO.—Darles por debajo con sebo una camisa para que corra bien, y que la yerba que hay en la mar donde no está muy honda y la bascosidad del agua no se pegue en la pez de la galera, porque no podría de otra manera caminar; y esto es menester hacer cada mes, para bien ser, o de dos a dos a lo más. De allí caminamos a Puerto León, que es en Atenas, y llámase así porque tiene un grandísimo león de mármol a la entrada.

JUAN.—¿Llega la cibdad de Atenas a la mar?

PEDRO.—No; pero hay una legua no más.

MATA.—Pues ¿qué nos diréis de Atenas? ¿Es gran cosa como dicen?

PEDRO.—No la vi entonces hasta la vuelta, que verná a propósito; yo lo diré. De Puerto León fuimos a Negroponto, y de allí pasamos por Sexto y Abido y entramos en la canal de Constantinopla, que es el Hellesponto, y fuimos a Gallipol y a la isla de Mármara, y de allí a Constantinopla, que es metrópoli que llaman; como quien dice cabeza de toda la Turquía, donde reside siempre por la mayor parte el Gran Señor y concurre todo el imperio.

## ENTRADA EN CONSTANTINOPLA

JUAN.—¡Grande sería la solenidad de la entrada!

PEDRO.—Mucho, y de harta lástima. Salió el Gran Turco a un mirador sobre la mar, porque bate en su palacio, y comenzaron de poner en cada galera muchos estandartes, en cada banco el suyo; en lo más alto las banderas de Mahoma, y debajo dellas los pendones que nos habían tomado, puestos los crucifijos y imágenes de Nuestra Señora que venían dibujados en ellos las piernas hacia arriba, y la canalla toda de los turcos tirándoles con los arcos muchas sae-

tas; luego las banderas del Gran Turco y debajo dellas también las del emperador y el príncipe Doria, hacia bajo, al revés puestas; luego comenzaron de hacer la salva de artillería más soberbia que en el mar jamás se pudo ver, donde estaban ciento y cincuenta galeras con algunas de Francia, y más de otras trescientas naves, entre chicas y grandes, que se estaban en el puerto y nos ayudaban; cada galera soltaba tres tiros y tornaba tan presto a cargar; duró la salva una hora, y metímonos en el puerto, y desarmamos nuestras galeras en el tarazanal, que es el lugar donde se hacen y están el invierno, y no tardamos tres horas en desbaratar toda la armada, y el Gran Señor quiso ver la presa de la gente, porque no los había podido ver dentro de las galeras, y ensartáronnos todos, que seríamos al pie de dos mill, con cadenas, todos trabados uno a otro; a los capitanes y oficiales de las galeras echaron las cadenas por las gargantas, y con la música de trompetas y atambores que nosotros nos llevábamos en las galeras, que es cosa de que ellos mucho se ríen, porque no usan sino clarines, nos llevaron con nuestras banderas arrastrando a pasar por el cerraje del Gran Turco, que es un palacio, de donde ya iban señalados los que habían de ser para él, que le cabían de su quinto, y entrellos principalmente los capitanes de las galeras; y estos llevaron a Calata, a la torre del Gran Señor, donde están aquellos dos mill

que arriba dije, para sus obras y para remar al tiempo.

JUAN.—¿Dónde es Galata? Por ventura es la que San Pablo dice "ad galatas".

PEDRO.—Creo que no, porque ésa es junto a Babilonia. Esta se llamaba otro tiempo Pera, que en griego quiere decir dese cabo, y llamábanla así porque de Constantinopla a ella no hay más de el puerto de mar en medio, que será un tiro de arcabuz, el cual cada vez que quisieredes pasar podréis por una blanca; y será de tres mill casas, y en esta hay en la muralla muchas torres, en una de las cuales metieron a todos los que éramos esclavos de Zinan Bajá, el General, que seríamos en todos 700, de los cuales empresentó obra de ciento, puestos todos en un corral como ovejas. Tornaron a repre-guntar a cada uno su nombre y patria, y qué oficio sabía, y ponían a todos los de un oficio juntos; y repartieron a los más, porque para todos no había, sendas mantas para dormir y capotes de sayal y zaragüelles de lo mesmo, de lo cual fué Dios servido que alcance mi parte; y los barberos que habían tomado de las gale-ras fueron siete, en el número de los cuales fui yo escrito. Diéronnos por superior un ciruja-no viejo, hombre de bien y cudicioso de ganar dineros, por lo cual, como tenía crédito, s'entre-metía en curar de medicina y todo, y mandá-ronnos obedecerle en todo lo que él mandase. Como éramos los más cautivos nuevos y la vida



ruin, comenzó de dar una modorra por nosotros, que cada día se morían muchos, entre los cuales yo fuí uno.

## LAS DESDICHAS DEL CAUTIVERIO

MATA.—¿Que os moristes?

PEDRO.—No, sino herido. Dió industria este barbero o médico, o qué era, que nos metiesen los enfermos apartados en una gran caballeriza, adonde, por estar fuera de la torre, había buen aparejo para huír, y por eso nos ensartaban a todos por las cadenas que teníamos con una muy larga y delgada cadenilla, y a la mañana entraba el viejo cirujano con los otros barberos a ver qué tales estaban, y proveía conforme a lo que sabía, que era nonada. Traía un jarro grande de agua cocida con pasas y regaliz, que era la mejor cosa que sabía, y dábanos cada dos tragos diciendo que era jarabe, y al tiempo que le parecía, sin mirar orina ni nada, daba unas píldoras o una bebida tal cual, y en sangrar era muy cobarde, por lo cual entre ciento y treinta enfermos que estábamos, cada día había una docena o media al menos de muertos que entresacar.

JUAN.—Allí, pues estábais en tierra, razonables camas tuviérais.

PEDRO.—Peores que en galera y menos lugar mill veces; estábamos como sardinas en cesto pe-

gados unos con otros. No puedo decir sin lágrimas que una noche, estando muy malo, estaba en medio de otros dos peores que yo, y en menos espacio de tres pies todos tres y ensartado con ellos; y quiso Dios que entrambos se murieron en anocheciendo, y yo estuve con todo mi mal toda la noche con cuan larga era, que el mes era de noviembre, entre dos muertos; y de tal manera, que no me podía revolver sino caía sobre uno dellos. Cuando a la mañana vinieron los guardianes a entresacar para llevar a enterrar, yo no hacía sino alzar de poco a poco la pierna y sonar con la cadena para que viesen que no era muerto y me llevasen entrellos a enterrar. Y los bellacos de los barberos, con el mayoral, llamábanme el “mato”, que quiere decir en italiano el loco, porque les hacía que me sangrasen muchas veces, y era como dije tan avarientos, que aun mi propia sangre les dolía. Al fin me hubieron de sangrar cuatro veces, y quiso Dios que mejorase, lo cual ellos no debían de querer mucho porque no hubiese quien entendiese sus errores.

JUAN.—Y los muertos, ¿dónde los entierran? ¿Hay iglesias?

PEDRO.—Si hay; pero en la caba de la cerca, y no muy hondo, los echan.

JUAN.—Esa es grandísima lástima.

PEDRO.—Antes me parece la mayor misericordia que ellos con nosotros usan. ¿Qué diablos se me da a mí, después de muerto, que me en-

tierrén en la caba o en la horca, muriendo buen cristiano? Cuando la calentura me dejó al seteno, quedé muy flaco y debilitado, y no tenía la menor cosa del mundo que comer, y no podía dormir, no por falta de gana sino porque no me ayude Dios si no me podían barrer los piojos de acuestas, porque ya había cerca de cuatro meses que no me había desnudado la camisa.

JUAN.—No se le es dagradecer que se haya trocado y nó se acuerde del mundo hombre que semejantes mercedes ha rescibido de Dios.

PEDRO.—De veras lo diréis cuando acabare.

MATA.—¿Y qué os daban allí de comer en tan buena enfermería?

PEDRO.—Una caldera grande como de tinte hacían cada día de acelgas sin sal ni aceite, y de aquéllas aún no daban todas las que pudieran comer, y un poquito de pan. Un hidalgo de Arbealo, hombre de bien, me fué a visitar un día, que había quince años que era cautivo; al cual le dije que bien sabía yo que era imposible y pedir gullurias en golfo, como dicen los marineros, pero que comiera una sopa en vino; el cual luego fué y me trajo un buen pedazo de una torta y media copa de vino, y comílo; y como ocho días había que no comía bocado, quedé tan consolado y contento, y credlo sin jurarlo, como si me dieran libertad, y otro día siguiente me tornó a decir si comería dos manos de carnero con vinagre. Respondí que de buena voluntad, aunque pensé que burlaba; él me las trajo. Y

como estuviese razonable, luego me metieron en la torre con los demás, y el sobre barbero me mandó que bajase cada día a servir a los enfermos, de darles de comer; y siempre, como dicen arrímate a los buenos, procuré tomar buena compañía y procuré destar con la camarada de los caballeros, que eran, entre comendadores y no, quince; y como me conocían algunos, cayó un ginovés allí junto a mí que tenía dineros, y rogóme que le curase; y quiso Dios que sanó, y dióme tres reales, con los cuales fuí más rico que el rey; porque la bolsa de Dios es tan cumplida, que desde aquel día hasta el que esto hablamos nunca me faltó blanca. El sobre barbero, como iba por la cibdad y ganaba algunos escudos, y entre esclavos nonada, probó a ver si se podría eximir del trabajo sin provecho, y mandóme que delante dél otro día hiciese una visita general, para probarme, y no le descontenté; descuidóse por seis días, en los cuales yo no sabía qué medicina hacer; sino como conocí que aquél sabía poco o nada y morían tantos, hice al revés todo lo que él hacía, y comienzo a sangrar liberalmente y purgar poco, y quiere Dios que no murió nadie en toda una semana, por lo cual yo vi ciertamente al ojo que no hay en el mundo mejor medicina que lo contrario del ruin médico, y lo he probado muchas veces, y cualquiera que lo probare lo hallará por verdad. Fueron las nuevas a mi amo desto, de lo cual se holgó, y envió su mayordomo mayor a que yo

de allí adelante curase a todos, y que no me llevasen al campo a trabajar con los otros. Yo pidí de merced que los barberos me fuesen sujetos, lo cual no querían, antes se me alzaban a mayores. Fuéme otorgado, y más hice un razonamiento diciendo que cada cristiano valía sesenta escudos, y que si muchos se morían perderían muchos escudos, y uno que se moría, si se pudiera librar, pagaba las medicinas de todos; por tanto, me hiciesen merced de comprarme algunas cosas por junto. Parecióles tan bien, que me dieron comisión que fuese a una botica y allí tomase hasta cuarenta escudos de lo que yo quisiese, y cumpliólo muy bien.

JUAN.—¿Pues hay allá boticas como acá?

PEDRO.—Más y mayores, y aun mejores. En Galata hay tres muy buenas de cristianos venecianos; en Constantinopla bien deben de pasar de mill, que tienen judíos.

MATA.—¡Qué buen clavó debistes de echar en la compra!

PEDRO.—Y aun dos, porque el boticario me dió dos escudos porque lo llevase de su botica; y yo me concerté con él que llevase cuarenta escudos por aquello a mi amo, y no montaba sino treinta y seis, y me diese los otros cuatro.

MATA.—No era mala entrada de sisa esa; mejor era que la del otro pobre barbero que contactes; buen discípulo sacó en vos.

JUAN.—Harta miseria había pasado el mal aventurado antes de coger eso.

PEDRO.—Pocas noches antes lo vierais; que estábamos quince caballeros y yo una noche entre muchas sin tener que cenar otra cosa sino media escudilla de vino que un cautivo nos había dado por amor de Dios, y diónos otro un çabo razonable de candela, como tres dedos de largo, que fué la primera que en tres meses habíamos tenido. Tuvimosla en tanto que no sabíamos qué hacer della. Fué menester votar entre todos de qué serviría. Yo decía que cenásemos con él; otro dijo que se guardase para si alguno de nosotros estuviese “in artículo mortis”; otro, que hiciésemos para otro día con él y con bizcocho migas en sebo; dijo el que más autoridad tenía y a quien todos obedecíamos, porque era razón que lo merecía, que mejor sería que le gastásemos en espulgarnos, pues de día en la prisión no había suficiente luz para hacerlo. Yo repliqué que, pues la cena era tan liviana, que bien se podría todo junto hacer, y así se puso la mesa acostumbrada, y puesta nuestra cena en medio, que ya, gracias a Dios, teníamos pan fresco, aunque negro, pero ciertamente bueno, y destajamos que ninguno metiese dos veces su sopa en la escudilla de vino, sino que, metidas dentro tantas cuantos éramos, cada uno sacase la suya por orden; y luego echábamos un poco de agua para que no se acabase tan presto; y esto duró hasta que ya el vino era hecho agua clara; y con esto hubo fin la cena, que no fué de las peores de aquellos días. Tras esto, cada uno se desnudó, y comen-

zamos de matar gente, de cada golpe, no uno, sino cuantos cabían en la prensa.

JUAN.—¿Qué prensa?

MATA.—¿No eres más bobo que eso? Las uñas de los pulgares. ¿Y bastó la candela mucho?

PEDRO.—Más de quince horas en tres noches.

MATA.—Esa, hablando con reverencia, de las de Juan de Voto a Dios es; ¿tres dedos de candela quince horas? Venga el cómo, sino no lo creeré. ¿Son las horas tan grandes allá como acá?

PEDRO.—Por tanto como eso soy enemigo de contar nada; mas, pues lo he comenzado, a todo daré razón. Hubo un acuerdo de consentimiento de todos, que cada uno el piojo grueso le pusiese en aquel poco sebo derretido que está junto a la llama para que se quemase. Comenzó cada uno de poner tantos, que tuvo la llama para gastar todo este tiempo que dije.

MATA.—Desde aquí hago voto y prometo de creer cuanto dijéredes, pues tan satisfecho quedo de mi dubda.

JUAN.—Ya cuando bullía el dinero de la sisa debíais de comer bien.

PEDRO.—Razonablemente; hicimos un caballero cocinero que lo hacía lindamente.

MATA.—¿Dónde lo había deprendido siendo caballero?

PEDRO.—Había sido paje, y, como son golosos, nunca salen de la cocina. Eramos ya señores de sendas cucharas y una calabaza y olla. Comíamos

muchas veces a las noches; entre día no quedaba nadie en casa.

JUAN.—¿Qué se hacían?

PEDRO.—En amanesciendo, los guardianes, que son en aquella torre treinta, dan voces diciendo: “Bajá bajo tuti”, y abren la puerta de la torre, y todo el mundo baja por contadero al corral, y en el paso está uno con un costal de pan, dando a cada uno un pan que le basta aquel día; cada oficio tiene su guardián, que tiene cargo de llevar y traer aquéllos; luego dicen: “Fuera carpenteros; quien no saliere tan presto siéndolo, llevará veinte palos bien dados”; luego, “afuera herreros”, lo mismo; y serradores, lo mismo; y ansí de todos los oficios; estos que se llaman la maestranza van al tarazanal a trabajar en las obras del Gran Turco, y gana cada uno diez ásperos al día, que es dos reales y medio, una muy grande ganancia para quien tiene esclavos. Tenía mi amo cada día de renta desto más de treinta escudos, y con uno hacía la costa a seiscientos esclavos. Los demás que no saben oficio llaman “ergates”, los cuales van a trabajar en las huertas y jardines, y a cabar y cortar leña y traerla acuestas, y traer cada día agua a la torre, que no es poco traer la que han menester tanta gente; y con los muradores o tapiadores y canteros que van a hacer casas, para abrir cimientos y servir, y por ser en Constantinopla las casas de tanta ganancia, no hay quien tenga esclavos que no emprenda hacer todas las que pue-



de; y con cuanta prisa se hagan yo lo contaré cuando viniere a propósito de unos palacios que hizo Zinan Bajá, mi amo. Suélese al salir a trabajar muchos esconder debajo de las tablas y mantas; algunos les aprovecha, a otros no, porque cada mañana con candelas andan a buscarlos como conejos. Un esclavo de los más antiguos es escribano, y es obligado a dar cuenta cada día de todos; y ansí entrega a cada guardián tantos, y pone por memoria: Fulano llevó tantos a tal obra; y al venir los rescibe por la misma cuenta.

JUAN.—¿Tanto se fían del esclavo que le hacen escribano?

PEDRO.—Más que del turco en caso de guardar cristianos; antes son de mayor caridad en eso que nuestros generales cristianos para con ellos. Ordinariamente hacía Zinan Bajá y cada general, cada pascua suya, siete u ocho los más antiguos, o, por mejor decir, los mayores bellacos de dos caras, parleros, que entre todos había, guardianes de los mismos cristianos, a los cuales dan libertad. Desta manera permítenles andar solos adonde fueren, y danles una carta de libertad con condición que sirvan lealmente sin traición tres años, y al cabo dellos hagan de sí lo que quisieren; y en estos tres años guardan a los otros, y son bastantes ocho para guardar cuatrocientos, lo cual turcos no bastan cincuenta.

JUAN.—¿Cómo puede eso ser?

PEDRO.—Como ellos han primero sido esclavos,

saben todas las mañas y tratos que para huir se buscan, y por allí los guardan, de lo cual el turco está inocente. También, como están escarmenados de la prisión pasada, desvélanse en servir por no volver a ella.

JUAN.—¿Cómo lo hacen esos con los cristianos?

PEDRO.—Peor mill veces que los turcos, y más crueles son para ellos; tráenlos cuando trabajan ni más ni menos que los aguadores los asnos; vanles dando cuando van cargados palos detrás sino caminan más de lo que pueden, y al tiempo de cargar les hacen tomar mayor carga acuestas de la que sus costillas sufren, y cuando pasan cargados por delante el amo, por parecer que sirve bien, allí comienza a dar voces arreándolos y dando palos a diestro y a siniestro; y como son ladrón de casa ya saben, de cuando estaban a la cadena, cuál esclavo alcanza algunos dineros, y aquel dan mejores palos y no le dejan hasta que se los hacen gastar en tabernas todos, y después también los maltratan porque no tienen más que dar; si algún pobre entre mercaderes tiene algún crédito para que le provean alguna miseria, éstos los llevan a sus casas para que negocien, pero no les sacarán de la torre si primero no les dan algunos reales, y después de lo que cobran la mitad o las dos partes; ni los dejan hablar con los mercaderes en secreto por saber lo que les dan y que no se les encubra nada; y si ven que tiene buen crédito de rescate, luego se hacen de los consejeros, diciendo que

digán que son pobres y que ellos serán buenos terceros con el señor, y que por tal y tal vía se ha de negociar, y vanse al señor y congraciándose con él le dicen que mire lo que hace, que aquel es hombre que tiene bien con qué se rescatar.

JUAN.—¿Esos guardianes no se podrían huir si quisiesen con los otros cautivos?

PEDRO.—Facilísimamente, si los bellacos quisiesen; pero no son desos, antes les pesa cuando se les acaba el tiempo de los tres años, por no tener ocasión de venirse en libertad.

MATA.—¿Pues quieren más aquella vida de guardar cristianos que estar acá?

PEDRO.—Sin comparación, porque acá han de vivir como quienes son, y allá, siendo como son ruines y de ruin suelo, son señores de mandar a muchos buenos que hay cautivos, y libres para emborracharse cada día en las tabernas y andarse de ramera en ramera acosta de los pobres súbditos.

MATA.—¿Hay putas en Constantinopla?

PEDRO.—Desas nunca hay falta donde quiera.

MATA.—¡Mira qué os dice, Juan de Voto a Dios!

JUAN.—Con vos habla y a vos responde.

PEDRO.—Y aun bujarrones son los más, que lo deprenden de los turcos. Finalmente, ¿queréis que os diga?, sin información ni más oír había el rey, en viniendo alguno que dijese que por su persona le habían dado los turcos libertad y había sido allá guardián de cristianos, de mandar-

le espetar en un palo y que le asasen vivo; porque aquel cargo no se le dieron sino por bellaco asesinador y malsín de los cristianos, que nunca hacen cuando están entrellos antes que les den libertad sino acusarlos que se quedan a las mañanas escondidos, que son de rescate, que tienen dineros, que tienen parientes ricos; y cuando están trabajando con ellos, que van a andar del cuerpo muchas veces por holgar, y otras cosas ansina semejantes, por donde se rescatan pocos; porque el pobre que tenía cient escudos ya le han levantado que tiene mill, y que si no los da que no saldrá, y como la pestilencia anda muy común allí, de un año a otro se mueren todos; no se entiende que a todos los que ellos dan libertad sin dineros les habían de hacer esta justicia, porque hay muchos que caen en manos de turcos honrados particulares, que no tienen sino dos o tres y los traen sin cadenas en la Notolia, que propiamente es la Asia, junto a Troya, y andan en la labranza, y como les han servido muchos años, danles libertad y dineros para el camino, sino a los que han sido guardianes, pues por parleros les dieron el cargo.

MATA.—A esa cuenta cada día habría acá tantas justicias desas si a los malsines y parleros hubiesen de asar; porque no hay señor ninguno que no se deleite de tener en cada pueblo personas tales cuales habéis pintado; veo guardianes que les van a decir qué dijo el otro paseándose en la plaza cuando vió el corregidor nuevo, y qué

trato trae, y cómo vive, y el trigo que compra para revender, sin mirar la costa que el otro tiene en su casa; y que le oyó decir que era tan buen hidalgo como su señoría, no mirando en todo la viga lagar de su ojo sino la mota del ajeno, de donde nascen todas las disensiones y pleitos entre señores y vasallos; porque como creen las parlerías, cuando van a aquellos pueblos luego mandan: a Fulano, echádmelo doblados huéspedes, y a Fulano, dalde a ejecutar por la resta de la alcabala que me debe, y al otro quitadle el salario que le doy, y comienza a no se querer quitar la gorra a nadie y mirarlos de mal rostro, y detenerse allí mucho tiempo para más molestar, y traer un juez de residencia que castigue las cosas pasadas y olvidadas, y los acusadores que acusaren lleven la mitad de la pena.

PEDRO.—Esa les daría yo muy bien; porque a los parleros, que fueron la causa, daría la pena que los guardianes merecen, y a estotros la mitad de ella, y aun los señores que se pagan de parleros no se me irían en salvo.

MATA.—No hayáis miedo que se le vayan a Dios tarde o temprano.

JUAN.—Harto los pico yo sobreso en las confesiones, aunque no aprovecha mucho.

PEDRO.—También los confesores servís algunas veces de pelillo y andáis a sabor de paladar con ellos, por no los desabrir; para mí santiguada que si yo los confesara que les hiciera temblar cuando llegaran a mis pies; y que si en dos o

tres confesiones me confesasen un mismo pecado, sin emienda, yo los enviase a buscar el Papa que los absolviese, y a los parleros absolvería con condición que fuesen aquel que tienen robada la fama y le dijese: Señor, pidos perdón que he dicho esto y esto de vos, en lo cual he mentido mal y falsamente; y por no lo ir a hacer otra vez, procurara de enmendar la vida, ya que no mire la ofensa que a Dios hace.

MATA.—¡Por Dios, gentil consejo era ese para tener nosotros de comer!; bien podríamos desde luego tomar nuestro hato y caminar al hospital, porque podría bien tocarse la vigüela sin segunda, que nadie volvería.

PEDRO.—Querría más un cuarto; mayor es la bolsa de Dios que me los pagará mejor, y si todos los confesores hiciesen así, ellos volverían aunque no quisiesen.

MATA.—¿Quién pensáis que volvería segunda vez?; que andan pretendiendo y echando mill rogadores una infinidad de confesores por quitarle los perrochanos de lustre a Juan de Voto a Dios. ¡Más sobornos trajo el otro día uno para que le diesen un domingo el púlpito de la reina, por procurar alguna entrada como contentar, para si pudiese alcanzar a confesarla! Revolvió toda la corte hasta que lo alcanzó, y si fuera con buen celo no era malo: mas creo que lo hacen por estas mitras, que son muy sabroso manjar, y para favorecer a quien quisieren.

PEDRO.—De creer es; porque si por otra vía

lo hiciesen no ternían que rogar más a los ricos que a los pobres, y ellos harían que los fuesen a rogar y huirían dello; pero con su pan se lo coman, que este otro día vi en un lienzo de Flandes el infierno bien pintado, y había allí hartas mitras puestas sobre unas muertes y algunas coronas y bastones de reyes sobre otras. Plega Dios que no parezca lo vivo a lo pintado. ¡Más que pensado debía de ir aquel sermón, y qué de extremos ternía buscados por no parecer que decía lo que los otros!

MATA.—En esto lo viérais, que no predicó del Evangelio de aquel día, sino tomó el tema de una lección que decía que había rezado a la mañana en las laudes, y entró declarando el Evangelio, y al cabo que le dijo todo en romance mandó le prestasen atención, porque aquello que había dicho era la corteza del sermón, y entró por unas figuras del Testamento viejo, sin más acordársele de tema ni Evangelio, con ciertas comparaciones, y dió consigo en la Pasión de Cristo, y acabó con unas terribles voces diciendo que se acercaba el día del juicio.

PEDRO.—Buena estaba la ensalada, por mi vida. En Italia, donde son gente de grande entendimiento, en viendo el predicador que se mete en cualquiera desas cosas, luego ven que es idiota y trae cosas de cartapacio, si no es día que la Iglesia hace mención dellas. ¡Y supo acabar?; porque la mayor dificultad que semejantes predicadores tienen es esa.

MATA.—Allá predicó sus dos horas o cerca, por si otra vez no le dieran el púlpito.

PEDRO.—Una cosa veo, hablando con reverencia de la teología de Juan de Voto a Dios, la más recia del mundo, en los predicadores d'España, y es que tienen menester ser los púlpitos de acero, que de otra manera todos los hacen pedazos a voces; paréscelos que a porrazos han de persuadir la fe de Cristo.

JUAN.—¿Qué es la causa deso?

PEDRO.—La retórica que no les debe de sobrar; en tiempo de los romanos, los retóricos como Cicerón y de los griegos Demóstenes y Esquines eran procuradores de causas que iban a decir en los senados, lo que agora los juristas dan por escritos, y procuraban con su rectórica persuadir, y esta es la cosa que más habían de saber los letrados; de la cual no se hable, porque están llenos como colmenas de letras bárbaras, y no saben latín ni romance, cuanto más rectórica; los médicos algunos hay que la saben, pero no la tienen menester; de manera que toda la necesidad della ha quedado en los teólogos, de suerte que no valen nada sin ella, porque su intento es persuadirme que yo sea buen cristiano, y para hacer bien esto han de hacer una oración como quien ora en un teatro, airándose a tiempos, amansándose a tiempos, llevando siempre su tono concertado y muy igual, así como lo guardan muy gentilmente en Italia y Francia, y desta manera no se cansarían tanto los predicadores.



JUAN.—Algunos de los que han pasado allá han traído esa costumbre y de decir la misa rezada a voces, y todo se lo reprehenden porque dicen que no se usa.

PEDRO.—¿Qué se me da a mí de los usos, si lo que hago es bien hecho? En verdad que lo de decir alto la misa que es una muy buena cosa, porque el precepto no manda ver misa, sino oírla, y es muy bien que aunque haya mucha gente todos participen igualmente.

MATA.—Allá se avengan; determínenselo ellos; ¿cómo fué después con vuestros enfermos y las medicinas que tomastes?

#### PEDRO CURA A SU AMO ZINAN BAJA

PEDRO.—Bien, por cierto; que luego dí a un barbero la llave de la caja donde estaban y que él fuese el boticario, y sabía hacer unguentos, que era grande alivio; en fin, todos sanaron, y de allí en adelante no caían tantos. Esto duró seis meses, que yo tenía toda la carga, y el cirujano viejo curaba los turcos que en casa de Zinan Bajá había, con alguna ganancia y no tanto trabajo como yo tenía. Al cabo destes seis tenía yo ya algunas letras y experiencia, que podía hablar con quien quiera, y fama que no faltaba, y veníanme a buscar algunos turcos allí, y yo pedía licencia para salir de la torre al guardián mayor, y éste me la daba con condición que le diese parte

de la ganancia, y dábame otro hombre de guardia, que iba conmigo, el cual también quería la suya; y entre muchos curé a un privado de Dargute, el cual me dió un escudo, que vino a buen tiempo porque no había tras qué parar; y los turcos que curaba, como me había dicho el barbero al principio, prometían mucho y después no cumplían nada cuando estaban buenos. Zinan Bajá, mi patrón, tenía una enfermedad que se llama asma, doce años había, el cual no había dejado médico que no probase, y a la sazón estaba puesto en manos de aquel cirujano viejo, que le daba muy poco remedio, y los accidentes crecían. Dijéronle que tenía un cristiano español médico, que por qué no le probaba; luego me invitó a llamar, y andaba siempre con mi cadena al pie, de seis eslabones, rodeada a la pierna, como traen también en tierra todos los cautivos, y cuando llegué adonde él estaba hice aquel acatamiento que acá hiciera a un príncipe, llamándole siempre de excelencia, y cuando le llegué a tomar el pulso hinguéme de rodillas y beséle el pie y tras él la mano; y mirando el pulso, torné a besarle la mano y retiréme atrás. Los renegados que estaban presentes refirieronle todo lo pasado, como entendían la una y la otra lengua y lo que acá y allá se usa; y muy contentos de lo que había hecho tuvieron en mucho la buena crianza, la cual los otros cristianos que hasta allí habían hablado con él no habían usado, pensando que por ser turco no lo entendiera, y no

había necesidad dello, o por no lo saber hacer, antes le trataban de tú, y si le daban alguna medicina llevábanla sin ninguna reverencia en unas vasijas de a blanca sin hacer más caso. El dijo a los gentiles hombres que estaban con él: Bien parece éste haberse criado entre gente noble; y a mí me comenzó a contar su enfermedad por uno de los intérpretes; y díjome si me bastaba el ánimo a sanarle. Yo le respondí que no, porque Dios era el que le había de sanar y otro no; pero que lo que en mí fuese estuviese cierto que no faltaría. Ellos son amigos que luego el médico diga que le dará sanidad, y tornóme a replicar que en cuantos días le daría sano. Yo dije que no sabía, y que aplicaría todos los remedios posibles, de tal manera que lo que yo no hiciese no lo haría otro médico, y en lo demás dejase hacer a Dios y él se dispusiese a hacer cuanto yo mandase, porque de otra manera no se podía hacer nada. A esto respondió que a él le parecía haber hallado hombre a su propósito, y desde luego comenzase. Yo fuí presto a la botica y tomé unos jarabes apropiados en un muy galán vidro veneciano, y llevéelos con aquella solenidad que a tal príncipe se debía, y holgóse en verlos tan bien puestos y preguntóme cómo los había de tomar. Mandé que me trajesen una cuchar y tomé tres cucharadas grandes y comímelas delante dél, y dije: "Señor, ansina." Luego el tomó su cuchar y comenzó a comer, dando gracias a Dios de que le hubiese dado un hombre a su propósito,

no estimando en menos la salva que la crianza pasada; y echó mano a la faldriquera y sacó un gran puñado de ásperos, que serían tres escudos, y diómelos, mandando que prestamente me quitasen los vestidos de sayal y me diesen otros de paño. Diéronme una sotana que ellos usan, que llaman "dolaman", y una ropa encima hasta en pies; la sotana, de paño morado, aforrada en vocací; la otra, de paño azul, aforrada en paño colorado; mas no me quitaron la cadena ni la guarda, antes me la dieron doblada de allí adelante. Acabados sus jarabes, dile unas tabletas para la tos, y habiéndole de dar una tarde cinco píldoras no supe cómo hacer dellas la salva, porque siempre iba con cautela como quien estaba entre enemigos. Hize seis, y cuando se las dí le dije que había de tomar aquella noche cinco. Preguntado cómo, porque no pensase que la que yo había de tomar llevaba señalada y le daba a él algún veneno, díselas todas seis en la mano y pídele una. Diómela, y traguémela delante dél. Tomolas y obró bien con ellas, y hubo mejoría.

MATA.—El ardid fué por cierto como de Pedro de Urdimalas. ¿Y él usaba antes curarse a fuer de acá, o hay médicos como acá?

PEDRO.—Médicos y boticarios no faltan, principalmente judíos; hay médicos muchos, los cuales, para ser conocidos, traen por divisa una barreta colorada, alta, como un pan de azúcar.

JUAN.—¿Son letrados?

PEDRO.—Muy pocos hay que lo sean, y esos han ido de acá; pero allá no hay estudios, sino unos con otros se andan enseñando, y cuasi va por herencia, que el padre deja la barreta y un libro que dice en romance: “para curar tal enfermedad, tal y tal remedio”, sin poner la causa de donde puede venir; algunos hay que saben arábigo y leen Abizena, pero tampoco entienden mucho. Turcos y griegos no saben letras, sino los médicos que hay todos son hechiceros y supersticiosos. Era tan bueno mi amo, que porque los otros que le habían curado no se desabriesen, me decía: “Si te preguntaren a quién curas, di que a un camarero mío.” Era valientísimo hombre, de cuerpo como un gigante, colorado y cierto lindo hombre. Yo determiné de sangrarle si él se dispusiese a ello, y fué tan contento, que se dejó sacar de los brazos dos libras de sangre en dos veces, y aquel día, como lo supo un judío médico que antes llevaba su salario, quedó atónito, porque son cobardes en el sangrar, y vino a la cámara del Bajá, que se holgaba siempre con él, y venía cargado con una alforja, dentro de la cual traía un libro grande, como de iglesia, escrito en hebraico, y dijo a mi amo que me quería probar que las sangrías habían sido mal hechas. Yo fuí llamado, y sentámonos en el suelo sobre una alombra, que así se usa, y trajeron un escañico sobre que poner el libro, y díjome a lo que venía. Yo no dejé de temer un poco, pensando que sabía algo, y preguntéle que en qué lengua. Díjome que en fina castellana,

pues era común a entrambos. Yo dije que no, sino latina o griega. Respondió que no sabía ninguna de aquéllas, de lo cual me holgué mucho, y comenzó de abrir el libro y preguntarme que qué enfermedad era aquélla. Yo díjele que me lo dijese él a mí, que había tantos años que la curaba. Dijo que le placía, que él me la mostraría allí en el libro. Quiso Dios que yo tenía un librico dorado como unas Horas, que había habido de medicina, y traíale siempre en la fratiguera, y díjele: “Si vos sois médico, este libro habéis de leer, que en hebraico ningún autor hay que valga un cuarto; mas yo reniego del médico que ha destudiar cada cosa cuando es menester, que mucho mejor sería tomarlo en la cabeza y traerlo dentro”; que ya yo tenía entendido que él no lo sabía, pues nunca le había dado remedio, y porque no se cansase supiese que era asma y la definición era aquélla y se había de curar de tal y tal manera; y comencé de decirlo en latín y declarárselo en romance. El Bajá se hacía decir todo lo que pasaba de los intérpretes, y estaba tan regocijado cuanto el judío de confuso. Dijo: “No busco en este libro sino que le habéis sacado mucha sangre, porque el cuerpo del hombre no tiene sino diez y ocho libras”, y comenzó de leer hebraico. Yo, cuando esto vi, dije ciertos versos griegos que en Alcalá había deprendido de Homero, y declaróselos en castellano al propósito contrario de lo que él decía; y cuanto a lo de las sangrías, que ellas estaban muy a propósito y bien; y que lo de las diez y ocho li-

111  
BIBLIOTECA  
MAY Y LEON

bras de sangre era gran mentira, porque unos tenían poca y otros mucha, según eran gordos o flacos, y la grandeza del cuerpo, y dado que fuese verdad que todos los hombres tenían a diez y ocho libras, que el Bajá tenía cincuenta, porque no era hombre, sino gigante. Moviése gran risa en la sala, y sabido el Bajá de qué se reían, les ayudó. El judío acabó los argumentos diciendo que lo que había hecho era para tentarme si daría razón de mí, y que él hallaba que mi amo tenía buen médico, y encargóle al Bajá que no excediese en nada de lo que yo mandase, y despartióse el torneo. Con las sangrías y beber cada día agua miel, quedó tan sano, que no tosió más por aquellos dos años.

JUAN.—¿Nunca os quitó la cadena en sanando?

PEDRO.—Luego, estando un día con sus renegados, les mandó que me tomasen juramento solemne, como nosotros usamos, de no me huir ni hacerle traición, y me quitaría la cadena. Hízolo así uno que se llamaba Amuzabai, valenciano y aun de buena parte, y tomóme sobre una cruz mi juramento bien en forma, a lo cual dijo el Bajá que no estaba satisfecho, porque los cristianos tenían un Papa en Roma que luego los absolvía de cuantos pecados cometían en la ley de Cristo; mas que él lo estaría si, puesta la mano sobre el lado izquierdo, prometía en fe de buen español de no hacer traición. Yo lo hice como él lo mandó, y volvióse a sus gentiles hombres y díjoles: “Sabed que agora éste está bien ligado, porque el rei d’Es-

paña todas sus fortalezas fía destos y de ninguna otra nación, y antes se dejarán hacer piezas que hacer cosa contra esta jura"; y digo mi pecado, que por aquel buen concepto que de nosotros tenía, yo quedé tan atado, que primero me atreviera a quebrar tres juramentos como el primero, que aquél, aunque fuera más pecado. Llegó de presto el herrero con su martillo y quebrantóme la cadena y dejáronme andar sin ella.

MATA.—¿Sólo y a do quisieseis?

PEDRO.—Solo no; antes traía doblada guarda; pero adonde quisiese, sí, con condición que a la noche fuese a dormir a la torre con los otros esclavos y a curarlos; mas del tiempo que me sobraba buscaba de comer para mí y para mis compañeros.

JUAN.—Mucho os debía de querer después que sanó ese Bajá.

PEDRO.—Tanto, que me andaba él mesmo acreditando y buscando regocios y aun forzando algunos, por poco mal que tuviesen, porque yo ganase algo, que se curasen conmigo; y muchas veces me llamaba aparte y me decía: "Mira, cristiano, yo de ti estoy muy satisfecho, y no quiero que pierdas honra; hágote saber que estos turcos son una gente algo de baja suerte, que unos creen y otros no; cuando vieres que la enfermedad es tal que no puedes salir con ella, déjala y no vuelvas más allá aunque yo te lo mande, porque soy muchas veces molestado."

JUAN.—¡Palabras, por cierto, de grande amor y



dignas de tan gran príncipe! Y ese tiempo, ¿qué os daban de comer?

PEDRO.—Ninguna cosa más que antes, sino dos panecillos al día, porque sabían que yo me ganaba qué gastar, y él también me daba de cuando en cuando algunos dineros para vino.

MATA.—¿Y no os pagaban mejor los que curabais después de haber echado fuera los caxcables y el pelo malo?

PEDRO.—Todos me tenían ya harto de prometerme libertad si los sanaba, y montes de oro; después no hacían más caso que si nunca me hubieran visto; cuando mucho, el cocinero mayor del Gran Turco me dió, teniéndome prometida libertad y dos ropas de brocado, cuatro reales, de lo cual yo quedé tan corrido y escarmentado, que de allí adelante me valió harto, porque comencé, acordándoseme del consejo del barbero portugués, a hurdir algunas, y vínome a la mano un caballero que tenía un gran cargo, que se llamaba el "Amin", y es como proveedor de las armadas, y hizo a mi intérprete que yo me traía, que me dijese que le sanase y me daría libertad y montes de oro como los pasados. Yo le dije: "Dile que no soy esclavo suyo, sino de Zinan Bajá; que me pague y yo le daré sano si Dios quisiere." Preguntáronme cuánto quería. Respondí que un escudo al día, y que yo me pornía las medicinas. El dolor que le acusaba me fué favorable a que se le hiciese poco, y así duró una o dos semanas, lo que había que gastar con los compañeros.

JUAN.—¿Vuestro patrón os dió intérprete o era menester buscarle cada vez?

PEDRO.—Uno de los que me guardaban servía deso y desotro, que, por la gracia de Dios y nuestros pecados, hartos hay allá que sepan las dos lenguas. No duró muchos días que no entrase Satanás en el corazón del Bajá, con el grande amor que me tenía, para persuadirme que fuese turco, y comenzó de tentarme con el “hec omnia tibi dabo”, mostrándome una multitud de dineros y de ropas de brocados y sedas, y diciendo que me haría uno de los mayores de su casa y protomédico del Gran Señor, y otras cosas al tono, con las cuales a otros vencen; a todo lo cual, y a otros que me echaba que me lo rogasen, Dios, que jamás faltó en tales tiempos si por nosotros no quiebra, particularmente proveyó todo lo que había de responder, fortificándome para que no me derribasen, y díjele que suplicaba a su excelencia no me mandase tal cosa ni me hablase sobrello, porque yo era cristiano y mi linaje lo había sido y tal había de morir, y que si me quería para médico, que yo le serviría estando cristiano con más fidelidad y amor que de otra manera, como lo había visto por la obra y lo vería de allí adelante, y si fuese turco luego me había de procurar huir; ansí por estonces, vista la osadía, se resfrió por quince días que más no se habló sobrello.

MATA.—Gran deseo tenía de preguntar sobreso; porque han venido por acá algunos renegados diciendo que por fuerza los han hecho ser moros o

turcos; otros que han estado cautivos cuentan milagros de los grandes martirios que les daban porque renegasen; también se dejan decir otros que al que reniega luego le hacen uno de los principales señores. A todo esto deseo ser satisfecho.

PEDRO.—No hay más satisfacción de que todos mienten como Judas mintió; porque cuanto a lo primero, mi voluntad, con todo su poderío ni todos los tormentos del infierno, no me la pueden forzar a que diga de sí donde no quiere; y los que dicen que por fuerza se lo hicieron hacer, son unos bellacos, que porque les dijeron que los matarían o les dieron cien palos, luego dan su sí.

JUAN.—Eso es gran maldad, porque obligados son a morir mill muertes por Cristo y rescibir martirio, como hicieron tantos mártires como ha habido.

PEDRO.—Cuanto más, que no lo pueden hacer conforme a su ley; sino que todos esos, por miedo de los otros cristianos que están con él, no le corran, avisan a los turcos que le tomen y le aten y le circunciden.

MATA.—Como algunas damas que dan voces y dicen que las fuerzan y huelgan dello.

PEDRO.—Es verdad; yo vi por estos ojos dos casos desos mesmos a dos entalladores muy primos, y vinieron a tomar consejo conmigo; yo les dije que aunque los matasen tuviesen firme, que bien aventurados ellos si aquel día morían; y de allí a cuatro horas ya habían usado aquella maña de que por fuerza los habían cortado. La

segunda mentira es de los que se rescatan o se huyen, que dicen que rescibían allá porque renegasen muerte y pasión. No pueden, como dicho tengo, hacerles más de persuadírselo tres veces, y sino quisieren, dejarlos, sino es que algunos los amenazan; pero estos tales ya van contra su ley. Allende desto no se les da un cuarto que sean turcos; antes, porque los han menester dejar andar solas y que no remen más, les pesa que nadie diga que quiere ser turco, y muy muchos vi yo que andaban a rogar que los hiciesen turcos, y no querían, sino echábanlos con el diablo, diciendo que lo hacían porque, quitándoles la cadena y prisión, ternían mejor aparejo para huír, y el Bajá me dijo un día hablando en eso conmigo, que si quisiese abrir tienda a circuncidar todos los que quisiesen, que muy pocos quedarían en las torres que no lo hiciesen por salir dellas, lo cual andando más el tiempo vi claramente ser así.

JUAN.—Cuando esos tales reniegan, ¿quedan libres?

PEDRO.—No, sino más esclavos; porque primero tenían solamente el cuerpo, y después, ánima y todo; acontesce como acá: si uno tiene un moro que ha comprado y se bautiza en su poder, ¿no se queda como de primero por su amo?

MATA.—Ansí se me entiende.

PEDRO.—¿Y hácenle acá cuando se cristiana grande señor?

MATA.—Cuanto a Dios, sí, si sabe perseverar;

mas cuanto al mundo, con su mesmo sayo y capa se queda.

PEDRO.—Pues no le falta punto a lo de allá: solamente a los que son buenos artesanos, digo que saben algunos buenos oficios y pulidos, como son aquellos dos que arriba dije y algún eminente artillero, o cerrajero, o armero, o médico, o cirujano, o ingeniero. Estos tales son rogados y casanlos, y danles alguna miseria de paga con que pasen entre tanto que hacen hijos y se van al infierno. Después que se han hecho turcos ninguna palabra oyen de los superiores buena, sino a dos por tres le llaman hombres sin fe, bella-co, que si tú fueras hombre de bien, no dejaras tu fe, aunque fuera peor, y otras palabras que los lastiman; mas el diablo, con el almagre que los tiene ya señalados por suyos, les tiene amortecidos los sentidos a que no sientan el aguijón. De los muchachos, ninguno s'escapa que no circunciden sin mirar su sí ni su no. De las mujeres, las viejas, porque no se lo ruegan, no suelen ser turcas; pero las mozas, como hay entrellos hombres como acá, presto las engaña el diablo, como ya son amigos de tiempo inmemorial acá.

MATA.—¿Tornó a se calentarse el rogaros que fuéseis turco?

PEDRO.—Pasados aquellos quince días que se calló, tuvo el Bajá necesidad de ir con diez galeras a Nicomidia, que agora se llama Ezmite, para hacer traer por mar ciertos mármoles que

aquella provincia da de edificios antiguos que allí había, para una grande mezquita que el Gran Señor hace, lo cual incumbe traer al general de la mar, que es de Constantinopla distancia de treinta leguas. Llevóme consigo, y armamos sesenta tiendas en aquel campo, que era por mayo, adonde estuvimos un mes, y en este tiempo yo conocía algunas yerbas y tenía un libro donde están dibujadas, de medicina, que se llama "Herbario", y tomaba algunas dellas y íbame al pabellón del Bajá y mostrábaselas vivas y pintadas juntas, de lo cual estaba el más contento hombre del mundo, por ser cosa que nunca había visto, ni allí se usa, y muchas veces, saliendo por aquellas huertas, cogía cuantas no conocía, y venido a la tienda luego mandaba llamar al cristiano y preguntaba de cada una qué cosa fuese, y decíaselo mostrándosela siempre pintada, el cual se tenía el libro allá para mirar entre sí.

JUAN.—¿Pues qué, tanto sabíais vos de conocer yerbas?

MATA.—Todo aquello que no podía dejar de saber siendo hijo de partera, primo de barbero y sobrino de boticario.

PEDRO.—Mátalas Callando dice bien todo lo que hay.

MATA.—Cuanto más que él haría como los herbolarios de por acá, que en no conociendo la yerba, luego le dan para quien no los entiende un nombre francés: la "gerba de Notre Señora" y la

“gerba de Sant Juan” y de “Santhaque”, y si entiende francés, dice que el griego la llama “alchorchis”, y el vocablo latino no se le acuerda.

ZINAN BAJA QUIERE QUE  
PEDRO SE HAGA TURCO

PEDRO.—Acabaré mi cuento. Ya que estaba contentísimo de mí, dióle alarma Satanás otra vez, y en achaque de que fuésemos a buscar yerbas, tomóme por la mano sólo con un intérprete, y llevóme un bosque adelante, rogando, como solía, que fuese turco. Respondí que no quería. Llegamos a unas matas, donde estaban dos renegados amigos suyos. El uno era Amuzabai, aquel valenciano que arriba dije. El otro, el cómite real Darmuz Arraez, con un verdugo. Díjome que aquella era mi hora si no lo quería hacer, porque me haría cortar la cabeza; a lo cual yo respondí que era su esclavo y podía hacer de mí lo que quisiese; mas yo no había de hacer lo que él quería en aquel caso; dijo al verdugo: “Baxi chiez”, que quiere decir: córtale la cabeza. El otro desenvainó una cimitarra, que es alfanje turquesco, y fué para mí. Llegó uno de aquellos dos renegados, y túvole, mandándole esperar, y echáronse entrambos a los pies del Bajá, pidiéndole de merced que esperase a que ellos me hablasen. Otorgóselo, y comenzaron de predicarme, reprehendiéndome, diciendo que para qué quería perderme, un mancebo tan docto como yo, que

mirase qué amor tan grande me tenía mi amo y qué mercedes tan soberbias me haría; y el otro decía: "Dí de sí, aunque guardes en tu corazón lo que quisieres, que nosotros, aunque nos ves en este hábito, tan cristianos somos como tú." Díjeles: "¿No basta, señores, haber perdido vuestras ánimas, sino querer perder la mía también? ¿Cómo podéis vosotros servir dos señores? ¿Pensáis engañar a Dios? Sabed que dijo Cristo en el Evangelio: "Qui me negaverit coram hominibus, negabo illum coram patre meo, qui in celis est": "El que me negare delante los hombres, negarle he yo delante de mi padre, que está en el cielo." Así, que vana es vuestra cristiandad, y no me habléis más sobrello." El Bajá preguntó qué decía, y, referido, con ira dijo otra vez que cortase. Hicieron lo mesmo los renegados, y respondí lo mesmo segunda vez, y volvíme al verdugo, alumbrado del Espíritu Santo, que ya era la muerte tragada, y díjele: "Haz lo que te han mandado." Vino para mí el Bajá, atribuyéndolo a soberbia, y díjome: "Pues, perro traidor, ¿aun de la muerte no tienes miedo?" Respondí: "No tengo de qué, porque mi madre tiene otros cuatro hijos mejores que yo con que se consuele." Entonces escupió sobre mí, diciendo: "¡Oh, mal viaje hagas, perro enemigo de Mahoma! Espérame un poco, que yo te haré que me vengas a rogar, y no querré yo." Y fuése al bosque adelante, y el verdugo envainó su espada y lleváronme a la tienda.



MATA.—Con ningún cuento me habéis hecho saltar las lágrimas como con éste.

JUAN.—Grande merced os hiciera Dios en que os mataran entonces que la muerte no es más del trago que pasastes. ¿Y después en qué paró la amenaza?

### TRABAJOS A QUE ES CONDENADO PEDRO

PEDRO.—Había terminado de hacer unos palacios muy suntuosos en una plaza de Constantinopla, que se dice "Atmaitan", que quiere decir plaza de caballos, para lo cual compró trescientas casas pequeñas que allí había para sitio, y por el cuento desta obra entenderéis cómo son los cristianos tratados en tierra para refrigerio de la pena que en galera se pasa; y como desta diré entenderéis de todas las otras obras que los otros con el sudor de los pobres cautivos hacen. Todo el mundo pensó que para sólo derribar tantas casas y sacar la tierra y abrir cimientos serían menester siete u ocho meses, y por Dios os juro que dentro de seis estaban hechos los palacios y era pasado el Bajá a vivir a ellos, que tienen de cerca poco menos de media legua.

MATA.—Si os sabe mal el iros a la mano, dad el cómo, sin que os le pidan; porque "a prima facie" no se puede hacer sin negromancia.

PEDRO.—Andaban cada día mill y quinientos hombres entre maestros y quien los servía, los

cuales eran guardados de doscientos guardianes, que los guardaban y los arreaban dando toda la prisa y palos que podían; y porque puedo también hablar de experiencia, quiérome meter dentro y hablar como quien lo vió, y no de oídas. Aconsejaron al Bajá ciertos renegados que, pues yo no había querido ser turco, ninguna mejor venganza podía tomar de mí que mandarme echar dos cadenas, en cada pie la suya, y enviarme a trabajar con los otros; porque él sabía que los españoles éramos fantásticos, y como antes me había visto en honra sin cadena, y bien vestido, y como rey de los otros cautivos, sería tanta la afrenta que rescibiría en verme caído de aquello, que de pura vergüenza de los otros yo haría lo que él quisiese, y renegaría mill veces. Tomó el acuerdo de tal manera, que en llegando a Constantinopla mandó fuese todo esto ejecutado, y lleváronme con mis dos cadenas, estando él allí mirando en qué andaba la obra, y en entrando comenzaron aquellos turcos de darme prisa que tomase una "cofa" que dicen, como espuerta, y acarrese con los demás tierra. Yo lo obedescí, sin mostrar más flaqueza que antes, y para más me molestar tenía el Bajá dado aviso que todos los guardianes tuviesen cuenta conmigo, y hacíalos poner en una escalera por donde habíamos de subir tantos a una parte como a otra, y cuando yo pasase alzasen todos sendos bastones que tenían y cada uno me alcanzase poco o mucho, y más que para

que no descansase, entre tanto que se hinchian las espuestas, a mí se me tuviese una siempre aparejada llena, para trocar en llegando.

MATA.—¿Y mudastes el hábito como los otros cautivos, o andábais con vuestros fandularios doctorales?

PEDRO.—No quise dejar la sotana, sino arre-manguéla como fraire, y ansí andaba, y mi amo el Bajá estaba en unos corredores mirando y sonreyéndose en verme, y envióme un truhán que me dijese, como que salía dél, que me quitase aquel hábito y le guardase para cuando estuviese en gracia. Al cual yo respondí de manera que el Bajá lo oyese: “Guarde Dios la cabeza de mi amo, que cuando éste se rompiere me dará otro de brocado.” Sentí que respondió el de arriba: “Más sabe este perro de lo que yo le enseñé.” Mas, no obstante esto, como vió que los primeros días no se me hacía de mal, y cuán perdida tenía la vergüenza al trabajo dándoseme poco, caíle en desgracia por ver que no pudiese con todo su poder contra un su esclavo, y disimuló el hacerme trabajar, que yo pensaba que lo hacía para tentar, como el cortar de la cabeza; pero hasta el poner de las tejas y el barrer de la casa después de hecha no me dijo “¿qué haces ahí?”, sino siempre trabajaba como el que más.

JUAN.—Con tanta gente, ¿cómo se podían dar manos a la obra? ¿No se confundían unos a otros?

PEDRO.—Antes andaba mejor orden que en un ejército. Los principales maestros de cada oficio, que llaman “cabemaestros”, no eran esclavos, sino griegos libres o turcos, y éstos tomaban a cargo cada uno los esclavos que hay de aquel oficio para mandarles lo que han de hacer. Dormíamos en un establo docientos, allá en la misma obra, y los otros venían de la torre del Gran Turco y la del Bajá, que estaban en Galata, y era mes de junio, cuando el sol está más encumbrado; y dos horas antes que amaneciese salía una voz como del infierno de un guardián de los cristianos, cuyo nombre no hay para qué traer a la memoria, y decía: “¡Viste ropa, cristianos!” Desde a un credo decía: “Toca, trompeta.” Salía un trompeta, esclavo también, y sonaba de tal manera, que cada día se representaba mill veces el día del juicio. Allí vierais el sonar de las cadenas para levantarse todos, que dijerais que todo el infierno estaba allí. Tercera voz del verdugo, digo, del guardián, era: “Fuera los del barro; los otros reposá un poco.” En saliendo los que hacían el barro, decía: “Fuera todos y no se asconda nadie, que no le aprovecha.” Y tenía razón: era tan de mañana, que los maestros no verían trabajar, pero no faltaba que hacer hasta el día. Llevábanos a la mar, que estaba de allí un tiro de ballesta, donde descargaban la madera, piedra y ladrillo y otros materiales que eran menester, y traíamos dos caminos entre tanto que era de día, y no se permitía tomar acuestas poca carga ni caminar menos de corriendo, porque iban

detrás con los bastones dando a todos los que no corrían, diciendo: "Yurde, yurde", que quiere decir: "Camina, camina." Cuando era hora del trabajo, metíamonos todos dentro de un patio, puestos por orden todos, los que no sabíamos oficio a una parte, y los oficios todos, por sí cada uno. Subíase el maestro de toda la obra, y decía: "Vayan tantos canteros y parederos a tal parte, y tantos a tal." Luego los tomaba un guardián que había de dar cuenta dellos aquel día, y preguntábales: "¿Cuántos esclavos habrán menester de servicio?" Y los que pidían les daban del montón donde yo estaba, con otro guardián que anduviese sobrellos. De cada uno de los otros oficios repartía por esta misma orden toda la gente que había, y sobre los mismos guardianes había otros sobreestantes que les daban de palos sino arreaban a los cristianos para que trabajasen mucho.

JUAN.—¿Qué os daban de comer, que con tanto trabajo bien era menester?

PEDRO.—Sonaba el trompeta a comer, que llaman "faitos", y dábannos por una red cada sendos cuarterones de pan.

MATA.—¿No más?

PEDRO.—Y aun esto tan de prisa, que cuando los postreros acababan de tomar, ya sonaban a manos a labor.

JUAN.—Yo m'estuviera quedo.

PEDRO.—No faltara quien os quebrara la cabeza a palos si no respingábais en oyéndola. Guisaban también una grandísima caldera de

habas o lentejas; pero como dijo Sant Filipo a Cristo: "Quid inter tantos?" Por mi digo que maldita la vez las pude alcanzar; todo mi remedio era que sin él me muriera, copia de agua fresca, que estaba allí cerca una grandísima fuente y buena, que trajo Ibraim Bajá a unos sus palacios.

JUAN.—¿Nunca les daban nada a esos oficiales, siquiera para que no dijesen: "Nunca lo-gres la casa"?

PEDRO.—De cuando en cuando nos daban a todos sendos reales con que a las noches hacíamos nuestras ollas; mas como el día era tan largo cuanto la noche de corta y no tocaban la trompeta a recoger fasta que vian la estrella, cuando llegábamos a la caballeriza donde era nuestro aposento, más queríamos dormir, según andábamos de alcanzados de sueño y molidos de los palos que aquel día habíamos llevado, juntamente con el infernal trabajo. No me ayude Dios si no me aconteció algunas veces hallarme cuando nos levantábamos al trabajo la tajada de vaca en la boca, que así me había quedado sentado como cenaba.

MATA.—¿Sin desnudar?

PEDRO.—¿Ya nos tengo dicho la cama de galera?; pues así es la de tierra; demás de los piojos, que nos daban de noche y de día música, llevaban los tiples la infinidad de las pulgas, que nos tenían las carnes todas tan aplagadas como si tuviéramos sarampión.

JUAN.—No me maravillo, si doscientos hombres estábais en solo un establo; y ¡qué hedentina hubiera!

PEDRO.—Peor que en galera, porque como estábamos todos cerrados no estaba desabahado como en la mar; estando cenando unos y otros se sentaban en unos barrilazos grandes que había en lugar de necesaria, y refrescaban el aposento. Para hacer trabajar mucho a todos los que íbamos a la mar a traer los materiales, usaba desta astucia: que ponía premio al que más carga trajese acuestas, dos pares de ásperos, que cuasi es un real; al que primero llegase en casa, otras cuatro. Había unos bellacos que en su vida acá habían sido sino peores y más malaventurados que allá estaban, que sin pasión por ganar aquellos dos premios corrían con unas cargas de bestias, y era menester, so pena de palos, seguirlos en la carga y en el paso, diciendo que también teníamos brazos y piernas como ellos.

MATA.—Gran cosa fué con ninguna desas cosas no perder la paciencia; a Juan de Voto a Dios, vos seguro que no le sobrara.

PEDRO.—Una o dos veces, a la mi fe, ya tropecé; habíanme hecho un día cargar dos ladrillos que eran de solar aposentos, de un palmo de grueso y como media mesa de ancho, de los cuales era uno suficiente carga para un hombre como yo; y yendo tan fatigado, que no podía atener con los otros, ni vía, porque el grande

sudor de la cabeza me caía en los ojos y me cegaba y los palos iban espesos, alcé los ojos un poco y dije, con un suspiro bien acompañado de lágrimas: “¡Perezca el día en que nascí!” Hallóse cerca de mí un judío; que como yo andaba con barba y bien vestido, y los otros no, traía siempre infinita gente de judíos y griegos tras mí, como maravillándose, diciendo unos a otros: “Este algún rey o gran señor debe de ser en su tierra”; otros: “Hijo o pariente de Andrea de Oria.” En fin, como tamboritero andaba muy acompañado, y... no sé qué me iba a decir.

MATA.—Lo que os dijo el judío cuando se acabó la paciencia.

PEDRO.—¡Ah!, dice: “¡Animo, ánimo, gentil hombre, que para tal tiempo se ven los caballeros!” Y llegóse a mí y tomóme él un ladrillo y fuése conmigo a ponerle en su lugar. Respondíle: “El ánimo de caballero es, hermano, poner la vida al tablero cada y cuando que sea menester de buena gana; pero sufrir cada hora mill muertes sin nunca morir y llevar palos y cargas, más es de caballos que de caballeros.” Cuando los guardianes que estaban en la segunda puerta de la casa vieron dentro el judío, maravillados del hábito, que no le habían visto trabajar aquellos días, preguntáronle que qué buscaba; díjoles cómo me había ayudado a traer aquella carga porque yó no podía; respondieron: “¿Quién te mete a ti donde no te llaman?”



¿Somos tan necios que no sabemos si puede o no?" Y diciendo y haciendo con los bastones, entre todos, que eran diez o doce, le dieron tantos, que ni él ni otro no osó más llegarse a mí de allí adelante.

MATA.—En verdad que he pensado reventar por las ijadas de risa si no lo templara la falta de paciencia pasada. Pero por lo que decíais de barba ¿los otros cautivos no la traen?

PEDRO.—Ni por más favor que tenga no se lo consentirán; cada quince días les rapan cabello y barba, así por la limpieza como por la insignia desclavo que en aquello se ve; y si eso no fuese, muchos se huirían.

JUAN.—¿No es mejor herrarlos en el rostro, como nosotros?

PEDRO.—Eso tienen ellos a mal y por pecado grande; también en las galeras de cristianos rapan toda la chusma cada semana por la misma causa.

MATA.—A mí me parece que ser esclavo acá es como allá y así son de una manera las galeras, aunque todavía querría yo más remar en las nuestras que en las otras.

PEDRO.—Estáis muy engañado; por mejor tendría yo estar entre turcos cuatro años que en éstas uno. La causa es porque en éstas estáis todo el año, y allá no más del verano; en éstas no os dan de comer bizcocho hasta hartar, y aquéllo todo tierra; en las turquescas, muy buen bizcocho, y mucho, si no es algunas veces que

falta; que sobre Bonifacio, en Córcega, cuando la tomamos, treinta habas vendían por un áspero, que es un cuartillo; y en Constatinopla, estando en tierra, no falta mucho y buen pan y la merced de Dios, que es grande. Sola una cosa tenéis buena si estáis en las de acá, y es el negociar, que cada día pasan gentes que os pueden llevar cartas y rogar por vos, que aprovecha bien poco, y aun ¡ojalá!, después de haber cumplido el tiempo por que os echaron, con servir otros dos años de gracia, os dejen salir; pues azotes, vos prometo que no hay menos que en las otras; la ventura del que es esclavo es toda las manos en que cae: si le lleva algún capitán de la mar, haced cuenta que va condenado a las galeras; si en poder de algún caballero o particular, allá lejos de la mar, trátanlos como los que acá los tienen en Valladolid, sirviéndose dellos en casa y dándoles bien de comer de lo que en casa sobra, y a éstos también, cuando los amos mueren, quedan en los testamentos libres.

MATA.—¿Qué oficios os mandaban hacer a vos en ese trabajo?

PEDRO.—Mejor os sabría decir que no me mandaban. Los primeros días servimos un capitán, y yo a cuatro maestros que hacían un horno, de traer la tierra y amasar el barro y servírselo: otros, después, con unas angarillas, que llaman allá "vayardo", entre otro y yo traíamos la argamasa que gastaban muchos maestros; cuando

me querían descansar un poco, porque faltaba rípiá, con una gran maza de hierro me hacía quebrar cantos grandes, y si me volvía a rascar la oreja, el sobrestante me tocaba con el bastón, que no me comía allí más por aquellos días. Sobre la cabeza, en unas tablas, acarreamos muchos días de la argamasa, que me hacía debilitar mucho el cerebro, hasta tomarlo en costumbre. Un día de Sant Bernabé, que es el día que el sol hace cuanto puede, me acuerdo que en donde mejor reververaba nos hicieron a tres capitanes y a mí cerner una montañuela de tierra para amasar barro, y quedaron por aquellos días las caras tan desolladas, que no se les olvidó tan presto.

MATA.—¿Para qué querían tanto barro?

PEDRO.—No quieren los turcos hacer perpetuos edificios, sino para su vida, y así las paredes de la casa son de buena piedra y lodo, y por la una y la otra parte argamasa, que no es mal edificio. Usó el Bajá con los oficiales otra segunda astucia de premios: puso a los albanires y canteros, encima las paredes que iban haciendo, una pieza de diez varas de brocado bajo, que valdrían cincuenta escudos, diciendo que el que aquel día hiciere más obra, trabajando todos aparte, que fuese suyo el brocado; a los cerrajeros: al que más piezas de cerrajas y visagras y esto hiciese, aquel día serían dados treinta escudos, y cincuenta, al carpintero que más ventanas y puertas diese a la noche hechas. Ya

podéis ver el pobre esclavo cómo se deshicié-  
ra por ganar el premio; pareció hecha mu-  
cha la obra a la noche, y cumplió muy bien su  
palabra, como quien era; pero dijo al que llevó  
la pieza de brocado: "Tomad vuestro premio,  
y en verdad que sois buen maestro: nos descui-  
déis de trabajar, porque me quiero pasar pres-  
to a la casa; tantos pies de pared habéis hecho  
hoy; el día que hicieredes uno menos que hoy,  
os mandaré dar tantos palos como hilos tiene  
la ropa que llevastes; y los que no han llevado  
el premio, a cada uno doy de tarea igualar con  
la obra de hoy." Un entallador, con sólo un  
aprendiz que labraba lo tosco, hizo doce ven-  
tanas, al cual, uno sobre otro, dió los cincuenta  
escudos, pero con la misma salsa; y consiguien-  
tamente, a todos los demás oficiales hizo traba-  
jar ejecutando la pena, de modo que le ahorra-  
ron lo que les dió. Si se comenzaban a la ma-  
ñana los cimientos donde había de haber una  
sala, a la tarde estaba tan acabada que podían  
vivir en ella.

MATA.—Dos dedos de testimonio querría ver  
deso, porque de papel aun parece imposible.

PEDRO.—Soy contento dároslo a entender: en  
el instante que se comenzaba venía el entalla-  
dor por la medida de la ventana que habían  
de dejar, y de la puerta, y ponía luego dili-  
gencia de hacerla en el aire; llegaba el cerraje-  
ro con sus hierros todos que eran menester, y  
antes que se acabase la pared ya las ventanas

y puertas estaban en su lugar; el pedazo de pared que estaba hecho de obra gruesa iban otros maestros haciendo de obra prima; y ansi venía todo a cumplirse junto.

JUAN.—Dios os guarde de tener muchos oficiales y que los podéis mandar a palos. Esta Mátalas Callando acóstumbrado de las mentiras de los oficiales de por acá, que de día en día nos traen todo el año. ¿Cuál fué la segunda vez que se quebró la paciencia?

PEDRO.—Como trataba con la cal, habíame comido todas las yemas de los dedos por dentro y las palmas, que aun el pan no podía tomar sino con los artejos de fuera; y mandáronme un día que se hacía el tejado, para más me fatigar, que subiese con una destas garruchas tejas y lodo, y la soga era de cerdas. ¡Imaginad el trabajo para las manos que el pan blando no podía tomar! Y después de subidas era menester subir al tejado a darlas a la mano a los retejadores. Hacía razonable sol, y vime tan desesperado, que si no fuera porque sabía cierto irme al infierno, no me dejara de echar allí abajo de cabeza posponiendo toda la ley de natura y orden de no se aborrescer a sí mesmo. Aquella mesma tarde me mandaron en una herrada traer un poco de argamasa para el alar del tejado; y cuando la hinchí, con el peso, queriéndola cargar, quitósele el suelo y vime el más confuso que podía ser, porque me daban prisa. Tomé el mesmo suelo y llevé un poco, porque no hol-

gaseri los maestros. Cuando el guardián lo vió, preguntóme: “Perro, ¿qué es eso?”, y en hablando yo la desculpa, dióme tantos palos con su bastón, corriendo tras mí, que se me acuerda hoy dellos para contárcslos, y por despecho me hizo ir a traer más en un cesto como de sardinas, para que se me ensuciase bien la sotana, y caíame cuando venía, como era líquido, por las espaldas, y todo lo quemaba por donde pasaba, hasta que me deparó Dios un capacho, el cual me defendía puesto en la cabeza.

MATA.—¿No había en todo ese tiempo nadie de los que habías curado que rogase por vos, si quiera que no os mataran?

PEDRO.—Más holgara yo que alcanzaran que me ahorcasen. Todavía uno vino este mesmo día, acarreando yo lodo, que jamás le había visto ni le vi sino aquella vez; creo que debía de ser muy privado del rey; y estando ya hinchendo la espuerta de lodo, púsose detrás de mí mirándome, con una sotana de terciopelo verde y una juba de brocado encima, que bien parecía de arte, y díjome: “Di, cristiano, aquella filosofía de Aristótil y Platón, y la medicina del Galeno y elocuencia de Cicerón y Demóstenes, ¿qué te han aprovechado?” No le pude responder muy de repente, así por la prisa del guardián y miedo de los palos como por las lágrimas que de aquella lanzada me saltaron, y en poniéndome la espuerta sobre los hombros, volví los ojos a él, y díjele: “Hame apro-

vechado para saber sufrir semejantes días como éste.”

JUAN.—¿Y en qué lengua?

PEDRO.—En esta propia. Satisfízose tanto de la respuesta, que arremetió conmigo y quítame la espuerta y cárgasela sobre sí, y vase adonde estaba el Bajá mirando la obra, y entra diciendo: “Señor, yo y mi mujer e hijos queremos ser tus esclavos, porque no mates semejante hombre, que hallarás pocos como éste, en lo cual contradices a dios y al rey. Atónito el Bajá de verle así. fué para abrazarle diciendo que se hiciese todo lo que mandase; y mandóme que no trabajase más y me fuese a casa, y aquel turco dióme unos no sé cuántos ásperos. Ya podéis contemplar el gozo que yo llevaría yéndome a casa libre del trabajo.

MATA.—Como quien sale del infierno, si no duró poco.

PEDRO.—Hasta la mañana cuando mucho, que me quedé muy repantigado, cuando los otros se fueron, en la cama, y el sobreestante de toda la obra echóme menos, y habiéndole mandado el Bajá que me hiciese volver al trabajo, envió por mí y dióme la estada de la cama, y volvimos al mismo juego de principio.

JUAN.—¿No caía alguno malo, entre tanto, que fuera privado?

MATA.—Buena fuera una poca de asma de cuando en cuando y no la haber desraigado.

PEDRO.—Uno cayó y me hicieron irle a ver,

que tenía mucha fe conmigo, y dejábanme le ir a ver dos veces cada día; no dejaba de ser prolijo en la vista y decir que era menester estar yo viendo lo que el boticario hacía, porque no lo sabría hacer, por alentar siquiera un poco. Gocé tres días razonables; pero, en fin, no le supe curar.

JUAN.—¿Cómo? ¿Murióse o no le conocistes la enfermedad?

PEDRO.—No, sino que sanó muy presto, que cuando menos me caté, queriéndole ir una mañana a ver, le veo pasar a caballo.

MATA.—Tiene razón, que a estos tales era bier alargar la cura, como suelen los médicos hacer a otros.

PEDRO.—Los cirujanos diréis, que el médico es imposible.

MATA.—¿Qué más tiene lo uno que lo otro?

PEDRO.—Mucho, porque el médico es coadjutor de natura, y si él se descuida viene naturaleza, dale un sudor, o unas cámaras o sangre de narices, que le hace dar una hega al médico; mas el cirujano, cuando quiere ahonda la llaga; cuando quiere la ensucia, principalmente si no se iguala o no le pagan. Todos son crueles en eso; apenas hallaréis quien haga rectamente su oficio; demás deso son tiranos; al pobre no curan de gracia; los más, como lo tienen jurado, no es más en su mano dejar densuciar la llaga cuando sienten dineros, que en el sastre dejar de hurtar puestas las manos en la masa.



MATA.—¿Por qué decís de hurtar?; buen aparejo teníais siendo médico de hacerlo, pues entrábais donde había qué.

PEDRO.—No me lo demandará Dios eso, porque jamás me pasó por el pensamiento, como fuese pecado, que si se sabía perdía toda la honra y crédito. Cuando trabajábamos, es la verdad que a la noche quitábamos los mangos a la pala de hierro o azadas que podíamos coger y rebujábamos con el capote para vender a los judíos, que compran por poco dinero; todavía nos daban tres o cuatro áspersos por cada una, que había para una olla, y esto hacía cuasi por vengarme del trabajo que aquel día pasaba con ello.

MATA.—¿Pues tantas palas y azadas eran que había para todos que hurtar?

PEDRO.—Donde andaban tantos obreros, menester eran herramientas, cuanto más que los herreros no servían de otro si no de hacellas, que ya los sobreestantes tenían por cierto que hurtábamos las que podíamos, pero no lo podían remediar, que éramos tantos que no sabía qué hacerse; la maestranza que va al tarazanal a trabajar en las obras del Gran Señor, a la noche siempre trae algo hurtado que vender para su remedio, como los que hacen remos, plomo; los carpinteros, clavos; algunos, ya que otro no pueden, alguna tabla o maderuelos para bancos. Quisieronles poner grande estrechez una vez que supieron que había hombres que llevaban valía de su ducado cada noche, y hacíanlos pasar por

contadero y catábanlos a todos de manera que al que topaban algo le azotaban y se lo quitaban; pero supiéronles la maña, porque hicieron sendos barrilles como pipotes de acitunas, colgados de una cadenilla, para llevar agua, que otros lo usaban, y el témpano se quitaba y ponía, y al salir metían lo que habían hurtado dentro, y tomaban su barril a cuestras y salíanse, que nadie lo imaginaba; hasta que un bellaco, por invidia y hacer mal a los compañeros, lo descubrió; mas, no obstante eso, siempre buscan buenas y nuevas invenciones como se remediar. Traen los turcos unas cintas muy galanas a manera de toallas de tafetán muy labrado y largas que les den tres vueltas, que cuesta dos o tres escudos; hay algunos esclavos que no hacen sino comprar una, la más galana que puede haber, y métenla dentro de una bolsa de lienzo muy cogida; traen juntamente otra bolsa ni más ni menos que aquella, con unas rodillas o pedazos de camisa viejos, y cuando van por la calle y ven algún turco que les parece bisoño que viene a comprar algunas cosas, de los cuales cada día hay una infinidad, dícenle si quiere comprar aquella "cujança", que así se llama, y muéstransela con recelo, mirando a una parte y a otra, dándole a entender que la trae hurtada y lleva avisado el guardián que le dé prisa y demanda por ella poco, como por cosa que no le costó más de tomarla; como el otro ve que es esclavo y le parece no la haber pedido haber sino hurtándola, luego se acubdicia

y va recatadamente regateando tras él, y el guardián dándole prisa; cuando se concerta dícele quedico que la tome y no la torne a descoger, porque no le vean, y dale sus dineros, y el esclavo le da la otra bolsa en que van los pedazos, con que va muy ufano, hasta que ve el engaño en casa.

JUAN.—El mejor cuento es que puede ser, pero no se podrá hacer muchas veces, porque ese engañado avisará a otros, y cuando topare con el esclavo procurará vengarse.

PEDRO.—No se puede hacer eso ni esotro; ¿pensáis que Constantinopla es alguna aldea de España, que se conocen unos a otros?; que no hay día, como tiene buen puerto, que no haya tanta gente forastera, como en Valladolid natural; pues conocer más el cautivo, vueltas las espaldas, es hablar en lo excusado, porque aun unos compañeros a otros no se conocen. Lo mesmo suelen hacer con unas vainicas de cuchillos muy galanes, guarnescidos de plata, que ellos usan; moneda falsa se bate poca menos entre esclavos que en las casas de la moneda; diez pares de ojos habéis menester cuando compráis o vendéis; a doce ásperos os darán el ducado falso, que le pasaréis por bueno, que vale sesenta; ¡tanto es de bien hecho!; y os le venderán por falso.

JUAN.—¿Y eso no se castiga?

PEDRO.—¿Qué les han de hacer? ¿Echarlos a las galeras? Ya ellos sestán; ninguna cosa aventuran a perder.

MATA.—¿Pues quién se los compra?

PEDRO.—Mill gentes, para pasarlos por buenos. Tesoreros de señores, para cuando les mandan dar cantidad de dineros de alguna merced; éntre los buenos ducados dan algunos destos, porque saben que a quien dan, como dice el refrán, no escoge ni han de ir a decir éste es falso. También los pasan los cautivos comprando algunas cosas de comer, y los que más pulidamente lo hacen son ciertos esclavos fiados que andan sin guardianes, y se van a la calle de los cambiadores, que son judíos los más, y es oficio que mucho se corre.

MATA.—¿Pues tanta moneda corre allá?

PEDRO.—Tanta, por cierto de oro, cuanta acá falta, que no os trocarán un ducado si no pagáis un áspero; y si queréis comprar el ducado, habéis de pagar otro áspero.

MATA.—Vámonos allá, compañero, a hacer hospitales, que lo de acá todo es piojería; mas con todo bien tenemos este año que comer. ¿Y qué hacen esos con los ducados falsos en la calle de los cambiadores? ¿Por ventura engañan a los judíos?

PEDRO.—Deso están bien seguros, que no son gente que se maman el dedo. Tienen uno en la boca y aguardan los bisoños que van a trocar algún buen ducado; y como cuando no es de peso el cambiador no le quiere, si no se escalfa lo que pesa menos, vase a otra tienda, y estonces el esclavo le llama, haciéndosele enconradizo, diciéndole ¿que qué había con aquel puto judío? Luego él dice: “En verdad; hermano, quiéreme quitar de

un ducado bueno tantos ásperos”; responde: “Has de saber que éste es un bellaco y muy escrupuloso; ¿el ducado es bueno? El otro se le da simplemente para que le vea y toma el ducado y llévale a la boca para hincarle el diente, a ver si se doblega, y saca el otro falso que tenía en la boca, y dáselo y dice: “Miente, que éste es muy fino y bonísimo ducado; por tanto, vete aquél, que es hombre de bien, y él dará todo lo que vale sin pesarle”, y señalale uno cualquiera de los cambiadores; y en volviendo las espaldas, él se va por otro camino y se desaparece.

MATA.—¿Pues qué más harían los gitanos?

PEDRO.—Tan hábiles son los esclavos como ellos, porque tienen el mismo maestro, que es la necesidad, enemiga de la virtud.

MATA.—El fin sepamos del trabajo. ¿Cómo se acabó la casa?

## LA PESTE ENTRA EN LOS CAUTIVOS

PEDRO.—Fué, como tengo contado, fasta que vino la pestilencia y entró en nuestro establo algo erojada y comenzó de dezmararnos de tal manera, que de cuatro partes murieron las tres, y yo fuí herido entrellos, y fué Dios servido que quedase, habiéndose muerto en tres días, de nueve que comíamos juntos, los siete.

JUAN.—Nunca he visto pestilencia tan aguda como es esa.

PEDRO.—Viene un carbunchico como un garban-

zo, y tras él una seca a la ingre o al sobaco; a esto suceden sus accidentes y calentura, de tal suerte, que o muere o queda lisiado para siempre de algún miembro menos o tal que cosa; cuando viene la seca sin carbuncho, es muy pestilencial; por maravilla escapa hombre; y cuando es con el grano, muchos escapan. Estaba yo herido en una pierna, y híceme sacar dos libras de sangre de una vez, abiertos juntamente entrambos brazos, y purgueme sin jaropar, y estuve cincuenta días malo sobre un pellejo de carnero que por grande limosna había alcanzado. Harto peor servido que en la primera enfermedad os conté, porque como tenía la landre, todo el mundo huía de mí.

JUAN.—Y qué ¿tan continua es allí esta mala cosa?

PEDRO.—Jamás se va en invierno ni en verano, salvo que menos gente muere el invierno.

JUAN.—¿Y no la aciertan a curar los médicos de aquella tierra?

PEDRO.—Ni ellos la curan ni la entienden; la mayor cura que le hallé yo allá, que por acá tampoco la había visto, es sangrar mucho y purgar sin jaropar el mismo día.

MATA.—¿No era mejor poco a poco?

PEDRO.—Si doce o quince horas os descuidabais, luego se pintaba y perdona mucho.

JUAN.—¿Qué llamáis pintar?

PEDRO.—Cuando se quieren morir les salen unas pintas leonadas, y cuando aquellas están, aunque le parezca estar bueno, se muere de tal arte, que

jamás se ha visto hombre escapar después de pintado, si las pintas son leonadas o negras; si son coloradas, algunos escapan.

MATA.—¿Y esa no podría remediarse que no la hubiese?

PEDRO.—Dificultosamente, porque los turcos no se guardan, diciendo que si de Dios está no hay que huir, y así acabado de morir, uno se viste la camisa del muerto, y otro el jubón, y otro las calzas, y luego se pega como tiña.

JUAN.—¿La casa se debió de acabar entre tanto que tuvistes la enfermedad?

PEDRO.—Es así, y no fué mi amo a posar en ella con poco triunfo; porque demás que era General de la mar, el Gran Turco se partió para Persia contra el Sofí, y dejóle por gobernador de Constantinopla y todo el Imperio.

MATA.—¿Llevaba mucha gente el Turco en campo?

JUAN.—No mezclemos, por amor de Dios, caldo con berzas, que después nos dirá la vida y costumbres de los turcos; agora, como va, acabe de contar la vida suya. ¿Qué fué de vos después de sano de la pestilencia?

## LA ENFERMEDAD DE LA SULTANA

PEDRO.—Luego me vino a la mano la cura de la hija del Gran Señor, que había dos meses que estaba en hoy se muere, más mañana; y ya que había corrido todos los protomédicos y médicos de su

padre, vinieron a mí a falta de hombres buenos en grado de apelación, y quiso Dios que sanó.

MATA.—¿Pues una cosa la más notable de todas cuantas podéis contar decís ansí como quien no dice nada? ¿A la mesma hija del Gran Señor ponían en vuestras manos?

PEDRO.—Y aunque es la cosa que más en este mundo él quiere.

MATA.—¿Pues qué entrada tuvistes para eso?

PEDRO.—Yo os lo diré: su marido era hermano de mi amo, y llamábase Rustan Bajá; y como no aprovechaba lo que los médicos hacían, mi amo mandóme llamar, que había cuatro meses que no le había visto, para pedirme consejo qué le harían, y el que me fué a llamar díjome: “Beato tú si sales con esta empresa, que creo que te llaman para la Sultana, que ansí la llaman.” Yo holguéme todo lo posible, aunque iba con mis dos cadenas. Y cuando llegué a mi amo Zinan Bajá, que estaba en su trono como rey, díjome que qué harían a una mujer que tenía tal y tal indisposición. Yo le dije que viéndola sabríamos dar remedio. El dijo que no poda ser verla, sino que ansí dijese; a lo cual yo negué poderse por ninguna vía hacer cosa buena, sin vista, por la información, dando por excusa que por ventura la querría sanar y la mataría, y que no permitiese, si era persona de importancia, que yo la dejase de ver, porque de otra manera ningún beneficio podría rescibir de mí, porque el pulso y orina eran las guías del médico. Como él me vió firme en este propó-



sito, y los que estaban allí les parecía llevar camino lo que yo decía, que verdaderamente andaba porque me viera para que me hiciera alguna merced, mandóme sentar junto a sus pies, en una almohada de brocado, y dijo a un intérprete que me dijese que por amor de Dios le perdonase lo que me había hecho, que todo iba con celo de hacerme bien, y con el grande amor que me tenía, y que estuviese cierto que él me tenía sobre su cabeza, y me hacía saber que la enferma era una señora de quien él y su hermano y todos ellos dependían; de tal arte, que si ella moría, todos quedaban perdidos; por tanto, me rogaba que, no mirando a nada de lo pasado, yo hiciese todo lo que en mi fuese, que lo de menos que él haría sería darme libertad; a lo cual yo respondí que besaba los pies de su excelencia por la merced y que mucho mayor merced había sido para mí todo lo que conmigo había usado, que darme libertad, porque en más estimaba yo ser querido de un tan gran príncipe como él, que ser libre, pues siendo libre no hallara tal arrimo como tenía siendo esclavo, y en lo demás me dejase el cargo, que en muy poco se había de tener que yo hiciese lo que podía, sino lo que no podía; y ansí me envió a casa del hermano. El cual comenzó de hablar conmigo, que era hombre de grande entendimiento, para ver si le parescería necio, y procuraba, porque son muy celosos, que le diese el parescer sin verla, lo cual nunca de mí pudo alcanzar; y, como diré cuando hablaré de turcos, siempre están marido y mujer

cada uno en su casa, envió a decir a la soltana si ternía por bien que la viese el médico esclavo de su hermano, y entre tanto que venía la respuesta, comencóme de preguntar algunas preguntas de por acá, entre las cuales, después de haberme rogado que fuese turco, fué cuál era mayor señor, el rey de Francia o el Emperador. Yo respondí a mi gusto, aunque todos los que lo oyeron me lo atribuyeron a necedad y soberbia, si quería que le dijese verdad o mentira. Díjome que no, sino verdad. Yo le dije: "Pues hago saber a Vuestra Alteza que es mayor señor el Emperador que el rey de Francia y Gran Turco juntos; porque lo menos que él tiene es España, Alemania, Italia y Flandes; y si lo quiere ver al ojo, mande traer un mapa mundi de aquellos que el embajador de Francia le empresentó, que yo lo mostraré." Espantado, dijo: "Pues ¿qué gente trae consigo?; no te digo en campo, que mejor lo sé que tú." Yo le respondí: "Señor, ¿cómo puedo yo tener cuenta con los mayordomos, camareros, pajes, caballeros, guardas, acemileros de los de lustre? Diré que trae más de mill caballeros y de dos mill; y hombre hay destos que trae consigo otros tantos." Díjome, pensando ser nuestra corte como la suya: "¿Qué, el rey da de comer y salarios a todos? ¿Pues qué bolsa le basta para mantener tantos caballeros?" "Antes—digo—ellos, señor, le mantienen a él si es menester, y son hombres que por su buena gracia le sirven, y no queriendo se estarán en sus casas, y si el Emperador los enoja le

dirán, como no sean traidores, que son tan buenos como él, y se saldrán con ello; ni les puede de justicia quitar nada de lo que tienen, si no hacen por qué." Cerró la plática con la más humilde palabra que a turco jamás oí, diciendo: "Bonda hepbiz cular", que quiere decir: acá todos somos esclavos. Yo le dije cómo la diferencia que había, porque el Gran Turco era más rico, era porque se tenía todos los estados y no tenía cosas de iglesia, y que si el Emperador todos los obispados, ducados y condados tuviese en sí vería lo que yo digo. En esto vino el mapa, y hícele medir con un compás todo lo que el Turco manda, y no es tanto como las Indias, con gran parte, de lo que quedó maravillado. Y llegó la licencia de la Soltana que la fuese a ver, y fuimos su marido y yo al palacio donde ella estaba, con toda la solemnidad que a tal persona se requería, y llegué a su cama, en donde, como tengo dicho, son tan celosos, que ninguna otra cosa vi sino una mano sacada, y a ella le habían echado un paño de tela de oro por encima, que la cubría toda la cabeza. Mandáronme hincar de rodillas, y no osé besarle la mano por el celo del marido, el cual, cuando hube mirado el pulso, me daba gran prisa, que bastaba y que nos saliésemos; a toda esta prisa yo resistía, por ver si podría hablarla o verla, y sin esperar que el intérprete hablase, que ya yo barbullaba un poco la lengua, díjole: "Obir el vera Zoltana."; que quiere decir: "Deme Vuestra Alteza la otra mano." Al meter de aquella y sacar de la otra, descubrió

tantico el paño para mirarme sin que yo la viese, y visto el otro, el marido se levantó y dijo: "Anda, cabamos, que aun la una mano bastaba." Yo, muy sosegado, tanto por verla como por lo demás, dije: "Dilinchica Soltana." "Vuestra Alteza me muestre la lengua." Ella, que de muy mala gana estaba tapada, y aun creo que tenía voluntad de hablarme, arrojó el paño, cuasi enojada, y dijo: "¿Ne exium chafir deila?" ¿Qué se me da a mí? ¿No es pagano y de diferente ley?, de los cuales no tanto se guardan; y descubre toda la cabeza y brazos, algo congojada, y mostróme la lengua; y el marido, conociendo su voluntad, no me dió más prisa, sino dejóme interrogar cuanto quise, y fué menester para saber el origen de su enfermedad, el cual había sido de mal parir de un enojo, y no la habían osado los médicos sangrar, que no había bien purgado, y suscedióle calentura continua. Yo propuse que, si ella quería hacer dos cosas que yo mandaría, estaría buena con ayuda de Dios: la primera, que había de tomar lo que yo le diere; la segunda, que entre tanto que yo hacía algo, ninguna cosa había de hacer de las que de los otros médicos fuesen mandadas, sino que, pues en dos meses no la habían curado, que probase conmigo diez o quince días, y si no hallase mejoría, ahí se estaban los médicos; y que esto no lo hacía por no saber delante de todos sustentar lo que había de hacer, sino porque yo era cristiano y ellos judíos, y dos turcos también había, y podíanle dar alguna cosa en que hiciesen traición por despecho o por

otra cosa, y después decir que el cristiano la había muerto; los judíos ya yo sabía que sin haberme visto, de miedo que si yo entraba descubriría su poca ciencia, andaban diciendo que yo no sabía nada y que era mozo y otras calumnias muchas que ellos bien saben hacer, con las cuales perdieron más que ganaron, porque me hicieron soltar la maldita; y la Soltana me dijo que lo aceptaba, pero que si se había de poner en mis manos también ella quería sacar otra condición, y era que no la había de purgar y sangrar, porque le habían dado muchas purgas, tantas, que la habían debilitado, y para la sangría era tarde; yo, como vi cerrados todos los caminos de la medicina: “Señora—digo—, yo no soy negromántico que sano por palabras; pero yo quiero que sea así; mas al menos un jarabe dulce grande necesidad hay que Vuestra Alteza le tome.” Ella dijo que de aquello era contenta, y se disponía a todo lo que yo hiciese; y fuímonos su marido y yo a su aposento, donde tenía llamados todos los protomédicos y médicos del rey, y como comenzaron a descoser contra mí tanto en turquesco, y yo les dijese que me diesen cuenta de toda la enfermedad, como había pasado; tuviéronlo a pundonor, y mofaban todos diciendo que qué gravedad tenía el rapaz cristianillo; y dicen a Rustan Bajá en turquesco, que ya me han tentado y que no sé nada, ni cumple que se haga cosa de lo que yo le dijere, cuanto más que soy esclavo y la mataré por ser su enemigo. Un paje del Rustan Bajá, que se me había aficio-

nado y era hombre de entendimiento, que había estudiado, díjome, llegándose a mí, todo lo que los médicos habían dicho. A los cuales, yo: “Señores —digo—, que no pensé, para derribarós en dos palabras de todo vuestro ser y estado, que soy venido a enmendar todos los errores que habéis hecho en esta Reina, que son muchos y grandes”; y digo al intérprete: “Decid ahí a Rustan Bajá que los médicos que primero curaron esta señora la han muerto, porque cuanto le han hecho ha sido al revés y sin tiempo, y la mataron, al principio por no la saber sangrar, y con cualquiera de las purgas que le han dado mespanto cómo no es muerta.” “¡Oh, por amor de Dios, señor, tened quedo; no digáis nada—dijeron al intérprete—, que lo creará Rustan Bajá y nos matará a todos.” “Decidle —digo también—que los haga que no se vayan de aquí hasta que les haga conocer todo lo dicho ser verdad.” Este fué otro “ego sum” para derribarlos en tierra, y muy humilldemente dijeron: “Hermano, no pensamos que os habíais de enojar; nosotros haremos todo lo que vos mandáis. y no se le diga nada al Bajá, que sabemos que sois letrado y tenéis toda la razón del mundo; saber que pasa esto y esto, y se le ha hecho esto y estotro.” Yo lo iba todo contradiciendo y venciénolos.

MATA.—¿Y a los médicos del Rey vencíais vos? Yo ya tenía conocido lo poco que sabían.

PEDRO.—¿Luego pensáis que los médicos de los reyes son los mejores del mundo?

MATA.—¿Y eso quién lo puede negar que no

quiera para sí el Rey el mejor médico de su reino, pues tiene bien con que le pagar?

PEDRO.—Y aun eso es el diablo, que los pagan por buenos sin sello. Si la entrada fuese por examen, como para las cátedras de las Universidades, yo digo que tenéis razón; pero mirad que van por favor, y los privados del Rey le dan médicos por muy buenos, que ellos, si cayesen malos, yo fiador que no se osasen poner en sus manos, no porque no haya algunos buenos, pero muchos ruines; y creedme que lo sé bien como hombre que ha pasado por todas las cortes de los mayores príncipes del mundo. Ansí como en las cosas de por acá es menester más maña que fuerza, para entrar casa del Rey, más industria que letras. Yo me vi, por acortar razones, como el aceite sobre el agua con mis letras, que aunque pocas, eran buenas, sobre todos aquellos médicos en poco rato, y prometieronme de no hablar más contra mí para el Dios de Abraham, sino que hiciese en la cura como letrado que era, y ellos me ayudarían si en algo valiesen para lo que yo mandase; y fuime a la torre con mis compañeros, que ya me habían quitado las cadenas, y di orden de hacerle un jarabe de mi mano, porque de nadie me fiaba, y llevándosele otro día, topé un caballero renegado, muy principal al parecer, y díjome: “Yo he sabido, cristiano, quién tú eres y tenido gran deseo de te conocer y servir por la buena relación que de ti hay.” Yo se lo agradecí todo lo posible. Pasó adelante la plática, diciendo cómo sabía que

curaba a la Soltana y si quería ganar libertad que él me daría industria. Yo le hice cierto ser la cosa que más deseaba en el mundo. Dice: "Pues pareces prudente, hágote saber que este tu amo Zinan Bajá y su hermano Rustan Bajá son dos tiranos los más malos que ha habido, y dependen desta señora, la cual si muriese, éstos no serían más hombres. Yo soy aquí espía del Emperador; si tú le das alguna cosa con que la mates, yo te esconderé en mi casa y te daré 400 escudos con que te vayas, y te porné seguramente en tierra de cristianos y darte he una carta para el Emperador, que te haga grandes mercedes por la proeza que has hecho." Fué tan grande la confusión y furor que de repente me cayó que me parecía estar borracho; y si tuviera una daga, yo arremetía con él, y díjele: No se sirve el Emperador de tan grandes traidores y bellacos, como él debía de ser; y que se me fuese luego delante ni pasase jamás por donde mis ojos le viesen, sopena que cuando no le empalase Rustan Bajá, yo mesmo lo haría con mis manos, porque mentía una y dos veces en cuanto decía, y no era yo hombre que por veinte libertades ni otros tantos Emperadores había de hacer cosa que ofendiese a Dios ni al prójimo, cuanto más contra una tan grande princesa."

MATA.—Que me maten si ese no era echado aposta de parte de la mesma Reina para tentaros.

PEDRO.—Ya me pasó a mí por el pensamiento, y conformó con ello que cuando llegué con el ja-



rabe, entretanto que habían ido por licencia para entrar, el Rustan Bajá comenzó de hablar conmigo y darme cuenta de la subjeción que tenía a su mujer, y diciendo que una esclava que la Soltana mucho quería le ponía siempre en mal con ella, y que deseaba matarla, que le hiciese tanto placer le dijese con qué lo podría hacer delicadamente; respondíle que mi facultad era medicina, que servía para sanar los que estaban enfermos y socorrer a los que habían tomado semejantes venenos, y si desta se quería servir yo lo haría, como esclavo que era suyo; pero lo demás no me lo mandase, porque no lo sabía, y los libros de medicina todos no contenían otra cosa sino cómo se curara tal y tal accidente. No obstante eso, dice: "Te ruego que pues te conozco que sabes mucho en todo, me digas alguna cosa, que no me va en ello menos que la vida." Concluí diciendo: "Señor, la mejor cosa que yo para eso sé, es una pelotica de plomo que pese una drama, y hará de presto lo que ha de hacer." El, algo contento, pensando tenerme cogido, preguntóme el cómo; digo: "Señor, metido en una escopeta cargada y dándole fuego, y no me pregunte más Vuestra Alteza en eso, que no sé más, por Cristo." Y fuímonos a dar el jarabe a la princesa, la cual le tomó de buena gana, creo que por lo que había precedido.

JUAN.—Por fe tengo que si en aquellos tiempos os moríais, que íbais al cielo, porque en todo eso no se apartaba Dios de vos.

MATA.—Yo lo tengo todo por revelaciones.

PEDRO.—Yos diré cuánto, para que me ayudéis a loarle, que no lo habían apuntado a hacer cuando estaba al cabo del negocio, y de allí adelante me comencé a recatar más, y todas las medicinas que eran menester las hacía delante de Rustan Bajá yo mesmo junto al aposento de la Soltana, llevándome en la fratriquera los materiales que yo mesmo me compraba en casa de los drogueros; y para más satisfacción mía, por si muriese, hacía estar allí los médicos y dábales cuenta de todo lo que hacía, lo cual siempre aprobaban, así por el miedo que me tenían como por no saber si era bueno ni malo; quejéronse una vez a mi amo de mí que era muy fantástico y para ser esclavo no era menester tanta fantasía; que cuando se hacía alguna cosa de medicina para la Soltana, sin más respecto a unos mandaba majar en un mortero raíces o pólvoras; a otros soplar debajo la vasija que estaba en el fuego, porque no podían decir de no, estando delante el Bajá, haciéndole entender que era gran parte para la salud ir majado de mano de médicos, y él no hacía nada sino buscar qué majar y fuesen piedras. Llamóme mi amo, y cuasi enojado dice: “Perro, ¿parécete bien estimar en tan poco los médicos del Rey, que se me han quejado desto y esto, y que tú no haces nada sino mandar?” “Mayor trabajo—digo—, señor, es ese que majar; Vuestra Excelencia, aunque no rema en las galeras, ¿no tiene harto trabajo en mandar? Pues

manden ellos, que yo majaré, y pues no saben mandar que majen, que yo no soy más de uno y no lo puedo hacer todo." Dióse una palmada en la frente y dijo: "Yerchec vara": verdad dices: anda vete y abre el ojo, pues sabes cuánto nos va." Como vi la calentura continua y la grande necesidad de sangrar que había, determiné usar de maña y díjele: "Señora, entre sangrar y no sangrar hay medio; necesidad hay de sangría; mas pues Vuestra Alteza no quiere, será bien que atemos el pie y le meta en un bacín de agua muy caliente para que llame la sangre abajo y esto bastará"; y holgó dello, para lo cual mandé venir un barbero viejo y díjele lo que había de hacer, y tuviese muy a punto una lanceta para cuando yo le hiciese del ojo, picase. Todo vino bien, y ella, descuidada de la traición, cuando vi que parecía bien la vena asile el pie con la mano y el barbero hirió diestramente. Dió un grande grito, diciendo: "Perro, ¿qué has hecho que soy muerta?" Consolela con decir: "No es más la sangría desto, ni hay de qué temer; si Vuestra Alteza quiere que no sea, tornaremos a cerrar." Dijo: "Ya, pues que es hecho, veamos en qué para, que ansí como ansí te tengo de hacer cortar la cabeza." Sintió mucho alivio aquella noche, y otro día, cuando me contó la mejoría, ábrile las nuevas diciendo cómo del otro pie se había de sacar otra tanta; por tanto prestase paciencia, lo cual aceptó de buena voluntad, y mejoró otro pedazo. Había tomado dos jarabes, y

quedaba que había de tomar otros dos; pero purga era imposible. Yo hice un jarabe que llaman "rosado", de nueve infusiones, algo ágrete, y dile cinco onzas que tomase en las dos mañanas que quedaban, el cual, como le supiese mejor que el primero, tomó todo de una vez y alborotóla de manera que hizo trece cámaras y quedó algo dismayada y con miedo. Rustan Bajá, espantado, envióme a llamar y díjome: "Perro cornudo, ¿qué tóxico has dado a la Soltana que se va toda?" A mí es verdad que me pesó de que lo hubiese tomado todo, y preguntéle cuántas había hecho; y cuando respondió que trece consoléle con que yo quisiera que fueran treinta, y fuimos a verlas, y era todo materia, como de una apostema. Llamados allí los médicos, díjeles: "Señores, esto habíais de haber sacado al principio, y no eran menester tantas purgas, porque no hay para qué sacar otro humor sino el que hace el mal." Quiso Dios aquella noche quitarle la calentura.

MATA.—¿Qué os dieron, que es lo que hace al caso, por la cura?

PEDRO.—A la mañana, cuando fuí, antes que llegase, sacó el brazo y alzó el dedo pulgar a la francesa, que es el mayor favor que pueden dar, y díjome: "Aferum hequim Baxa; buen viaje hagas, cabeza de médicos", y llegó un negro eunuco que la guarda y echóme una ropa de paño morado, bien fina, aforrada en cebellinas, acuestas. Cuando le miré el pulso y la hallé sin calenturas alcé los ojos y di gracias a Dios. Díjome que

ella era tan grande señora y yo tan bajo, que cualquiera merced que me hiciese sería poco para ella; que aquella ropa suya trajese por su amor, y que ya sabía que lo que yo más querría era libertad, que ella me la mandaría dar. De manera que dentro de doce días ella sanó con la ayuda de Dios, y envió a decir a Zinan Bajá que me hiciese turco y me asentase un gran partido, o si no quería que luego me diese libertad. Respondió que lo primero no aprovechaba, porque me lo había harto rogado; que mi propósito era venirme en España; que él me traería cuando saliese el junio la armada, y me pornía en libertad.

JUAN.—¿En qué mes la curastes?

PEDRO.—Por Navidad.

MATA.—Y el marido, ¿nos dió nada?

PEDRO.—Todavía me valdría dos docenas descudos; que allá, cuando hacen merced los señores, dan un puñado de ásperos y que sea tan grande que se derramen algunos.

JUAN.—No son muy grandes mercedés esas.

PEDRO.—No son sino muy demasiado de grandes para esclavos. Bien parece que habéis estado poco en galeras de cristianos para que viérais qué tales las hacen los señores de acá; que con los que no son cautivos tan largos son en dar como los de acá y más, y aun con los cautivos plugiese a Dios que acá se hiciese la mitad de bien que allá.

JUAN.—Fama y honra a lo menos harta se ganaría con la cura.

## OTRAS CURAS DE PEDRO

PEDRO.—Tanta, que cuando a la mañana iba a visitar desde la torre en casa de Zinan Bajá, si en todas las casas que me llamaban quisiera entrar, no llegara hasta la noche allá.

MATA.—¡Qué! ¿Tan lejos será?

PEDRO.—Aunque habláis con malicia, será media legua. Yo me deshice luego de curar los cautivos de la torre, remitiéndolos a los otros barberos, sino fuese algún hombre honrado, porque cuando me hicieron trabajar, con haberles yo hecho mill servicios y regalos a todos, se holgaron tanto de verme allá como si les dieran libertad; y también como lo más que corría era pestilencia, yo me guardaba cuanto podía della. En casa de Zinan Bajá nunca faltaban enfermos; como la casa era grande, y el tiempo que sobraba gastaba en curar gente de estofa, principalmente mujeres de capitanes y mercaderes, que unas querían parir y otras que les viniese su regla, otras de mal de madre viejo, a todos prometía a dos por tres en cualquier enfermedad de darlos sanos, y no visitaba a hombre más de una vez al día, y aquella a la hora que yo quisiese, por no los poner en mala costumbre. Al principio siempre cogía para las medicinas dos o tres ducados, y si no me pagaban luego les decía que no iría más allá, y siempre daban algo.

MATA.—¿Andábais ya sin guardia?

PEDRO.—Aún no, que si eso fuera, yo fuera rico, que áquella me destruía. Tenía con un boticario hecho pacto que me había de dar las medicinas a un precio bueno, que él ganase, pero no mucho, como con otros, porque yo le gastaba docientos escudos en dos meses, y algunas también me hacía yo.

MATA.—Cierto, hacíais bien en visitar pocas veces; que yo lo tengo por chocarrería esto d'España visitar dos veces a todos, aunque no sea de enfermedad peligrosa.

PEDRO.—La mayor del mundo, y señal que saben poco.

MATA.—Son como las mujeres, que en no siendo hermosas son virtuosas para suplir lo que naturaleza faltó en hermosura con virtud. Ansí, los médicos idiotas suplen con visitar muchas veces su poca ciencia; pero ¿cómo osábais prometer salud a todos? ¿Todos sanaban? ¿Todas las estériles se empañaban? ¿A todas les venía su tiempo cuantas tomábais entre manos? ¿A todas se les quitaba el mal de madre?

PEDRO.—No por cierto; pero algunas, con hacerles lo que por vía de medicina se sufre, alcanzaban lo que deseaban; a otras era imposible.

MATA.—Y las que no sanaban, ¿nos tomaban a cada paso en mentira? ¿Cómo os eximíais? Ahí no sólo era menester urdir, pero tejer.

PEDRO.—La mejor astucia del mundo les urdí. Hice una medicina en cantidad, que tenía en un bote, que llaman los médicos "gerapliga logadion",

que es compuesta de las cosas más amargas del mundo; y ella lo es de tal modo, que la hiel es dulce en su comparación della; y cuando veía que no podía salir con la cura, habiendo hecho todos los remedios que hallaba escritos, procuraba de rescibir todos los dineros que podía para ayuda de hacer la principal medicina, que era aquella, y dábale un botecito muy labrado, lleno della, que serían dos onzas, mandándoles cada mañana tomasen una dragma desatada en cocimiento de pasas; y esto habían de tomar diez y nueve mañanas a reo al salir el sol, de tal arte, que no interpolasen ninguna. Ello era tan amargo, que no era posible hombre ni mujer pasarlo, y la que con el deseo de parir porfiaba tomaba algunos días, mas no todos.

MATA.—¿Y si porfiando los tomaba todos o la mayor parte?

PEDRO.—Nunca faltaba achaque: o que dejó uno, o que interpoló alguno, o que no lo tomó siempre a una hora, y que era menester comenzar de principio.

JUAN.—¿Y a todos curabais desarte en cualquier enfermedad?

PEDRO.—Nunca Dios tal quiera, que los que estaban de peligro curábanse como era razón; pero los males viejos y incurables han menester maña. Cuando me tomaban en la calle algunos que por amistad querían que les curase males viejos, de setiembre adelante, luego les preguntaba para escabullirme del cuanto tiempo había que tenían aquella enfermedad; en respondiéndome tantos años,



le decía: "Pues yo quiero muy de propósito curarte; pero es menester que, como has sufrido lo más, sufras lo menos y tengas paciencia desde aquí a marzo, que vernan las yerbas buenas y podremos hacer medicinas a nuestro propósito, y con esto los enviaba muy contentos; y esto acostumbraba tanto, que el guardián mío, que era intérprete, cuando me vía que oía de mala gana, luego me decía: "Este, ¿remitirle hemos a las yerbas?"; y aun algunas veces respondía sin darme a mi parte.

MATA.—Y venidas las yerbas, ¿nunca os pidían la palabra?

PEDRO.—Hartas veces; pero para ellos y para los que pidían remedio en verano había otro achaque, que era la luna; aunque fuesen dos días no más de la luna, les decía que se aparejasen, que a la entrada de la que venía los quería sanar, y como la cibdad es grande, no podíamos siempre toparnos.

JUAN.—¿Pagaban los que sanaban después cuando andabais de reputación mejor que antes?

PEDRO.—Todo se iba de un arte. Un mercader turco venía de Alejandría y cayó malo, y viéndose con calentura continua, me prometió diez escudos si le sanaba. Yo pidí para las medicinas dos, y diómelos, y en tres días sanó con sangrarle y purgarle bien; y a tiempo después dióme un ducado y díjome que aun le quedaba cierta tos, y en sanando della me daría la resta. Comencé de hacerle remedios para aquello, que le costaron dos ducados.

dos otros. Ya como el bellaco iba engordando, no podía disimular la salud; por no me pagar nunca decía que había mejoría de la tos. Díjome un paje suyo renegado que no estaba muy bien con él: “Mira, cristiano; no te mates por venir más acá, que en verdad nunca tose sino cuanto te siente subir.” Fuí a él, y preguntado cómo estaba, respondió que malo de su tos. Díjele: “¿Tú quieres sanar de tal manera que jamás padezcas tos ni romadizo aunque vivas mill años?” El dijo: “Ojalá tú me dieses tal remedio, que no ando tras otro.” Digo: “Pues hágote saber que para Zinan Bajá he mandado hacer un letuario de mucha costa, y el boticario creo que guardó un poco para sí; hagamos que te lo dé, y envía un paje, que yo seré intercesor; tres escudos le daban por ello para un arraez, mas no lo quiso dar; yo te lo haré dar por lo que fuere justo.” De vergüenza de ciertos turcos que estaban con él, no pudo dejar de enviar conmigo el paje, el cual trajo el botecico de la “gera logodion”, más labrado que otros la solían llevar, y fué menester rogar harto al boticario que se lo diere por los tres ducados, de los cuales hubo medio y yo la resta.

MATA.—Pues se que aquel no estaba de parto ni quería parir, ¿para qué le dabais medicinas de mal de madre?

PEDRO.—Para que pariese aquellos tres ducados y no volver más allá, perdonándole la resta.

MATA.—No había mucho que perdonar, porque

poco a poco me parece que os entregastes de todos diez.

JUAN.—¿Qué tanto haría de costa de las medicinas en todo?

PEDRO.—Más en verdad de medio escudo.

MATA.—No era mala cabeza de lobo la “gera pliega”, que no costaría toda un escudo.

PEDRO.—Uno, y aun dos costó; pero bien se sacaron della.

MATA.—Con pocos botes desos se acabaría nuestro hospital.

JUAN.—¿Tuvistes más conquistas con los médicos del Rey?

PEDRO.—La mayor está por decir, que fué con Zinan Bajá.

JUAN.—¿De qué estuvo malo? ¿Tornóle la asma?

## DISPUTAS CON LOS MEDICOS DEL BAJA

PEDRO.—No, sino como había quedado por gobernador de Constantinopla, de rondar de noche la cibdad, resfrióse y hinchósele el vientre y estómago de ventosidades, que quería reventar, y los judíos, como son tan entremetidos, fuéronle todos a ver, y yo, que fuí el primero, quísele decir que tomase una ayuda, y no se lo osaba el intérprete decir, porque lo tienen por medio pulla, y todos, aunque bujarrones, son muy enemigos dellas. Yo pregunté cómo se llamaba, y

dijéronme que "hocna", y díjeselo, y admitiólo y rescibióla; pero los judíos no dejaron, estando picados, aunque no lo mostraban, de tornar a sembrar cizania, y también por ser hombres de respecto mi amo hacía lo que mandaban, y era todo como una jara derechamente al revés. Dábanle a comer espinacas, lentejas y muchos caldos de ave y carnero y leche, que la quería mucho, y, en fin, concedíanle comer lo que quería para ganarle la boca y tenerle contento. El protomédico principal, que se llamaba Amon Ugli, y tenía cada día de salario más de siete escudos, paresciéndole que había un poco el Bajá mejorado, teniendo presentes los otros médicos y algunos de los privados que tenían sobornados, dijo que por algunas causas en ninguna manera le cumplía curarse con el español cristiano: la una, porque era mozo y podría ser que en su tierra él fuese buen médico; pero que allá eran otras complexiones y otra diversidad de tierras, que yo no podía alcanzar, dando ejemplo del durazno que mataba en Persia y no en Egipto; lo otro, porque yo era su esclavo, y por cualquier cosa que algún enemigo suyo me prometiese podría darle con qué muriese, por ser libre, y esto no podía haber habido efecto en la Solтана, porque en la muerte della no ganaba como en la suya; a esto ayudaban todos de mala, de tal suerte que le persuadieron, y yo veía que andaban muy ufanos dándole mil brevajes y no hacían caso de mí. Un paje de la cámara, amigo

mío, díjome lo que había pasado, y queriendo el Bajá tomar un jarabe, díjele que le dejase si no quería morir por ello, hasta que, venidos allí todos los médicos, les probase ser tóxico. Púsele tanto miedo, que los envió a llamar, y yo procuré que se hallasen allí turcos principales de mi parte, y venidos, comencé con muchas sofisticas razones a dar los inconvenientes dello, diciendo que él estaba lleno de viento, y que aquel jarabe era frío y se convertiría todo en puro viento, y el dar de la leche era gran maldad. porque, tomad' el ejemplo acá fuera, cuando poca leche cuece en un caldero se alza de tal modo, que no cabe, y lo mesmo hacía tocado del calor del estómago; y ya yo comenzaba a hablar turquesco sin intérprete; como ellos vieron que el ejemplo era palpable, y que tenía razón, dijéronme: "Habla la lengua que entendemos. ¿Para qué habláis la que no sabéis? ¿Pensáis por ventura que los turcos os entienden?"

MATA.—Porque no lo entendiesen lo hacían; porque dando voces muy altas, y todos contra vos, quien quiera que no entendiera pensara que ellos vencían.

JUAN.—Costumbre y remedio de quien tiene mal pleito.

PEDRO.—Dije a mi amo y a los otros que estaban allí, en turquesco: "Señores, ¿entendéis esto?" Todos respondieron de sí; y cierto milagrosamente me socorría Dios con vocab'os, porque ninguno ignoraba. Satisfízole mucho el ejem-

plo de la leche al Bajá y a los demás que estaban allí, y dijeron que yo tenía razón. Cuando vi la mía sobre el hito pidí de merced me oyesen las satisfacciones que a ciertas cosas que de mí decían quería dar. Hízolo el Bajá de buena voluntad, y comencé por la primera: "Cuanto a lo primero que estos médicos me acusan, que aunque en mi tierra yo sea buen médico acá no es posible ni puedo alcanzar, como ellos, las complexiones, digo que es al revés, que yo soy bueno para acá y ellos para España, porque la medicina que yo sé es de Hipócrates, que fué cien leguas de aquí no más, de una isla que se llama Coo, y de Galeo, que fué troyano, de Pergamo, una cibdad que no es más de treinta o cuarenta leguas de aquí, y de Aecio y Paulo Egineta, no más lejos de Constantinopla que los otros. La que estos señores saben, que es poco o nada, es de Avicena y Averroes, que el uno fué cordobés y el otro de Sevilla, dos cibdades d'España; ansí que la mía es propia para acá, y la suya para allá; y si fuese que Vuestra Excelencia, para vengarme de mis enemigos los españoles, yo los enviaría allá, porque verdaderamente en pocos años mataran más que todo el ejército turco." Y para probar esto tenía allí un cocinero mayor del Bajá, alemán muy gentil, latino y muy leído, y híceselo leer en un rintero de libros que allí tenía a posta yo traídos, y otro de junto a Venecia, que siendo teólogo renegó, también se halló presente.

JUAN.—La satisfacción estuvo muy aguda, como

de quien era, y aunque el Bajá fuera un leño no podía dejar de entenderla y quedar satisfecho. ¿Qué decían los judíos a eso?

PEDRO.—El Bajá, réir, y ellos, callar, y hacerme del ojo que callase; y yo no quería mirar allá por no los ver guiñar. Cuanto a lo que era mozo y no tenía experiencia, aunque era poca la que yo tenía, era mill veces más que la suya, porque con letras y entendimiento y advertir las cosas se sabía la experiencia, que no por los años, que a esa cuenta, las mulas y asnos que andaban en las norias y tahonas sabrían más que ellos, pues eran más viejas, y las comadres y los pescadores viejos; y tras esto una parábola, pues la otra les había contentado: “Si Vuestra Excelencia parte en amanesciendo en una barquilla—que estábamos en la ribera del mar—para ir de aquí allí—señalando un trecho—, y no lleva sino dos remos y desde a dos o tres horas parto yo en un bergantín bien armado con muchos remos, ¿cuál llegará primero?” Respondió: “Tú.” Preguntéle el porqué. Dice: “Porque llevas mejor barco.” Digo: “¿Pues vuestra excelencia no partió primero tres horas?” “No hace—dijo—eso al caso.” Pues tampoco les hace, digo, al caso, a estos judíos haber nascido tantos años antes que yo, porque van caballeros en asnos, que son sus entendimientos, y yo corriendo a caballo en el mío, y con ver yo una vez la cosa la sé, porque estudio, y ellos, aunque la vean mil veces, no. Lo mismo acontece en el camino, que uno le va mill veces y no va advir-

tiendo, y cada vez ha menester guía, y otro no le ha ido más de una y da mejor cuenta que él y le podría guiar; que no hay senda ni atajo que no sabe, ni casa, ni pueblo en medio que no os diga por nombre.

MATA.—No menos bueno es todo eso que lo primero, y es cierto que también concluiría; ejemplos son que cada día veréis acá, que andan unos mediconazos viejos con las chinelas y bonetes de damasco y mangas de terciopelo raso pegadas al sayo, tomando morcillas y todo si les dan, en unos caballazos de a tres varas de pescuezo, y tienen sumidos los buenos letrados y metidos en los rincones, con ir a visitar sin que los llamen, diciendo que por amigo le visitan aquella vez; y cuando saben que el doctor tal le cura, luego con una risa falsa dice que, aunque es mozo, será bonito si vive; y comienza luego a dar tras los mancebos diciendo que son médicos del templecillo y amigos de setás nuevas. Y como tienen canas, pensando que saben lo que dicen, los cree el vulgo. Como la verdad sea que si los mozos son griegos y los otros bárbaros saben más durmiendo que ellos velando, y tienen más experiencia, verdad es que si el viejo tiene tan buenas letras, lo mejor es que las canas con buenas letras y trabajo más saben.

JUAN.—¿Nos acordáis cuando fuimos a Santorcaz a holgarnos con el cura, que topamos una mañana un médico de la misma manera como los habéis pintado y salía de una casa donde le habían dado una morcilla que llevaba en la fratería?



PEDRO.—Se que yo también me hallé ahí cuando le hicimos ir a jugar con nosotros a los bolos; y cuando jugaba, un galgo del cura, como olía la morcilla, siempre se andaba tras él del juego a los bolos y de los bolos al juego, hasta que una vez tomó la bola para sacar siete que le faltaban, y tomó la alda derecha, que, como era tan larga, lestorbaba, y púsola sobre la otra, y como acortó, descubrióse la fratiguera; el perro, como la vió, pensando que aquella era la morcilla, arremete y hace presa en fratiguera y todo, que todos juntos no le podíamos hacer que la dejase, de lo que quedó el más corrido del mundo.

MATA.—Cada vez que se me acuerda, aunque esté solo me da una risa, que no me puedo valer; como dijo después: “Era una pobre que no tenía qué dar, y había matado un lechón, y empresentómela para mi huésped, que está preñada y no puede comer cosa del mundo ni verla.” La tercera satisfacción sepamos.

PEDRO.—Cuanto a lo que decían que era esclavo, y no guardaría fidelidad, yo era cristiano y guardaría mejor mi fe que ellos su ley; desto era el Bajá buen testigo, y en la fe de Cristo tanto pecado era matarle a él como a un príncipe cristiano; y demás desto, los españoles guardamos más fidelidad en ley de hombres de bien que otras naciones; y ya que todo esto no fuese, ¿a quién importaba más su vida que a mí? ¿Dónde hallaría yo otro padre que tanto me regalase ni príncipe que tantas mercedes me hiciese? No

había yo de ser homicida de mí mismo, ni ganaba yo para Dios en ello, nada más de irme al infierno; ni para mi Rey, pues muerto él, que no era más de un hombre, luego le sucedería otro; y desde entonces comenzase a recatarse y traer la barba sobre el hombro, porque lo que se piensa y negocia de día es lo que de noche se sueña, y aquellos judíos debían de urdirle alguna muerte; y no se fiase en que era más poderoso que ellos, que a Cristo, con ser quien era, ellos le mataron, porque muy presto se conforman en lo que han de hacer. Y con esto quedó por mí el campo; mas como habían pasado algunos días que ellos le habían curado y hartado de leche, teníanle cuasi hidrónico, y los remedios que yo le comencé a hacer no pudieron sanarle del todo en dos días, y luego tornaron a estudiar, con el grande odio que me tenían, sobre lo de la leche que yo le había quitado, que por aquello no había ya sanado. Quisiéronme argüir que la de la camella, al menos, fuese buena.

JUAN.—¿Por qué autoridad se guiaban? ¿No les podíais hacer traer allí los autores, que no es posible que hombre del mundo fuera tan necio que escribiera tal contrariedad?

PEDRO.—No me acotaban otro autor, sino todos los libros. Dicen todos los libros esto; dicen todos los libros estotro. Yo desvivíame acotando del Galeno autoridades y llevándolos libros allí y intérpretes turcos que fuesen jueces. Al cabo, concluían con que la del camello era buena.

Como no había en aquellos dos días sanado, y los turcos son amigos de primera información, que se vuelven a cada viento, ni más ni menos que una veleta, acordaron de ponerme perpetuo silencio en que so pena de cien palos en ninguna cosa les contradijese ni hablase con ellos, aunque viese claramente que le mataban, porque él estaba determinado de acudir a la mayor parte de paresceres.

JUAN.—Pues con cuanto os había visto hacer y en él mismo lo del asma, ¿no se persuadía a creer más a vos que a los otros?

PEDRO.—No; porque el diablo en fin los trae engañados. Sé que más cosas vieron hacer los judíos a Cristo, y con todo siempre estuvieron pertinaces y están; y los turcos no ven, si quieren abrir los ojos, el error en que están. Yo determiné de callar y estar a la mira; y ellos comenzaron de curarle unos días y acabar lo que habían comenzado, de hacerle del todo hidrópico. Y ensoberbeciéronse tanto, que determinaron pagarme el majar de la Soltana en la misma moneda; y estábamos en un jardín que se dice "Vegitag", legua y media de Constantinopla, porque era verano, y cada hora me enviaba por unas cosas y por otras; y el pobre Pedro de Urdimalas, algo corrido de las matracas que todos los otros le daban, sin osar hablar, y también buscaban cosas que majar a costa de mis brazos.

MATA.—Al menos cuando os enviaban por esas cosas, ¿no había algo que sisar?

PEDRO.—Más bellacos eran, que tanto que cuando se había de tocar dinero ellos enviaban a uno dellos, que partía la ganancia con todos: hicieron un día, por malos de sus pecados, una recetaza de un pliego, toda de cosas de poca importancia para ayudas y emplastos, muchas redomillas de aceites, manadillas de yerbas secas, taleguillas de simientes y flores secas, y preguntáronles cuánto costarían; dijeron que quince escudos podrían todas valer; mas que era bien que viniese todo junto. Despachábame a mí el “chia-ya”, que es mayordomo mayor, que fuese por ello; dijo el Amon Ugli: “Mejor será que vaya uno destes, que a ese no entenderán, ni lo sabrá escoger; y dénle también dineros, que pague lo que ha traído el cristiano.” Fué tan presto hecho como dicho, y valióles la burla más de diez y siete escudos.

MATA.—¿No podíais descubrir vos esa celada?

PEDRO.—¿Qué tenía de descubrir, que valía más su mentira estonces que mi verdad? Era tarde, y el judío que fué por ello no había de venir hasta otro día; yo, como les dolían poco mis pies, fuí a traer recado para una ayuda y venir presto; y Rustan Bajá entretanto vino a visitar a su hermano, que estaba bien fatigado, y de lástima saltáronsele las lágrimas, y a mi amo, de miedo, pensando que lo hacía por haberle dicho los médicos que se moría. Retrajósele el calor adentro y desmayóse, y estuvo así un rato, hasta que medio tornó en sí. Fuése el Rustan Bajá,

porque no usan hacer visitas más largas de preguntar cómo está y salirse.

MATA.—¿Pues cómo siendo hermanos?

PEDRO.—Porque son tan recatados que pensarían, si mucho hablasen, que urdían traición al Rey. Viérais los judíos huír como no le hallaron pulso, en una barca con todos sus libros, que se estaban ya en el jardín de propósito, y el camino se les hacía bien largo; y topelos, y díjeles dónde iban; dijéronme como mi señor era muerto, y que la ayuda bien la podía derramar. En llegando al jardín vi que todos lloraban; y entré de presto a tomarle el pulso, y halléle sin calentura y como un hombre atrancado que no podía hablar, y apretéle la mano diciendo: “¡Qué ánimo es ese! Vuestra Excelencia no tema, que la mejor señal que hay para que no se morirá es de que los judíos van todos huyendo y le dejan por muerto sin saber la causa del accidente.” Y mandé traer presto dos cucharadas de aguardiente, y híceselas tomar, y díjele que si desta moría me cortasen la cabeza. Estuvo bueno y regocijado aquella noche, que estaba propio para hacer mercedes, y estimó mi consejo en mucho y el ver cuán firmemente tenía yo que no era nada. Sabiendo aquella noche los judíos la mala nueva de que por el presente no quería morirse, helos aquí a la mañana con todo su ajuar, así de libros como de medicinas.

MATA.—¿Y osaron pareacer entre gente? Bien

dicen que quien no tiene vergüenza, todo el mundo es suyo.

PEDRO.—Como si no hubiera pasado cosa por ellos; ¡tan hechizado tenía ya a mi amo con su labia!

MATA.—¿Dónde decían que venían?

PEDRO.—De buscar mill recados que para sanarle traían, y tener acuerdo con los libros que tenían en casa, para mejor le curar.

JUAN.—¿Y creyólos?

PEDRO.—Como de primero.

JUAN.—¿Pues qué diablo de gente es? Mayor pertinacia me parece esa que la de los judíos, pues lo que tantas veces veían creían menos.

PEDRO.—Siempre cuando se quejan dos gana el primero, y en cosa destes pareceres el postrero; y como los bellacos sabían tan bien la lengua, siempre hablaban a la postre; aunque le tuviese de mi parte le mudaban luego. Comienzan de sacar drogas de una talega y mostrar al Bajá, y los manojuelos de poleo y mestranzos y calamentito y otros; así decían: “¿Ve Vuestra Excelencia esto?, viene de Chipre, estotro de Candia, aquello de tal India, estotro de Damasco”; y sin vergüenza ninguna de mí; yo, algo cnojado, dije al Bajá al oído que me hiciese merced de, pues era cosa que le iba la vida, mandase que yo hablase allí y me diesen atención; lo cual hizo de buena gana, porque la noche antes había cobrádome un poco de crédito, y díjeles: “Señores...

MATA.—¿En qué lengua?

PEDRO.—En turquesco, que nunca Dios me faltaba; no por vía de disputa ni de contradecir cosa que haréis, sino para saber: “¿esas yerbas no serían mejores y de más virtud frescas que secas?” Dijo el Amón: “Bien habéis estado atento a lo que hemos dicho. ¿No oístes que ésta viene de docientas leguas y estotra de mill; aquélla de Indias, la otra de Judea? ¿Pensáis que estáis en vuestras Españas, que hay destas?” “Ya lo tengo—digo—, señores, entendido, y no digo sino si las hubiese, por si Dios me lleva en mi tierra, que decís que las hay, sepa alguna cosa de nuevo.” Respondieron todos a una: “No hay que dubdar sino que si se hallasen serían mill veces mejores.” Pregunté al Bajá si había entendido lo que decían, y él dijo que sí; y tornóselo el mesmo a preguntar, y refirmáronse en sus dichos; estonces yo digo: “Pues, señor, mande Vuestra Excelencia poner la caldera en que se han de cocer al fuego, con agua, y si antes que hierva no trajese todas estas yerbas frescas y algunas más, en llegando quiero que se me sea cortada la cabeza; porque vuestra excelencia vea cómo éstos no saben nada más de robar.” Respondió el Amón: “Si vos trajeredes ésta, mostrándome un poco de centabra, yo os daré un sayo de brocado, si no vais a España por ella.” El Bajá, prestamente mandó ser puesto todo por la obra, y voy con mis guardianes y un azadón a una montañuela que estaba del jardín un tiro de ballesta pequeño, donde yo algunas veces cuando curaba a la Soltana había ido por

todas las yerbas y raíces que había menester, y donde sabía claramente que estaban todas, y comienzo de arrancarlas con sus raíces y todo, y tomo un grande haz dellas y otras que ellos no habían traído, y entro cargado con mi azadón y todo en la cámara del Bajá, donde estaba toda la congregación, y arrojé junto a mi amo el haz, bien sudando, y que no me alcanzaba un huelgo a otro, y comencé de tomar un manojuelo de secas y una rama de verdes, y juntabalas, y mostrándoselas a mi amo decía: “¿Soltan buhepbir della? ¿Señor, esto no es todo uno?” A lo cual respondía, como no lo podía negar: “ierchec: es grande verdad”; y tomaba otra y decía lo mesmo; hasta que no había más de las secas, y comencé de mostrar otras que también hacían al propósito, y eché la centabra sobre la cabeza del judío y díjele: “Dadme un sayo de brocado, y toma esta yerba.”

MATA.—El os diera dos por no la ver. ¿Y qué dijo a eso? No faltara allí confusión; maravillóme no alegar el texto del Evangelio: “in Belzebut, príncipe demcniorum ejicit demonia”.

PEDRO.—Antes respondieron lo mejor del mundo, que el diablo que los guía, como yo después les dije, les faltó al tiempo que más era menester. Salió Amón Ugli y dijo: “Señor, yo, en nombre de todos, te juro por el Dios de Abraham y por nuestra ley enviada del cielo, que tienes en casa al que has menester, y que si ese no te cura, nadie del mundo baste a hacello; y como ya sabe



Vuestra Excelencia, nosotros, por la grande subjeción que os tenemos, no osamos salir al campo a buscar si hay estas cosas, porque nos matarían por quitarnos las capas; no pensábamos que tal cosa hubiese, y ansi con las naves que van a esos lugares que dije, enviamos a provernos de todo." Salidos allá fuera en conversación, yo les dije: "Señores, pidos por merced que nos toméis conmigo, que maldita la honra jamás ganéis, porque por virtud del carácter del bautismo sé las lenguas todas que tengo menester para confundiros, y ganaréis conmigo más por bien que por mal."

JUAN.—Razonablemente de contento quedara vuestro amo.

PEDRO.—Como si le dieran otro estado más como el que tenía; y os diré que tanto, que aquel mesmo día hizo testamento muy solemne y la primera manda es dejarme libre si se muriere; y mandóme venir delante dél con mis guardianes y dióme una sotana de muy buen paño, morada, y a ellos sendas otras de un paño razonable y cada cuatro escudos; y díjoles: "Yo os agradezco mucho la buena guarda que deste cristiano me habéis tenido fasta agora; pues Dios le ha hecho libre, de aquí adelante dejadme andar, y vosotros idos a mi torre a guardar los otros cristianos, que éste guardado está; y desde aquel día adelante comencé de gozar alguna libertad y servir con tanta afición y amor, que no me hartaba de correr cuando me mandaban algo, y comedíame tanto, que si veía que el Bajá mandaba alguna cosa a

uno de sus criados, yo procuraba ganar por la mano y hacerla. Vino la privanza a subir tanto de grado y estar todos en casa tan bien conmigo, como ya sabía la lengua, que un día, estando purgado el Bajá algo fatigado, levantóse al servidor, y cierto en aquella tierra ni saben servir ni ser servidos; y como yo vi que ningún regalo hacían a la cama siquiera igualarla, dejó caer mi capa en tierra, y abrazo toda la ropa y quítola de la cama y hago en el aire la cama bien hecha, de lo que quedó el Bajá tan espantado y contento, que mandó que sirviese yo en la cámara, y dende a pocos días proveyó al camarero un cargo y mandóme que yo fuese camarero suyo, lo cual acepté con grande aplauso de toda la casa; y de tal manera, que no se levantara por ninguna vía ni se revolviera si yo no lo hacía. Cada mañana había yo de ir a la cocina y ordenarle la comida; y cuando quería comer era menester que yo sirviese de mastresala, y en ninguna manera se le llevara la comida si yo no iba con una caña de Indias en la mano a decir que la trajesen; y venía delante della y yo por mi mano se lo cortaba y daba de comer, y me comía delante dél los relieves.

MATA.—¿Desa manera bien liberal fuerais en mandar lo que había de comer?

PEDRO.—Más al menos que los judíos.

JUAN.—¿Pues no son liberales en el ordenar la comida?

PEDRO.—Yo os diré: un día que el Bajá se purgaba fueron a la cocina y dijeron al cocinero que

cociese media ave y diese del caldo sin sal media escudilla, y después la sazónase porque había de comerla el Bajá. Yo, como los vi mandar aquello, atestelos de hidesputas, bellacos, y mandé poner cuatro ollas delante de mí y en cada una echasen dos aves. En la una se cociesen sin sal, con garbanzos; en la otra, con raíces de perejil y apio; en la otra, con cebollas y lentejas; la última, con muchas yerbas adobadas, y asasen otras dos también por si quisiese asado. Ellos luego dijeron: “¿Ut quid perditio hec?” Digo: “porque sepáis que nunca curastes hombres de bien; ¿cómo? ¿a un tan gran señor tratáis como se había de tratar uno de vosotros?; cómo se comen estas gallinas después los mozos de cocina.” No dejé de ganar honra con mi amo cuando lo supo.

JUAN.—Con los cocineros creo que no se perdió.

MATA.—¿Pensáis que es mala amistad en casa del señor? No menos la querría yo que la del más principal de casa.

JUAN.—Y de allí adelante, ¿mejoraba o peoraba?

PEDRO.—Oras mejoraba, oras se sentía peor, como la hidropesía estaba ya confirmada.

JUAN.—¿Era sujeto a medicina ¿Tomaba bien lo que le dabais?

PEDRO.—Por lo que pasó con el caldo sin sal de la primera purga que le di lo podréis juzgar; porque le dejé un día ordenado, habiendo tomado las píldoras, que media hora antes de comer tomasen una escudilla de caldo sin sal; pensando

que para cada día se lo mandaba, le duró cuarenta días, que lo tomaba cada día, fasta que, como le sabía tan mal, un día me rogó que si podía darle otra cosa en trueco de aquello lo hiciese, porque estaba ya fastidiado. Venido a saber qué era, contóme cómo cada día tomaba aquel bebrajo. Yo le desengañé con decir que era muy bien que le hubiese tomado, mas que yo no lo había ordenado más de para el día de las píldoras.

JUAN.—En propósito he estado mill veces de preguntar esto del caldo sin sal a qué propósito es, o si se puede excusar, porque a mí y aun a muchos es peor de tomar que la misma purga. Páreceme a mí que cuatro granos de sal poco hacen ni deshacen.

PEDRO.—Es como la necedad común del refrán de la pobreza que no es vileza; que se van los médicos al hilo de la gente sin más escudriñar las cosas a qué fin se hacen. No se me da más que sea con sal que sin sal, ni que sea caldo que agua cocida. El fin para que los que escribieron lo dan es para lavar la garganta y tripas y estómago, y en fin todas las partes por donde ha pasado, porque no quede algún poquillo por allí pegado que después haga alguna mordicación y alborote los humores. Esto también lo hace con sal como sin ella.

MATA.—A mí me cuadra eso; y un médico muy grande, francés, que pasó por aquí una vez, curando a ciertos señores les daba el caldo con sal, y agua con azúcar otras veces.

PEDRO.—Eso mesmo se usa en todo el mundo, sino que muchas cosas se dejan de saber por no les saber buscar el origen; sino porque mi padre lo hizo, yo lo quiero hacer.

MATA.—¿Qué se hizo de los judíos? ¿Nunca más parecieron?

PEDRO.—Yo hice que los despidiesen a todos, sino a dos los principales que estuviesen allí.

MATA.—¿Para qué?

PEDRO.—Eso mesmo me preguntó mi amo un día; que pues no se hacía más de lo que yo mandaba, ¿para qué tenía allí aquellos médicos a gastar con ellos? Díjele: “Señor, esos yo no los tengo para Vuestra Excelencia, sino para mi satisfacción; si Dios quiere llevar de este mundo a Vuestra Excelencia, no digan que yo le maté, y también para que un príncipe tan grande se cure con aquella autoridad que conviene, pues tiene, gracias a Dios, bien con qué lo pagar.

JUAN.—¿Contradecíanos en algo?

PEDRO.—Antes estábamos en grande hermandad, y decían mill bienes de mi en ausencia al Bajá; y cuando le venían a ver, primero hablaban conmigo, preguntándome cómo había estado, y lo que yo les respondía aquello mesmo decían dentro.

JUAN.—No entiendo eso.

PEDRO.—Si yo decía que tenía calentura, ellos también; si que no la tenía, ni más ni menos; ya no me osaban desabrir ellos.

MATA.—¿Y otros?

PEDRO.—Cada día teníamos médicos nuevos en casa, a la fama que tenía de ser liberal.

MATA.—Sé que ya no los creía.

PEDRO.—Como si no hubiera pasado nada por él; pero eran médicos de las cosas de su ley, con palabras y sacrificios, a lo cual ni los judíos ni yo no osábamos ir a la mano, y ninguno venía que no prometiese dentro de tres días darle sano, y a todos creía. Dijéronle los letrados de la ley de Mahoma que los médicos no entendían aquella enfermedad ni la sabrían curar; que era la causa della que algunos que le querían mal habían leído sobre él, que es una superstición que ellos tienen, que si quieren hacer a uno mal leen cierto libro sobre él, y luego le hacen ó que no hable y que no ande, o le ciegan, o semejante cosa; y el remedio para esto era que buscasse grandes lectores y que leyesen contra aquellos, y deste modo sanaría. Costóle la burla más de siete mill ducados.

MATA.—¿De sólo leer? ¿Marabedís diréis?

PEDRO.—No, sino ducados, y aun de peso; porque hizo poner un pabellón muy galán en medio el jardín, que podían caber debajo dél cincuenta hombres, y de día y noche por muchos días venían allí muchos letrados a leer su "Alcoran" y otros libros, y velaban toda la noche, y a la mañana se iban con cada cuatro piezas de oro, y venían otros tantos, de manera que nunca se dejase de leer; tras esto mil hechiceros, unos hincando clavos, otros fijando cartas, otros dándole

en la taza que bebía una carta para que se deshiciera allí,

JUAN.—¿Y todos esos prometían a tres días la salud.

PEDRO.—Todos, y nadie salía con ella; vino una mujer que a mi gusto lo hizo mejor que nadie, y tenía grande fama entrellos, que cada día la primera cosa que veía por la mañana hacía que fuese una cabra negra, y tras esto pasaba tres veces por debajo de la tripa de una borrica, con ciertas palabras y cerimonias, y era la cosa que más contra su voluntad hacía, porque era un hombrazo y con una tripa mayor que un atambor, ya podéis ver la fatiga que rescibiría. Entre estas y estas le daban un letuario lleno descamonea, que le hacía echar las tripas. Dijo que era menester hacer un pan en un horno edificado con sus cerimonias, y probeyóse que en un punto fuesen los maestros con ella y la obreriza necesaria, y que juntamente le llevasen cuatro carneros. Yo fuí a ver lo que pasaba, por el deseo que de la salud de mi amo tenía, y en una parte de la casa, donde era buen lugar para el horno, tomó una espada, y con ciertas palabras, mirando al cielo, la desenvainó y comenzó desgrimir a todas las partes, y puso en cuadro los carneros maniatados donde el horno había destar y dió al cortador el espada para que los degollase con ella, y después de degollados mandólos dar a unas hijas suyas arriba, y sobre la sangre comenzaron a edificar su horno con toda la prisa posible, de suerte que un día y

una noche estaba el mejor horno que podía en Constantinopla haber, y allí echo un bollo con sus ceremonias y llevósele al Bajá, diciendo que comiese aquél con el cual había de ser luego sano, y no dejase para que se cumpliesen los nueve días hacer lo de la cabra y la asna. Ella se fué a su casa, y dejóse a mi amo peor que nunca.

JUAN.—Ella lo hizo muy avisadamente, porque no quería más de tener horno y carnero para cocina, y merecía muy bien ese Bajá todas esas burletas, pues lo creía todo.

PEDRO.—Vino tras esta otro que dijo que veinte y cuatro horas podía tener el mal, y no veinte y cinco, si luego le daban recado; y pidió una mesa allí delante y tras esto cinco ducados soldaninos que llaman, que tienen letras arábigas, y que fuesen nuevos. No fué menester, por la gracia de Dios, irlos a buscar fuera de casa. Cuando los tuvo sobre la mesa dice: “Tráiganme aquí un clavo de un ataúd de judío, y una manzana de palo (que tienen los atautes de los turcos, en que llevan el tocado del muerto), y la tabla de otro ataúd de cristianos.” Todo fué con brevedad traído, y puso la tabla sobre la mesa y los ducados sobre la tabla, y tomó la manzanilla con una mano y el clavo en la otra; y alzados los ojos arriba, no sé que se murmuraba y daba un golpe en el ducado y agujerábale, y tornaba a decir más palabras y daba otro golpe; en fin, los agujeró todos y dijo que aparejasen el almuerzo porque a la mañana no habría más mal en la tripa que si nunca fuera,



con lo que había aquella noche de hacer en las letras de los ducados, y tomó sus ducados en la mano y fuese hasta hoy, aunque lesperaban bien.

MATA.—¡Dios, que merecía ese una corona, porque hizo la cosa mejor hecha que imaginarse puede, porque sepan los bellacos a quién tienen de creer y a quién no!

JUAN.—De allí adelante, al menos, bien escarmentado quedara.

PEDRO.—Maldito; lo más que si ninguna cosa hubiera pasado por él destas; porque otro día siguiente vino otro que le hacía beber cada día media copa de agua de un pozo, y cada día leía sobre el pozo una hora; y mandó al cabo de ocho días que fuesen a buscar si por ventura hallasen algo dentro; y entró un turco y sacó un esportillo, dentro del cual estaba una calavera de cabrón con sus cuernos, y otra de hombre y muchos cabellos, y valióle un vestido al bellaco del hechicero, no considerando que él lo podía haber echado.

JUAN.—¿Pues qué decía qué significaba?

PEDRO.—Que el que lo echó causó el mal, y había de durar hasta que lo sacase; mas no curó de esperar más fiestas. Diéronle dos ducados, con los cuales se fué y sin pelo malo. Tras todo esto viro un médico judío de quien no rezaba la Iglesia, que se llamaba él licenciado, y prometió si se le dejaban ver que le sanaría. El Bajá, por ser cosa de medicina, cuando vino remitiómelo a mí rogándome que si yo viese que era cosa que le podría hacer provecho por envidia no lo de-

jase. Yo se lo prometí, y cuando vino el señor licenciado comenzó de hablar de tal manera que ponía asco a los que lo entendían. Yo le dije: "Señor, ¿en cuántos días le pensáis dar sano?" Dijo que con la ayuda del Dio en tres. Repliqué si por vía de medicina o por otra. El dice que no, sino de medicina; porque aquello era trópico y le habían de sacar, que era como un gato, y otros dos mill disparates; a lo cual yo le dije: "Señor, el grado de licenciado que tenéis ¿hubístele por letras o por herencia?" Dijo tan simplemente: "No, señor, sino mi agüelo estudió en Salamanca y hízose licenciado, y como nos echaron d'España, vínose acá, y mi padre fué médico que estudió en sus libros y llamóse ansi licenciado, y también me lo llamo yo. Digo: "¿Pues a esa cuenta también vuestros hijos después de vos muerto se lo llamarán?" Dice: "Ya, señor, los llaman licenciaditos." No pude estar sin reirme, y el Bajá preguntó que qué cosa era, si cumplía o no. Respondile que no sabía; reprehendiome diciendo que ¿cómo era posible que no lo supiese? Digo: "Señor, si digo a Vuestra Excelencia que no sabe nada, luego me dirán que le destierro cuantos médicos hay que le han de sanar; si le digo que sabe algo, será la mayor mentira del mundo, y hanme mandado que no mienta; por eso es mejor callar." Ayudáronme de mala los protomédicos que allí estaban, y tuvimos que reir unos días del señor licenciado con sus licenciaditos.

JUAN.—De reventar de risa era razón, cuanto más de reir. ¿Y en estos medios hacíaisle algunas medicinas o dejabais hacer a los negrománticos?

PEDRO.—Siempre en el dar de comer asado y bizcochos y tomar muchos jarabes y letuarios apropiados a la enfermedad continuábamos nuestra cura, hasta que quiso Dios que se le hincho la bolsa en tanto grado, que estaba mayor que su cabeza, y comencé a ponerle mill emplastos y unguentos, que adelgazaron el cuero y comenzó de sudar agua clara como del río, en qué manera, si pensáis que le agujeré la cama para que cayese en una bazia lo que destilaba, y hallé pesándolo que cada hora caían tres onzas y media de agua, por manera que si no me fueseis a la mano os diría el agua toda que salió cuánto pesó.

MATA.—Como sea cosa de creer, ¿quién os tiene de contradecir?

PEDRO.—Pues no lo creais si no quisiéredes, mas yo os juro por Dios verdadero que pesó once ocas.

JUAN.—¿Cuánto es cada oca?

PEDRO.—Cuarenta onzas; en fin, cuatro libras medicinales.

MATA.—¿Qué es libra medicinal?

PEDRO.—De doce onzas.

MATA.—¿De manera que son cuarenta y cuatro libras desas?

PEDRO.—Tantas.

MATA.—Porque vos los decís yo lo creo, pero otro me queda dentro.

JUAN.—Yo lo recreo, por el juramento que ha hecho, y sé que no está agora en tiempo de mentir, cuanto más que qué le va a él en que sean diez ni ciento.

MATA.—Ello por vía natural, como dicen, ¿podíase convertir el viento en agua?

PEDRO.—Muy bien.

MATA.—Desa manera yo digo que lo creo, que se engendraba cada día más y más.

PEDRO.—No menos hinchada quedó siendo salida tanta agua que si no saliera nada, porque la parte sutil salió, y quedóse la gruesa, por no haber por dónde saliese; lo cual fué causa de romper toda nuestra amistad, porque viendo yo que se tornaba de color de plomo y dolía terriblemente y se canceraba, fuí de parecer que luego le abriesen, y los protomédicos, que no en ninguna manera; ¡tanto es el miedo que aquellos malaventurados tienen de sangrar y abrir posternas! Yo dije, como era verdad, que si esperaban a la mañana, el fuego no se podría atajar; por tanto, luego mandasen hacer junta de todos los cirujanos y médicos que hallasen, los cuales vinieron luego, y propuesto y visto el caso no había hombre que se atreviese sino sólo aquel mi compañero viejo, de quien arriba he dicho, y lleguéme a la oreja a un cirujano napoletano judío, que había estado en Italia, y se llamaba Rabi Ochana, y díjele: “Si tú quieres ganar honra y

provecho, ven conmigo en mi opinión, que todos estos son bestias, y yo haré que quedés aquí en la cura." El fué tras el interese, y dijo que, estando él con el marqués del Gasto, había curado dos casos ansinas y ninguno había peligrado; no sabía por qué aquellos señores contradecían tanto. Yo hablé el postrero de abtoridad, y digo: "Contra los que dicen que se abra no tengo que argüir, porque me parece tienen gran razón; pero los que dicen que no, ¿cómo lo piensan curar?" Dijo el Amon Ugli: "Con emplastos por de fuera y otros unguentos secretos que yo me sé." Digo: "Pues ¿por qué estos días no los habéis aplicado?" Respondióme: "Porque no han sido menester." Digo: "¿Pues no veis que mañana estará hecho cáncer, y lo que está dentro, que es materia gruesa, si no le hacéis lugar, por dónde ha de salir?" El Bajá, visto el dolor mortal, envió a decir a su hermano Rustan Bajá el consejo de los médicos, y cómo la mayor parte decía de no y qué le parecía que hiciese. La Soltana le envió su eunuco a mandar expresamente que ninguna otra cosa hiciese sino lo que el cristiano español mandase, y lo mesmo el hermano, y a mí me rogaba que mirase por la salud de mi amo, y no consintiese hacerle cosa que a mí no me pareciese ser buena y probada. Despidieron y pagaron los médicos todos, que no quedó sino uno, yerno del Amon, que se llamaba Jozef, y el cirujano Rabi Ocánan; y otro día por la mañana mandéles a los cirujanos se pusiesen

en orden y le abriesen, lo que pusieron por obra, y salió infinita materia; pero porque no se desmayase yo lo hice cerrar, y que no saliese más, por sacarlo en otras tres veces.

JUAN.—¿No era mejor de una, pues era cosa corrompida? ¿Qué mal le tenía de hacer sacarle la materia toda?

PEDRO.—Podíase quedar muerto, porque no menos debilita sacar lo malo que lo bueno.

JUAN.—El por qué.

PEDRO.—No es posible que a vueltas de lo malo no salga grande cantidad de bueno; y como iba saliendo, él sentía grandísima mejoría, y cuanto más iba más; y de aquella vez quedó muy enemigo con todos los médicos que no le querían abrir, diciendo que claramente le querían matar.

MATA.—¿Y vos entendíais algo después de abierto de su mal?

PEDRO.—¿Cómo si entendía?

MATA.—Dígoles porque ya era caso de cirugía y los médicos no la usan.

PEDRO.—No la dejan por eso de saber, antes ellos son los verdaderos cirujanos.

MATA.—Pues acá, en viendo una herida, o llaga, o hinchazón, luego lo remiten al cirujano, y él comienza a recetar muy de gravedad.

PEDRO.—Esa es una gran maldad, y mayor de los que lo consienten; porque ni puede purgar ni sangrar más que un barbero sin licencia del médico, sino que los malos físicos han in-

troducido esa costumbre, como ellos no sabían medicina, de descartarse; y los confesores no los habían de absolver, porque son homicidas mill veces, y pues no escarmientan por el miedo de ofender a Dios, que la justicia los castigase.

MATA.—Pues ¿qué es el oficio del cirujano, limpia y cristianamente usado?

PEDRO.—El mesmo del verdugo.

MATA.—No soy cirujano desa manera.

PEDRO.—Hanse el médico y el cirujano, como el corregidor y el verdugo, que sentencia: a éste den cien azotes, a éste traigan a la vergüenza, al otro corten las orejas; no lo quiere por sus manos él hacer, mándalo al verdugo, que lo ejerce y lo hará mejor que él por nunca lo haber probado; pero ¿claro no está que el verdugo, pues, no ha estudiado, no sabrá qué sentencia se ha de dar a cada uno?

MATA.—Como el cristal.

PEDRO.—Pues así el médico ha de guiar al cirujano: corta este brazo, saja este ctro, muda esta bisma, limpia esta llaga, sangralde porque no corra allí la materia, poned este unguento, engrosa esa mecha, dalde de comer esto y esto, en lo que mucho consiste la cura.

MATA.—Y si ese tal ha estudiado, ¿no lo puede hacer?

PEDRO.—Ese ya será médico y no querrá ser inferior un grado.

MATA.—Pues muchos conozco yo y cuasi todos

que se llaman bachilleres y aun licenciados en cirujía.

PEDRO.—¿Habéis visto nunca graduados en ahorcar y descuartizar?

MATA.—Yo no.

PEDRO.—Pues tampoco en cirujía hay grados.

MATA.—¿Pues en qué Facultad son estos que se lo llaman?

PEDRO.—Yo os diré también eso: ¿nunca habéis visto los que tienen vacadas guardar algunos novillos sin capar, para toros, y después que son de tres años, visto que no valen nada, los capan y los doman para arar, y siempre tienen un resabio de más bravos que los otros bueyes, y tienen algunas puntas de toros que ponen miedo al que los junce?

MATA.—Cada día, y aun capones que les quedan algunas raíces con que cantan como gallos.

PEDRO.—Pues así son éstos, que estudiaban sùmulas y lógica para médicos, y como no valían nada quedáronse bachilleres en artes de “tibi qtoque”; sus padres no los quieren más proveer, porque ven que es coger agua en cesto, y otros aunque los provean, de puros holgazanes, se quedan en medio del camino, y luego compran un estuche, y alto, a emplastar incordios, quedándose con aquel encarar a ser médicos.

JUAN.—Está tan bien dicho, que si me hallase con el Rey le pediría de merced que mandase poner en esto remedio, como en los salteadores porque deben de matar mucha más gente.



MATA.—Y aun robar más bolsas.

PEDRO.—Pues los barberos también tienen sus puntas y collares de cirujanos, paresciéndoles que en hallándose con una lanceta y una navaja, en aquello sólo consiste el ser cirujano. Una cosa os sé decir, que donde yo estoy no consiento nada desto, si lo puedo estorbar.

JUAN.—Sois obligado, sopena de tan mal cristiano como ellos.

PEDRO.—Ansi tenía aquellos cirujanos del Bajá, que ninguna cosa hacían si no la mandaba yo primero. El judío era algo fantástico y quísoseme alzar a mayores porque se vió favorecido; mas yo luego le derribé tan bajo, cuan alto quería subir; en fin, determinó mudar costumbre y hízose medio truhán, que decía algunas gracias.

JUAN.—¿Y era buen oficial?

PEDRO.—Todo era palabras, que yo a falta de hombres buenos le tomé. Siempre el otro lo hacía todo, y éste, por parecer que hacía algo, tenía la candela al curar y estaba tentando y jeometreando porque pensasen que enseñaba al otro viejo; los sábados, comenzando del viernes a la noche, no alumbraba, porque conforme a su ley no podía tener candela en la mano, pero todavía parlaba. Tenía yo un día la candela, y son tan hipócritas, que por ninguna cosa quebrantarán aquello, y hacen otros pecadazos gordos; y fué necesidad que yo fuese a no sé qué y dábale la candela que tuviese entretanto, y él huía

las manos, y yo íbame tras ellas con la llama y quemábale, lo cual movió al Bajá a grandísima risa, y más cuando supo la cerimonia y la hipocresía de guardarla delante dél. Aquel día habían traído un cesto de moscateles empresentado de Candía, porque en Constantinopla, aunque hay grande abundancia de uvas, no hay moscateles y pidió el Bajá que se los mostrasen, y trajeron un plato grande dellos, y tomó unos granos, pidiéndome licencia para ello, y después tomó el plato y hizo merced dellos al judío, que no era poco favor, y diómele a mí que se le diese; cuando se le daba extendió la mano y asió el plato; yo tiré con furia estonces, y no se le dí, y dije: ‘Birmum tut maz emtepsi tutar: ¡hi de puta! ¿no podéis tomar la candela y tomáis el plato, que pesa como el diablo? A fe que no los comáis.’ El Bajá, harto de reír, mandóme, movido a compasión de cómo había quedado corrido que se los diese y muy de veras; al cual respondí que no me lo mandase, que por la cabeza del Gran Turco y por la suya grano no comiese, y sentéme allí delante y comíme todas mis uvas, con gran confusión del judío, que siempre me estaba pidiendo dellas cuando las comía, y de allí adelante vió que no se habían de guardar todas las ceremonias en todo lugar, y tomaba ya los sábados candela, con propósito de hacer penitencia dello.

JUAN.—¿Y vos, guardábais allí ceremonias?

PEDRO.—Cuanto a los diez mandamientos, lo

mejor que podía, porque nadie me lo podía impedir; mas las cosas de "jure positivo" ni las guardaba ni podía; porque si el viernes y cuaresma no comía carne sentándome a la mesa de los turcos, que siempre la comen, yo no tenía otra cosa que comer, y fuera peor, según el grande trabajo que tenía de dormir en suelo, junto a la cama de mi amo, y aun ojalá dormir, que noventa días se me pasaron sin sueño, dejarme morir, cuanto más que se me acordaba de San Pablo, que dice que "si quis infidelis vos vocaverit et vultis ire, quidquid apponet odite, nihil interrogantes propter conscientiam; Domini si quidem est terra et plenitudo eius". No os lo quiero declarar, pues lo entendéis.

MATA.—Yo no.

JUAN.—Dice San Pablo que si algún infiel os convidare y queréis ir, comed de cuanto delante se os pusiere sin preguntar nada por la conciencia, que, como dice David, del Señor es la tierra y cuanto en ella hay. Pero mirad, señor, que se entiende cuando Sant Pablo predicaba a los judíos para convertirlos, y después acá hay muchos Concilios y Estatutos con quien hemos de tener cuenta, que la Iglesia ha hecho.

PEDRO.—Ya lo sé; pero estando yo como estaba y en donde estaba, me parece estar en aquel tiempo de Sant Pablo cuando esto decía, no teniendo qué comer sino lo que el judío o el turco me daban, y mayor pecado fuera dejarme morir. El oír de la misa no lo podía ejecutar, porque

con el oficio que tenía de camarero no era posible salir un punto de la cámara, y otras obras ansi de misericordia, aunque la de enterrar los muertos bien me la habían hecho ejecutar, haciéndome llevar el muerto a cuestras a echar en la cava.

MATA.—¿Pues hay quien diga misas allá?

JUAN.—Eso será para cuando hablemos de Constantinopla; agora sepamos en que paró la cura del Bajá.

#### EL BAJA DA LIBERTAD A PEDRO

PEDRO.—A lo primero respondo, porque Máta-las Callando no quede preñado, que quien tiene libertad oirá misas todas las que quisiere cada día, y todos los oficios, como en Roma, y desto no más, hasta su tiempo v sazón. Quiso Dios que el Bajá sanó de su enfermedad de hidropesía, y de la abertura de la bolsa, y la pascua suya tienen por costumbre dar de vestir a toda su casa y hacer aquel día reseña de todos, que le vienen uno a uno a besar la mano; y como aunque sanó estaba en convalecencia, mandóme que le vistiese como yo quisiese, y púsele todo de tela de plata y brocado blanco y saquéle a una fuente muy rica que tenía en una sala, en donde tardó con grandísima música gran pieza el besar de la mano; y cuando todos hubieron ya con sus ropas nuevas hecho, vino el mayordomo mayor y echóme una

ropa de brocado acuestas porque veais la magnificencia de los turcos en el dar, y el tesorero me dió un pañuelo con cincuenta ducados en oro, y cuando me hingué de rodillas para besar la mano a mi amo, tenía la carta de libertad hecha y sellada, revoltada como una suplicación, y púsmela en la mano y comenzaron de disparar mucha artillería y tocar músicas, y tornando a porfiar para besarle el pie, asíóme por el brazo y abrazóme, y dióme un beso en la frente, diciendo: "Ningunas gracias tienes que me dar desto, si no a Dios que lo ha hecho, que yo no soy parte para nada. Aunque agora te doy la carta, no te doy licencia para que te vayas a tu tierra fasta que yo esté en más fuerzas; ten paciencia hasta aquél tiempo, que yo te prometo por la cabeza del Gran Turco de te enviar de manera que no digas allá en cristianidad que has sido esclavo de Zinan Bajá, sino su médico." Yo le respondí, inclinándome a besarle otra vez el pie y la ropa, que besaba las manos de su excelencia, y no me tuviese por tan cruel que le había de dejar en semejante tiempo hasta que del todo estuviese sano, antes de en cabo del mundo que me hallara tenía de venir para servirle en la convalescencia, donde más necesidad hay del médico.

JUAN.—Estoy tan aficionado a tan humano príncipe, que os tengo envidia el haber sido su esclavo, y no dejaría de consultar letrados para ver si es lícito rogar a Dios por él.

PEDRO.—Después de muerto, tengo yo el es crúpulo, que en vida ya yo rogaba mill veces al día que le alumbrase para salir de su horror.

MATA.—Y la carta ¿qué la hicistes? ¿Traíaisla con vos o confiábaisla de otro?

PEDRO.—El mayordomo mayor, aquel que me dió la ropa de brocado, con temor de que estaba en mi mano y me podría venir cuando quisiese, sin que nadie me lo pudiese estorbar, me la pidió para guardármela fasta que me quisiese venir, y entretanto, para entretenimiento, me dió una póliza por la cual me hacían médico del Gran Turco con un ducado veneciano de paga cada día, de ayuda de costa.

JUAN.—¿Cuánto es el ducado veneciáno?

PEDRO.—Trece reales.

MATA.—No dejara yo mi carta por cient mill ducados venecianos del seno.

PEDRO.—Hartos necios me han dicho esa mesma necedad. ¿Luego pensáis que si yo no viera que el Bajá lo mandaba ansí que no la supiera guardar? No pude hacer menos; que si por malos de mis pecados dijera de no o refunfuneara, luego me lavantaran que rabiaba, y me quería ir, y fuera todo con el diablo, rocín y manzanas.

JUAN.—A usuadas, mejor consejo tomastes vos, quanto más que la honra y provecho de médico del Gran Turco valían poco menos que la libertad. ¿Y qué dió a los judíos?

PEDRO.—Cada cient ducados y sendas ropas de

brocado. ¡Mas los triunfos que cada día hacíamos por Constantinopla me decid! El primer día que fué a Duan, que es a sentarse en el Consejo Real en lugar del Gran Señor, iba en un bergantín dorado por la mar, todo cubierto de terciopelo carmesí, y ninguna persona iba dentro con él sino yo, con mi ropa de brocado; y en otro bergantín iban los gentiles hombres y los médicos judíos, y no había día que no repartiesen dineros para vino a todos, cada tres o cuatro escudos. Fué grandísima confusión para los médicos mis contrarios que al cabo de cuatro meses hubiese salido con la hidropesía curada, y de tal manera pesó al Amon Ugli, que cayó malo y dentro de ocho días fué a ser médico de Belcebut, y los que quedaron grandísima envidia de verme médico del Rey, y con más salario del primer salto que ellos o los más en toda su vida.

MATA.—¿Y sabíaislo representar?

PEDRO.—Era como águila entre pájaros yo entre aquellos médicos; todos me temblaban.

MATA.—¿Pues tan para poco eran que no podían un día mataros o hacerlo hacer?

PEDRO.—No podían lo uno ni lo otro, porque mi cabeza era guardada con las suyas; más subjeta gente es que tanto ni aun alzar los ojos a mirarme no osaran, porque no tenían mayor enemigo en el mundo que a mi amo; a ellos y a sus casas y linajes pusiera fuego.

MATA.—Qué, ¿no faltara un bocadillo para que nadie lo supiera?

PEDRO.—Bobo es el mozo que tomara colación ni cosa de comer en sus casas. Convidábanme hartas veces, pero yo siempre les decía que ya sabían que mi fe lo tenía vedado, por tanto no me lo mandasen.

MATA.—Y al cirujano viejo aquel cristiano, ¿no le dieron nada o no sirvió?

PEDRO.—También, que todo lo que de cirujía se hizo se había de agradecer a él, que el judío no estaba más de para lo que os dije. Le dieron su carta de libertad, y la depositó en la misma parte diciendo que nos habíamos de venir juntos. No penséis que no se tornó otra vez de nuevo a perder la amistad de los judíos, que le vino una herisipela que se paró como fuego, y yo, aunque estaba flaco, fuí de parecer de sangrarle en lo cual fuí contradicho de todos los médicos que no menor copia había mandado venir que al tiempo del abrir, los cuales decían que un hombre que había pasado lo que él y estaba tan flaco, juntamente con la sangre echaría el ánima. No me aprovechando dar voces diciendo que se encendía en fuego de la gran calentura y mirasen tenía tanta sangre que le venía al cuero, y que por estar flaco no lo dejasen, que cuanto más gordo es el animal tiene menos sangre, como claramente vemos en el puerco, que tiene menos que un carnero, entréme dentro en la recámara y díjele el consejo de todos los médicos, y como ni por pensamiento le consentían sangrar; que de la sangre ajena eran tan avarientos, ¿qué hicie-



ran de la suya propia? Díjome: “¿Pues qué te parece a ti?” Entonces toméle a solas por la mano, y apretándosela como de amistad digo: “Señor, por Cristo, en quien creo y adoro, que lo que alcanzo es que si no te sangras te muere sin aprovecharte nada tan gran peligro como has huído de la hidropesía, y soy de parecer que entre tanto que ellos acaban de consultar el cómo te han de matar, entre el cirujano cristiano y cerremos la puerta y saquemos una escudilla de sangre.” El lo aceptó, extendiendo el brazo y diciendo: “Más quiero que tú me mates que no ser sano por sus manos; pero ¿qué diremos, que querrán entrar al mejor tiempo?” Digo: “Señor, para eso buen remedio; decir que estás en el servidor.” Y quedamos a puerta cerrada un gentil hombre que se llamaba Perbis Aga, tesorero suyo y el más privado de toda la casa, que me tenía tanta y tan estrecha amistad como si fuéramos hermanos, y el que jamás se apartó de la cama del Bajá en toda su enfermedad, y el barbero y yo y un paje. A puerta cerrada le saqué cerca de una libra de sangre, la más pestilencial que mis ojos vieron, verde y cenicienta, y abrimos la puerta que entrasen los que quisiesen, escondida la sangre, y allí estuvieron en conversación una hora, en la cual el Bajá sintió notable mejoría, y muy contento les preguntó el inconveniente de la sangría, certificándoles estar casi bueno con haber hecho dos cámaras. Ellos respondieron que no había otro sino que no podía es

capar si lo hiciera. No pudo sufrirlo en paciencia y airadamente, mostrándoles la sangre, les mandó que se le quitasen delante, llamándolos de homicidas, y que sin más le iban a ver, aunque los llamase, a todos los mandaría ahorcar. Fueronse, bajas sus cabezas, a quejar al hermano y a la Soltana, y desculpase que si se muriese no les echasen culpa ninguna. El hermano le envió a visitar y reprehender porque hubiese así refutado su consejo; y él le envió la sangre que la viese, la cual vió también la Soltana, y andaba entre señores mostrándose como cosa monstruosa; y a la tarde yo le saqué otra tanta, con que quedó sano del todo.

MATA.—¿Qué os decían después los judíos?

PEDRO.—Que no se maravillaban de que hubiese sanado, pero la temeridad mía los abobaba. Un hombre que había salido con tantas cosas y con victoria y estaba ya libre, y si moría su amo con el parecer de todos quedaba más libre y con mucha honra, atreverse a perder todo lo ganado en un punto, ya que si moría en sus manos la mayor merced que le hicieran fuera atenzarle; lo mesmo me dijo un día el Rustan Bajá, al cual respondí: “Señor, cuando yo voy camino derecho a sólo Dios temo, y a otro no; mas cuando voy torciendo, una gallina pienso que me tiene de degollar, aunque esté atada.” Y a los judíos dije también: “Sabed que la mejor cosa de la fortuna es seguir la victoria.”

MATA.—Al menos, hartas cosas había visto, por

donde, aunque le pesase, ese vuestro amo os había de creer más que nadie.

PEDRO.—Eso fuera si estuviera bien con Dios; pero como le traía el diablo engañado, hábale de dejar hasta dar con él en el infierno; dos meses más le dió de vida.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Andaba en el mes de diciembre, al principio, con una caña en las manos, como si no tuviera ni hubiera tenido mal, y al cabo que había caminado una legua se me quejaba que le dolían un poco las piernas y que le curase. Yo lo echaba por alto, diciéndole: “¡Señor, un hombre que seis meses ha pasado lo que Vuestra Excelencia se espanta deso! Las piernas aún están algo débiles y no pueden sustentarse como de primero tan grande carga como el cuerpo, sin hacer sentimiento, hasta que tornen del todo en su ser. Guárdese Vuestra Excelencia del diablo y no haga medicina ninguna, que le matará.” Vino a él un judío boticario que se hacía médico y todo, el más malaventurado que había en Judea y más pobre, que se llamaba Elías, y como sabía que pagaba bien, díjole en secreto: “Yo, señor, he sabido que Vuestra Excelencia ha estado mucho tiempo ha malo, y mi oficio es solamente de un secreto de hacer a los flacos que por más que anden no se cansen. Podrete servir en ello, pero ha de ser con condición que este cristiano español no sepa nada, porque luego hará burla y dirá que no sé nada, y no quiero que deprenda por mill ducados mi secreto.” El Bajá,

que estábamos de camino para Persia al campo del Gran Turco, túvolo en mucho, y no sólo le prometió que yo no lo sabría, mas juróle todos los juramentos que en la ley de Mahoma más estrechamente ligan, y luego comenzó de esconderse de mí y tomar ciertos bocados que aquél le daba, llenos de escamonea, que le hacía echar las tripas; purgóle once días mañana y noche, que al menos le hizo hacer ciento y ochenta cámaras, y da con él en tierra.

MATA.—¿Pues él no se sentía peor?

PEDRO.—Sí; pero el otro le hacía creer que aquello que salía era de las piernas, y que no debilitaba nada, y que él ponía su cabeza que se la cortasen si no saliese con la cura. Ya que se vió muy decaído, acordó de mandarme dar parte de todo lo pasado, y cuando lo supe, que aquellos días yo me andaba paseando por la cibdad como no le hacía ninguna medicina, halléle cuasi muerto, debilitado y con una calenturilla, y reñíle mucho el error pasado. Y como vino allí el judío, quísele matar, y los privados del Bajá, entre los cuales era el mayordomo mayor y el tesorero, que debían estar concertados con él que le despachase, no me dejaron que le hablase mal ni le reprehendiese cosa de cuantas hacía. Yo vime perdido, y estando la sala llena de caballeros y dos Bajás amigos suyos, que le habían venido a ver, como quien toma por testimonio le protesté y requerí que no hiciese más cosa que aquel le mandase, porque si lo hacía no llegaría a nuestra pascua, que era de allí a

veinte días, y me maravillaba de una cabeza como la suya, que gobernaba el imperio todo por mar y por tierra, igualarla con la de un judío el más infame de su ley. Si quería por vía de medicina judíos, había honrados y buenos médicos; llámase los y curase con ellos, y no les diese aquella higa a todos los médicos. “Gran venganza—digo—será que después de muerto corten la cabeza del judío. Pregunto: ¿Que gana Vuestra Excelencia por eso?” A todos les pareció bien, y de allí adelante cada día a cuantos me preguntaban cómo estaba mi amo les respondía: “Muérese.” El judío no dejó de perseverar su cura, con decir que ya él había dicho que yo le había de contradecir; mas por veces que diese no deprendería el secreto y que tomase lo que le daba y callase. No dejó de mejorar un poco, porque cesó de darle purgas, y reíase mucho de que yo le dijese cuando le tomaba el pulso que se moría. Como no sanaba dentro del plazo constituido, díjole: “Señor, yo hallo por mis escrituras que contra el mandado y voluntad de Dios no se puede ir; hágo te saber que si no vendes una nave que tienes, por la cual te ha venido el mal, que ningún remedio hay.” Manda luego sin ninguna dilación se diese por cualquier precio, porque él se acordaba que del día que aquella nave se cayó en la mar tenía todo su mal.

JUAN.—¿Qué nave? ¿Qué tenía que hacer el mal con la nao?

PEDRO.—Tenía una muy hermosa nao, la cual un día, dentro el puerto, dándole careña, que es

cierto baño de pez que le dan por debajo, cargáronla sobre unas pipas, y por no la saber poner se hundió toda en la mar; a sacarla concurrió infinita gente, que casi no quedó esclavo en Constantinopla. Con muchos ingenios, en ocho días, a costa de los brazos de los cristianos, sin lesión ninguna la sacaron. Decía agora aquel judío que la nave causaba el mal. Hízosela vender en cinco mil ducados, valiendo ocho mil, con el agónia de sanar.

JUAN.—¿Y no había otra causa más para echar la culpa a la nave? ¿Qué decíais vos a eso?

PEDRO.—Cuando yo lo vi, concedí con el judío que desde entonces tenía el mal, y el caerse la nave había sido la causa de la enfermedad; mas que ni el judío ni él no sabían el por qué como yo, y si me perdonaba yo lo diría. Díome luego licencia y aseguróme; dije: “¿Vuestra Excelencia tiene memoria que aquel día crucificó un cristiano y le tuvo delante de los otros más de cuatro horas crucificado? Pues Dios está enojado deso.”

JUAN.—¿Crucificar cristiano?

PEDRO.—Sí en verdad.

JUAN.—¿En cruz?

PEDRO.—En cruz.

JUAN.—¿Vivo?

PEDRO.—Vivo.

JUAN.—¿Y así aspado?

PEDRO.—Ni más ni menos que a Cristo.

JUAN.—¿Pues cómo o por qué? ¿Vos visteis tan gran crueldad?

PEDRO.—Con estos ojos. Hay dós o tres galeras en Constantinopla que llaman de la piedra.

MATA.—¿Son hechas de argamasa?

PEDRO.—No, sino como las otras; mas porque sirven de traer de contino, invierno y verano, piedra para las obras del Gran Turco, las llaman de la piedra. En respecto de la de éstas, es paraíso estar en las otras; traen sin árboles ni velas, salvo una pequeñita que está en la proa, que se dice trinquete, y los que han hecho de los turcos tan graves delitos que merecen mill muertes, por darles más pena los hechan allí, donde cada día han de cargar e ante! y descargar, como si también cuando faltan malhechores meten cristianos cautivos.

JUAN.—¿Por qué no tiene árbol ni velas?

PEDRO.—Porque como es tan infernal la vida, los que aran dentro se irían con la mesma galera, que aun sin velas se huyó tres veces estando yo allí, entre las cuales fué ésta cuando un garzoncito destes cóncertó con todos los que con él remaban que matasen los guardianes y se huyesen; vinieron a ejecutar su pensamiento, y levantáronse contra los que estaban dentro y rindiéronseles, matando alguno, e huyéronse. Aquel húngaro, no contento cón esto, ya que estaban rendidos, estaba mal con el arraez, porque le azotaba mucho, y cuando se vió suelto arremete a él y dale de puñaladas, y ábrele el pecho y sacó el corazón, el cual se comió a bocados, y otro compañero suyo tomó al canite y a un hijo del arraez y hizo otro

tanto. No fué Dios servido de darles buen viaje. Volvió el viento contrario, y dieron al través cincuenta leguas de Constantinopla, y fueron descubiertos de la gente de la tierra y presos todos y llevados a Constantinopla cuando esta nave se sacaba. Cuando se huyen cristianos, los turcos a los capitanes que los emponen en que se huyan, castigan, que a los demás no los hacen mal, sino dicen que los otros los engañaron y lo han de pagar. Como la bellaquería que aquel húngaro y su compañero habían usado era tan grande, Zinan Bajá, comó virrey, mandó que aquel día, que todos los cautivos estaban sacando, junto en la nave fuesen crucificados, vivo el que mató al capitán, y el otro empalado después de cortados brazos y orejas y narices; éste luego murió, mas el que estaba en la cruz bien alta, entre una nave y otra, estuvo con gran calor medio día, hasta que yo con mi privanza fuí a besar el pie del Bajá, que muchos habían ido y no habían alcanzado nada; hízome la merced de que yo le hiciese cortar la cabeza, con la cual nueva fuí tan contento como si le hiciera la merced de la vida.

JUAN.—Grande lástima es esa. En mi vida oí decir que fuesen tan crueles; por mayor merced tengo aquella que el alcanzar la vida. ¿Murió cristiano?

PEDRO.—Yó no entendí su lengua; pero a lo que dijeron todos los que le oían y entendían, como un martil.

JUAN.—Bienaventurado él, que no sé qué más



martirio del uno y del otro. ¿Y los cristianos qué decían?

PEDRO.—Ayudarle con un pésame. ¿Qué queréis que hiciesen? Lástimas hartas; y los mercaderes venecianos y griegos todos estaban mirándole y animándole.

MATA.—Y al Bajá, ¿pesóle lo que le dijisteis? Porque yo por fe tengo que esa fué la causa.

JUAN.—¿No os parece que era bien suficiente?

### MUERE ZINAN BAJA

PEDRO.—Echólo en risa y díjome: “Mucho caso hace Dios de vuestro Cristo en el cielo con toda su mejoría y vender de nao.” El día de Santo Tomé, pidióme, estando sentado, un espejo y un peine, y preguntóme, estándose mirando, cuándo era nuestra pascua. Yo le respondí que de allí a cuatro días. Díjome: “Gentil pronóstico has echado si no he de vivir más de hasta allá.” Con mucha risa yo le dije: “Vuestra Excelencia, que no hay cosa en el mundo que yo más deseo que mentir en tal caso; pero como yo veía el camino que este malaventurado de judío trae, procuraba apartar a Vuestra Excelencia de que no muriese a sus manos.” Díjome: “Pues si es hora de comer, tráeme la comida y vaya el diablo para ruin, que yo no he tenido mejor apetito muchos meses ha.” Tomé mi caña de Indias, como tenía de costumbre, y fuí a la cocina y mandé que llevasen la comida; yendo yo delante de los que la llevaban, vi

un negro que a grande priesa bajaba la escalera, diciendo: "Yulco, yulco; agua, agua rosada." Salté arriba por ver quién estaba desmayado, y hallé al pobre Zinan Bajá con el espejo en la una mano y el peine en la otra, muerto ya y frío; y por sí o por no, y de miedo que algún turco no me diese algo que no me supiese bien, pues parecen mal los médicos en las cámaras de los muertos, retrájeme a mi aposento, que era bajo del de el Bajá, y cerreme por dentro.

MATA.—Yo me huyera.

PEDRO.—Gentil consejo; agora os digo que habéis borrado cuanto bueno toda esta noche habéis hablado. ¿Paresceos que era bueno, donde no tenía culpa, hacerme homicida, y donde era libre tornar a ser cautivo? Antes gané la mayor honra que en todas las curas ni de Soltana ni príncipe ningunó; porque con la protesta que le hice y el pronóstico, todos quedaron señalándome con el dedo, diciendo el "vere filius Dei erat iste." Si a éste creyera, nunca muriera. Desde mi cámara vi toda la solemnidad y pompa del enterramiento, y llantos, y lutos, lo cual, si queréis, os diré agora; sino remitirlo he para su lugar.

MATA.—¿Qué más a propósito lo podéis decir en ninguna parte que aquí?

JUAN.—Dicho se estará.

PEDRO.—Pues presuponed que en su casa tenía muchos gentiles hombres y criados que se pusieron luto y le lloraban por orden y compases, diciendo uno la voz y respondiendo todos llorando.

El luto es sobre la toca blanca que traen, que llaman turbante; se ponen la cinta que traen ciñida de manera que el tocado se cubra y parezca o' todo no blanco, sino entreberado, o negro o de otro color, como es la cinta. No hay más luto' deste ni dura sino tres días; y con éste llevan los vestidos que quieren, que aunque sea brocado, es luto. La voz del llanto decía: "¡Hei, Zinan Baxá!" "¡Hei!", respondían todos. "¡Hei, hei bizum afendi!" "¡Hei, hei!", respondían siempre. "¡Hei denis beglerbai; hei, hei, Stambol bezir! ¡Hei, hei andabulur birguile captan anda!" A esto todos: "¡Vhai, vai, vai!" Quiere decir: "¡Ay! Zinan Baxá, ¡ay! nuestro patrón y señor, almirante de la mar, gobernador del imperio, ¿dónde se hallará un capitán como éste? ¡Guay, guay, guay!" Yo, cerradas mis ventanas, en mi cámara me eché de hocicos sobre una arca, y apretaba los ojos fuerte, y tenía muy a mano un jarro de agua, con que los mojaba, y el pañizuelo también, para si alguno entrase que no pareciese que no le lloraba; y a la verdad, entre mí holgábame porque Dios le había matado sin que yo tuviese en qué entender con él; y como en la muerte del asno no pierden todos, quedaría libre, y me podría venir; lo cual si viviera siempre tenía temor que por más cartas de libertad que me diera nunca alcanzara licencia.

MATA.—No me parece que dejó de ser crueldad no os pesar de veras y aun llorar, que en fin, aunque era pagano, os había hecho obras de padre a hijo.

PEDRO.—Yo a el de Spiritu Sancto; bien parece que nunca salistes de los tizones y de comer bodigos, que de otra manera veríais cuánto pesa la libertad y cómo puesta en una balanza y todas las cosas que hay en el mundo, sacada la salud, pesa más que todas juntas. No digo yo Zinan Bajá, pero todo el mundo no se me diera nada que se muriera por quedar yo libre. No dejé, con todo esto, de meter bastimento para si no pudiese salir aquellos dos días, de una calabaza de vino que siempre tenía, y queso y pan, pasas y almendras. Luego le pusieron sobre una tabla de mesa y con mucha agua caliente y jabón le lavaron muy bien todo.

MATA.—¿Para qué?

PEDRO.—Es costumbre suya hacer así a todos los turcos. Y metiéronle en un ataut de ciprés, y tomáronle entre cuatro Bajás, con toda la pompa que acá harían al Papa, que no creo que era menor señor, y lleváronle a una mezquita que su hermano tenía hecha, que se llama Escutar, una legua de Constantinopla, y para la vuelta había muchos sacrificios de carneros, y mucho arroz y carne guisado, para dar por amor de Dios a cuantos lo quisiesen. Otro día que le habían enterrado yo salí a la cocina, a requerir si había qué comer, muy del hipócrita, puesto el pañuzelo en los ojos, mojado, con lo cual moví a grandísima lástima a todos cuantos me vieron, y decíanse unos a otros: “¡Oh, cuitado, mezquino deste cristiano, que ha perdido a su padre!” En la cocina me dieron un

capón asado. Envolvíle en una torta, sin quererle comer allí, por fingir más soledad y dolor, y fuíme a la cámara, harto regocijado dentro. Como informaron al mayordomo mayor y al tesorero de mi gran dolor y tristeza, fuerón, que no fué poco favor, con otros diez o doce gentiles hombres a visitarme a mi cámara, y por hacerme más fiesta quisieron que allí se hiciese un llanto como el otro y llevase yo la voz, por el ánima del Bajá. Fuí forzado a hacerlo, y con llorar todos como una fuente, yo digo mi culpa, no me pudieron hacer saltar lágrima; digo de veras, que del cántaró harto más que ellos. No veía la hora que se fuesen con Dios; ¡tanto era el miedo que tenía de reirme!

MATA.—¿Qué se hizo de la hacienda? ¿Tenía hijos?

PEDRO.—Quedó la Soltana por testamentaria o albacea, y lleváronle allá todo cuanto había, que no fueron pocas cargas de oro y plata. Estad ciertos que eran en dinero más de un millón y en joyas y muebles, más de otro; dejó dos hijas y un hijo; y después que yo vine he sabido que el hijo y la una hija son muertos; en fin, todo le verná al Gran Turco poco a poco; día de los Reyes fué el primero que sacaron a vender por las calles en alta voz los esclavos, nó menos contentos que yo; porque dice el italiano: "Chi cangia patron, cangia ventura: Quien trueca amo, trueca ventura." Como era tan grande señor y tan poderoso, no se le daba nada por rescatar cristianos; antes lo te-

nía a pundonor, y ansí muchos, aunque tenían cen-sigo el dinero, estaban desesperados de ver que estuviesen en manos de quien no tuviese necesidad de dineros. Comenzaron a sacar a todos mis compañeros, y aunque eran caballeros andaban tan baratos, por no tener oficios, los rescates dudosos y la pestilencia cada día en casa, que nadie se atrevía a pasar de docientos ducados por cada uno, entre los cuales muchos habían rogado con seiscientos a Zinan Bajá y podían dar mil. Yo quisiera aquel día más tener dineros que en toda mi vida, porque los daban a luego pagar como si no fueran nada, y como no tenía, andaba estorbando a todos los que veía que tenían gana dellos y se alargaban en la moneda, diciendo cómo amigo que mirase a lo que hacía, que yo le conocía d'España y que aunque decía que era caballero, lo hacía porque no le hiciesen trabajar tanto como a los otros; mas en lo cierto era un pobre soldado que no tenía sino deudas hartas acá, y por eso se había ido a la guerra. Siendo cosa de interese, todos tomaban sospecha ser verdad lo que yo les decía, y nadie los quería comprar.

MATA.—Pues ellos, ¿qué ganaban en eso? ¿No fuera mejor que los comprara algún hombre de bien que los tratara como caballero?

JUAN.—¿No veis que acaba de decir que vale más ser de un particular que de un señor?

PEDRO.—Y aun de un pobre que de un rico; porque como el pobre tiene todo su caudal allí empleado, dales bien de comer y regálalos, y es com-

pañero con ellos, porque no se les mueran, y lo mejor de todo es que por poca ganancia que sienta los da por haber y asegurar su dinero; lo cual el rico no hace, porque ni les habla ni les da de comer, pudiendo mejor sufrir él que los pobres la pérdida de que se mueran. Al que yo conocía, que era pobre y hombre de bien, le decía: "Compra a éste y a éste y no te extiendas a dar más de fasta tanto, que yo los fío que te darán cada uno de ganancia una juba de grana que valga quince escudos"; y así hice a uno que comprase tres Comendadores de Sant Juan por docientos ducados, y él tenía un hermano cautivo en Malta, y de ganancia; cuando le diesen los docientos ducados, le habían de dar al hermano; y dentro de tres meses se vinieron a su religión bien baratos; a otros dos hice que comprase otro por ciento veinte ducados, los cuales sobre mi palabra dejaba andar sin cadenas por la cibdad.

MATA.—¿Tanto fiaban de vos?

PEDRO.—Aunque fueran mill y diez mill; no lo hayáis a burla, que uno de los principales y que más amigos tenía allá era yo.

MATA.—¿Cómo aquistastes tantos?

PEDRO.—Con procurar siempre hacer bien y no catar a quién. Todos los oficiales y gentiles hombres de casa de Zinan Bajá pusieran mill veces la vida por mí, tanto es lo que me querían; y el mayor remedio que hallo para tener amigos es de más no murmurar de hombre, ni robarle la fama, antes loarle y moderadamente ir a la mano a

quien dice mal dél; no ser parlero con el señor es gran parte para la amistad en la casa que estáis. ¿Sabéis las parlerías que yo a mi amo decía? Que no hubo hombre de bien en la casa a quien no hiciese subir el salario que en muchos años no había podido alcanzar y le pusiese en privanza con el Bajá. Tenía esta orden: Que cuando estaba sólo con él, siempre daba tras el oficio de que más venía al propósito; unas veces le decía: "Muchas cosas, señor, he visto de reyes y príncipes, mas tan bien ordenada como ésta ninguna, por la grande solicitud que el mayordomo mayor trae, del cual todo el mundo dice mill bienes"; y sobre esto discantaba lo que me parecía. Otras veces del tesorero: "Señor, yo soy testigo que en tantos días de vuestra enfermedad no se desnudó ni hubo quien mejor velase." Del cocinero otras veces: "Yo me estoy maravillado de la liberalidad y gana de servir dél, y del gusto y destreza; que tengo para mí que en el mundo hay Rey que mejor cocinero mayor tenga; cuando de noche voy a la cocina para dar algún calcio a Vuestra Excelencia, le hallo sobre la mesacilla, la cabeza por almohada, no se fiando de hombre nascido, vestido y calzado." Hasta los mozos de despensa y de cocina procuraba darle a conocer y que les hiciese mercedes. Luego veía otro día al uno con una ropa de brocado, al otro con una de martas y con más salario, o mudado de oficio, venirme a abrazar, porque algunos pajes que se hallaban delante les decía: "Esto y esto ha



pasado el cristiano con el Bajá de vos." Si entraba en el horno, despensa o cocina, todos me besaban la ropa; pues aunque yo tuviera cada día cient convidados, no les faltara todo lo que en la mesa del Bajá podían tener. Tened por entendido que si dijera mal dellos, ni más ni menos lo supieran, que las paredes han oído, y fuera tan malquisto como era de bien, de más del grandísimo de servicio que a Dios en ello se hace. Son gente muy encogida, y aunque se mueran de pura hambre no hablarán en toda su vida al amo, ni unos por otros; y por hablar yo ansí tan liberalmente con él me quería tanto. El número de los arraces no es cierto, que pueden hacer los que el Bajá de la mar quiere; yo pedía, como supiese que cabía en él, para muchos la merced y la alcanzaba y no les quería llevar blanca, aunque me acometían a dar siempre dineros. Veis aquí, hermanos, el modo de aquistar amigos donde quiera, que en dos palabras, es ser bien criado y liberal y no hacer mal a nadie, porque donde hay avaricia o interese, maldita la cosa hay buena.

MATA.—¿No os aprovechastes de nada en esos tiempos?

PEDRO.—Sí, y mucho; deprendí muy bien la lengua griega, turquesca y italiana, por las cuales supe muchas cosas que antes ignoraba, y vine por ellas a ser el cristiano más privado que después que hay infieles jamás entre ellos hubo.

MATA.—¿No digo yo sino de algunos dineros para rescataros?

PEDRO.—¿Qué más dineros ni riqueza quiero yo que saber? Estas me rescataron, éstas me hicieron privar tanto que fuí intérprete dellas con Zinan Bajá, de todos los negocios de importancia dellas, y aun con todo se están en pie, y los dineros fueran gastados; cuanto más que, si yo más allá estuviera, no faltara, o si mi amo viviera.

JUAN.—Volviendo a nuestra almoneda, ¿todos se vendieron?

PEDRO.—No quedaron sino obra de ciento para hacer una mezquita en su enterramiento, y acabada también los venderán.

JUAN.—Pues de las limosnas d'España que hay para redención de cautivos, ¿no podían hacer con qué rescatar en buen precio hartos?

PEDRO.—¿Qué redención? ¿Qué cautivos? ¿Qué limosnas? Córtenme la cabeza si nunca en Turquía entró real de limosna.

MATA.—¿Cómo no, que no hay día que no se pide y se allega harto?

PEDRO.—¿No sabéis que no puede pasar por los puertos oro, ni moro, ni caballo? Pues como no pase los puertos, no puede llegar allá.

MATA.—Mas no sea como lo de los hospitales.. no digo nada.

PEDRO.—Tú dijiste. Yo lo he procurado de saber por acá y todos me dicen que por estar cerca d'España Berbería van allá, y de allí los traen; bien lo creo que algunos, pero son tan pocos, que no hay perlado que si quisiese no traería cada año más, quedándole el brazo sano, que en

treinta años las limosnas de los señores de salva. No hay para qué decir, pues no lo han de hacer como los otros: sola la medicina dicen que ha menester experiencia; no hay Facultad que, juntamente con las letras, no la tenga necesidad, y más la Teología. Pluguiese a Dios, por quien él es, que muchos de los teólogos que andan en los púlpitos y escuelas midiendo a palmos y a jemes la potencia de Dios, si es finita o infinita, si de poder absoluto puede hacer esto, si es "ab eterno"; antes que hiciese los cielos y la tierra donde estaba, si los ángeles superiores ven a los inferiores y otras cosas así, supiesen por experiencia medir los palmos que tiene de largo el remo de la galera turquesca y contar los eslabones que tenía la cadena con que le tenían amarrado, y los azotes que en tal golfo le habían dado, y los días que había que no se hartaba de pan cocido, sin cerner, un año había, lleno de gusanos, y las arrobas de peso que le habían hecho llevar acuestas el día que se quebró, y los puñados de piojos que iba echando a la mar un día que no remaba; ¡pues qué, si viesen las ánimas que cada día reniegan mujeres y niños y aun hombres de barba! Pasan de treinta mill ánimas, sin mentir, las que en el poco tiempo que yo allí estuve, entraron dentro en Constantinopla: de la isla de Llipar, 9.000; de la del Gozo, 6.000; de Tripol, 2.000; de la Pantanalea y la Alicata, cuando la presa de Bonifacio, 3.000; de Bestia, en Apulla, 6.000; en las siete galeras, cuando yo fuí preso, 3.000. No

quiero decir nada de lo que en Hungría pasa, que bien podéis creer que lo que he dicho no es el diezmo dellos, pues pluguiese a Dios que siquiera el diezmo quedase sin renegar. Lo que por mí pasó os diré: enviaron de Malta una comisión que se buscasen para rescatar todas las ánimas que en el Gozo se habían tomado, y como yo lo podía hacer, diéronme a mí el cargo; anduve echando los bofes por Constantinopla y no pude hallar, de seis mill que tenía por minuta, sino obra de ciento y cincuenta viejos y viejas.

MATA.—¿Pues qué se habían hecho?

PEDRO.—Todos turcos, y muertos muchos, y estos que quedaron, por no se lo rogar creo que lo dejaron de hacer. Juzgad así de los demás. ¿Qué más queréis que se hablan las lenguas de la Iglesia romana, como italiano, alemán y húngaro, y español, tan común como acá y de tal modo que no saben otra? ¿Parésceos que, vistas las orejas al lobo, como ensanchan sus conciencias ensancharían las limosnas y las cuestiones, si es lícito el sacerdote tomar armas, y serían de parecer que no quedase clérigo ni fraire que, puestas sus aldas en cinta, no fuese a defender la sancta fe católica como lo tiene prometido en el bautismo? A vos, como a teólogo, os pregunto: si una fuerza como la de Bonifacio, o Tripol, o Rodas, o Buda, o Belgrado la defendieran clérigos y fraires con sus picas y arcabuces, ¿fuéranse al infierno?

JUAN.—Para mí tengo que no, si con sólo el celo de servir a Dios lo hacen.

MATA.—Para mí tengo yo otra cosa.

PEDRO.—¿Qué?

MATA.—Que es eso hablar “ad efeseos” que ni se ha de hacer nada deso, ni habéis de ser oídos, porque no hay hombre en toda esta corte de tomo, letrado ni no letrado, que no piense que sin haber andado ni visto nada de lo que vos. porque leyó aquel libro que hizo el fraire del camino de Hierusalem y habló con uno de aquellos bellacos que decíais que fingen haberse escapado de poder de moros, que les atestó las cabezas de mentiras, no les harán entender otra cosa aunque bajase Sant Pablo a predicársela; yos prometo que si mi compadre Juan de Voto a Dios topara con otro y no con vos, que nunca él torciera su brazo, pues conmigo aún no le ha querido torcer en tantos años, sino echóme en creer del cielo cebolla.

PEDRO.—No tengo que responder a todos esos más de una copla de las del redondillo, que me acuerdo que sabía primero que saliese de España. que dice:

Los ciegos desean ver,  
oír desea el que es sordo,  
y adelgazar el que es gordo,  
y el cojo también correr;  
sólo el necio veo ser  
en quien remedio no cabe,  
porque pensando que sabe  
no cura de más saber.

MATA.—Agora os digo que os perdonen cuanto habéis dicho y hecho contra los teólogos, pues con sólo un jubón habéis vestido a la mayor parte de la corte.

PEDRO.—Pocos trances desos pensaréis que he pasado con muchos señores que ansí me preguntan de allá cosas, y como no les diga lo que ellos saben, luego os salen con un vos más de media vara de largo: “Engañáisos, señor, que no sabéis lo que decís; porque pasa desta y desta manera.” Preguntado que cómo lo saben, si han estado allá por dicha, ni aun en su vida vieron soltar una escopeta, y por esto yo estoy deliberado a no contar cosa ninguna jamás si no es a quien na estado allá y lo sabe.

MATA.—¿Ni del Papa ni nadie nunca fué allá lmosna de rescate?

PEDRO.—Ni del que no tiene capa.

JUAN.—¿Y del Rey?

PEDRO.—No, que yo sepa; porque si algunas había de haber hecho, había de ser en los soldados de Castilnovo, que después que en el mundo hay guerras nunca hubo más valerosa gente ni que con más ánimo peleasen hasta la muerte que tres mill y quinientos soldados españoles que allí se perdieron, lo cual, aunque yo no lo vi, sé de los mesmos turcos que me lo contaban, y lo tienen en cabecera de todas las hazañas que en sus tiempos ha habido, y a ésta postponen la de Rodas, con averiguarse que les mataron los Comendadores más de cient mill turcos.

MATA.—¿Cuánto tiempo ha eso de Castilnovo?

PEDRO.—Había cuando yo estaba allá diez y siete años, y conocí muchos pobres españoles dellos, que aún se estaban allí sin poner blanca

de su casa. Podría el Rey rescatar todos los soldados que allá hay, y es uno de los consejos "ad efeseos", como vos decíais denantes, que las bestias como yo dan, sabiendo que el Rey ni lo ha de hacer ni aun ir a su noticia; mas, pues no tenemos quien nos dé prisa en el hablar, echemos juicio a montones. Ya habéis oído cómo por antigüedad, o porque quieren, dan los turcos a algunos cristianos cartas de libertad con condición que sirvan tres años, quedándose por todos aquellos tres tan esclavo como antes, y no menos contento, aunque no le dan de comer, que si ya estuviese en su tierra. ¿Cuánto más merced le sería si el Rey los sacase y les quitase de cada paga un tercio fasta que se quedase satisfecho de la deuda? Y haría otra cosa; que el escuadrón de mill hombres desta manera valdría, sirmentir, contra turcos, tanto como un ejército, como primero se consentirían hacer mill pedazos que tornar a aquella primera vida.

MATA.—¿Habéis dicho? Pues bien podéis hacer cuenta que no habéis dicho nada, y aunque metáis ese consejo en una culébrina, no hayáis miedo que llegue a las orejas del Rey; porque si las dignidades solamente de las iglesias de España, con sus perlados, quisiesen, que es también hablar al aire, no habría necesidad del ayuda del Rey para ello; mas ¿no sabéis qué dice David?: "¿Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum?" No se nos vaya, señores, la noche en fallas. ¿Qué fué después de la almoneda?

PEDRO.—Ya que vendieron a todos, yo demandé la carta que tenía de libertad, depositada en el mayordomo mayor del Bajá, el cual fué a la Soltana y le hizo relación de la venta de los cristianos, y que no quedaba más del médico español; si mandaba Su Alteza que se le diese la carta que estaba en depósito. Ella respondió que no, por cuanto Amon Ugli era muerto, el protomédico de su padre, y no había quien mejor lo pudiese ser que yo, ni de quien el Gran Turco mejor pudiese fiarse; por tanto, que me tomasen con dos jenízaros, que son de la guarda del Rey; y me llevasen allá, que ella le quería hacer aquel presente.

MATA.—¿Dónde estaba el Gran Turco entonces?

PEDRO.—En Amacia, una cibdad camino de Persia, quince jornadas de Constantinopla; y, como sabéis, no hay mejor cosa que tener dondequiera amigos, un paje desta Soltana ginovés, que había sido de Zinan Bajá capado, que yo cuando no sabía la lengua era mi intérprete, dió a un barbero que entraba a sangrar a una mujer allá dentro dos renglones, por los cuales me avisaba de todo lo que pasaba; por tanto viese lo que me cumplía. Yo fui luego al Papa suyo y díjele (que era muy grande señor mío, que le había curado) todo como pasaba; digo el depositar de la carta, y cómo no me la daban y el miedo que había que la Soltana no hubiese mandado que no me la diesen, ¿qué remedio tenía si la quisiese sacar por justicia; si podría, pues la úl-



tima voluntad del testador era aquélla y tenía muchos testigos, y él mismo confesaba tenerla? Respondióme que tenía mucha justicia y me la haría guardar; mas que me hacía saber que había entrellos una ley que si caso fuese que el cautivo que ahorrasen fuese eminente en una arte, no fuesen obligados a cumplir con él la palabra que le habían dado, por ser cosa que conviene a la república que aquel tal no se vaya. Si esto dice, os alegan, no os faltará pleito; mas yo creo que no se les acordará; lo que yo pudiere hacer por vos no lo dejaré.

MATA.—¿Todo eso tenemos a cabo de rato? ¿Pues qué consejos tomastes?

## LA FUGA

PEDRO.—El que mi tía Celestina, buen siglo haya, daba a Parmeno, nunca a mí se me olvidó, desde la primera vez que le oí, que era bien tener siempre una casa de respecto y una vieja, adonde si fuese menester tenga acogida en todas mis prosperidades; con el miedo de caer dellas, siempre, para no menester, tuve una casa de un griego, el cual en necesidad me encubriese a mí o a quien yo quisiese, pagándoselo bien, y dábale de comer a él y un caballo muchos meses, no para más de que siempre me tuviese la puerta abierta.

MATA.—No creo haber habido en el mundo otro Dédalo ni Ulises, sino vos, pues no pudo la prosperidad cegaros a que no mirásedes adelante.

PEDRO.—¿Ulises o qué? Podéis creer como creéis en Dios, que yo acabaré el cuento, que no pasó de diez partes una, porque lo de aquél dícelo Homero, que era ciego y no lo vió, y también era poeta; mas yo vi todo lo que pasé, y vosotros lo oiréis de quien lo vió y pasó.

JUAN.—Pues ¿qué griego era aquel? ¿Era libre? ¿Era cristiano? ¿A quién estaba sujeto?

PEDRO.—Presuponed, entre tanto que más particularmente hablamos, que no porque se llame Turquía son todos turcos, porque hay más cristianos que viven en su fe que turcos, aunque no están sujetos al Papa ni a nuestra Iglesia latina, sino ellos se hacen su Patriarca, que es Papa dellos.

MATA.—¿Pero cómo los consiente el Turco?

PEDRO.—¿Qué se le da a él, si le pagan su tributo, que sea nadie judío, ni cristiano, ni moro? En España, ¿no solía haber moros y judíos?

MATA.—Es verdad.

PEDRO.—Pues de aquellos griegos hay algunos que viven despías, de traer cristianos escondidos porque les paguen por cada uno diez ducados, y la costa, hasta llegar en salvo, que es un mes, y si aportan en Raguza o en Corfó, las cibdades les dan cada otros diez ducados por cada uno.

JUAN.—La ganancia es buena si la pena no es grande.

PEDRO.—No es mayor ni menor de empalar, como he visto hacer a muchos; que al cristiano cautivo que se huye, cuando mucho, le dan una

docena de palos, mas al que le sacó empálanle sin ninguna redempción.

MATA.—¿Pues hay quien lo ose hacer con esa pena?

PEDRO.—Mil cuentos: la ganancia, el dinero, la necesidad y interese hacen los hombres atrevidos; sé que el que hurta bien sabe que si es tomado le han de ahorcar, y el que navega, que si cae en la mar se tiene de ahogar; mas, no obstante eso, navega el uno y el otro roba. Por cierto, la espía que yo traje había ya hecho diez y nueve caminos con cristianos, y con el mío fueron veinte.

JUAN.—¿Cómo se llamaba?

PEDRO.—Éstamati.

MATA.—¿Y qué hacía? ¿De qué os servía?

PEDRO.—De mostrarme el camino y servirme en él.

JUAN.—¿Y trajo a vos sólo?

PEDRO.—Como yo vi la respuesta que el Papa turco me dió, comencé de pensar en mí quién me mandaba tomar pleito contra el Rey, valiendo más salto de mata que ruego de buenos hombres; yo determiné de huírme y tomé los libros, que eran muchos y buenos, y dilos envueltos en una manta de la cama a una vecina mía, de quien yo me fiaba, que los guardase, y saqué de una arquilla las camisas y zaragüelles delgados que tenía, labradas de oro, que valdrían algunos dineros, que serían una docena, que me daban turcas porque las curaba, y fuíme en casa de la espía y topé en el

camino aquel cirujano viejo mi compañero, y contéle lo que había pasado, y díjele: “Yo me voy huyendo; si queréis venir conmigo, yo os llevaré de buena gana, y si no, y os viniere por mí algún mal no me echéis la culpa.” Fué contento de hacerme compañía, mas quiso ir a casa por lo que tenía, que era cosa de poco precio. Digo yo: “No quiero sino que se pierda; si habéis de venir ha de ser desde aquí, si no quedaos con Dios.” El pobre viejo, que más valiera que se quedara, fuese conmigo a casa del griego, y allí consultamos en qué hábito nos trairía. Dijo que el mejor, pues yo sabía tan bien la lengua, sería de fraire griego, que llaman caloiero, que es este con que espanto a Mítalas Callando, pues teníamos las barbas que ellos usan, que era también mucha parte. Yo dí luego dineros para que me trajeren uno para mí y otro para mi compañero.

JUAN.—¿Pues véndense públicamente?

PEDRO.—No, sino que se los tomase a dos fraires y les diese con qué hacer otros nuevos; y trájelos. Dile luego cinco ducados para que me comprase un par de caballos.

MATA.—Tenedle, que corre mucho.

PEDRO.—¿Qué decís?

MATA.—¿Que si corrían mucho?

JUAN.—No dijo sino una malicia de las que suele.

MATA.—Pues cinco ducados dos caballos ¿quién lo ha de creer? Aunque fueran de corcho.

PEDRO.—Y aun creo que me sisó la quinta par-

te el comprador. No entendáis caballos para que ruen los caballeros, sino un par de camino, como éstos que alquilan acá, que bastasen a llevarnos treinta y siete jornadas, y estos no valen más allá de a dos o tres escudos.

MATA.—¡Quemado sea el tal barato!

PEDRO.—Este griego usaba tenerse en casa escondidos los cautivos un mes o dos beborreando, hasta desmentir y que no se acordasen; mas yo no quise estar en aquel acuerdo, antes aquella noche, a media noche, quise que nos partiésemos, haciendo esta cuenta: como yo ando libre, el primero ni segundo día no me buscarán; pues cuando al tercero me busquen y envíen tras mí, ya yo les tengo ganadas tres jornadas, y no me pueden alcanzar.

MATA.—Sepamos con qué tantos dineros os hallastes al salir.

PEDRO.—Obra de cincuenta ducados en oro y una ropa de brocado y otra de terciopelo morado, y las camisas y calzones y otras joyas. El viejo no sé lo que se tenía; creo que lo había empleado todo en piedras, que valen en buen precio. Salimos a la mano de Dios, y la primera cosa que topé en apartándome de las cercas de Constantinopla, que ya quería amanecer, fué una paloma blanca que me dió el mayor ánimo del mundo, y dije a los compañeros: “Yo espere en Dios que hemos de ir en salvamento, porque esta paloma nos lo promete.”

MATA.—Y si fuera cuervo, ¿volviéraisos?

PEDRO.—No penséis que miro en agüero; aquello creía para confirmación de esperanza; pero no lo otro para mal. Ibanos dando la espía lección de lo que habíamos de hacer, como nunca habíamos sido fraires, y es que al que saludásemos, si fuese lego, dijésemos, bajando la cabeza: “Metania”, el “Deo gratias” de acá (quiere decir “penitencia”), que es lo que os dije cuando nos topamos, que interpretaba Juan de Voto a Dios tañer tamboril o no sé qué. A esto responde: “O Theos xoresi”, que es el “por siempre” de acá (quiere decir: “Dios te perdone”); si son fraires a los que saludáis, habéis de decir: “Eflogite, pateres”: “Benedicid, padre.” Eranme a mí tan fáciles estas cosas, como sabía la lengua griega, que no era menester más de media vez que me lo dijeran.

MATA.—¿Y el compañero, sabía griego?

PEDRO.—Treinta y cuatro años había que estaba casado con una griega de Rodas, y en su casa no se hablaba otra lengua; y él nunca supo nada, sino entendía un poco; pero en hablando dos palabras se conocía no ser griego, y nunca el diablo le dejó deprender aquellas palabras. Topamos una vez un turco que entendía griego y llégase a él, por decirle “metania” y díjole “asthenia”.

MATA.—¿Qué quiere decir?

PEDRO.—Dios te dé una calentura ectica, o, si no queréis, el diablo te reviente. Como el turco lo oyó, airóse lo más del mundo, y dijo: “¿Ne

suiler su chupec?" "¿Qué dijo ese perro?" Yo llegué y digo: "¿Qué había de decir, señor, sino "metania"?" El turco juraba y perjuraba que no había dicho tal; en fin, allá regañando se fué. Yo reprehendile diciendo: "¿Pues una sola palabra que nos ha de salvar o condenar, no sois para deprender?" Habiendo caminado siete leguas no más, llegaron a nosotros a caballo dos jenízaros, que, como diré, son de la guardia del rey, y dijeron: "Cristianos, no quiero de vosotros otra cosa más de que nos deis a beber si lleváis vino"; porque aunque el turco no lo puede beber conforme a su ley, cuando no le ven, muy bien lo bebe hasta emborrachar. Yo llevaba el recado conforme al hábito.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—¿Habéis nunca visto fraire caminar sin bota y vaso, aunque no sea más de una legua? Yo eché mano a mi alforja, y mandé al compañero que caminase, que aquello yo me lo haría y le alcanzaría, porque no fuese descubierto por no saber hablar, y comencé de escanciarles una y otra, e iban caminando junto conmigo en el alcance de los compañeros; preguntáronme dónde venía; digo: "Constantinopla."

JUAN.—¿En qué lengua?

PEDRO.—Cuando griego, cuando turquesco, que todo lo sabían. Dijéronme: "¿Qué nuevas hay en Constantinopla?" Digo: "Eso a vosotros incumbe, que sois hombres del mundo, que yo, que le he dejado, no tengo cuenta con nueva ni vieja; si de

mi monesterio queréis saber, es que el Patriarca nuestro está bueno y esta semana pasada se nos murió un fraire.” Preguntóme el uno, llegándose a mí, cuántos años había que era fraire. No me supo bien la pregunta, y díjele, haciendo de las tripas corazón, que seis. Preguntóme en dónde. Respondí que parte en la mar Negra y parte en Constantinopla. Asíóme el otro del hábito, y dijo: “Pues ¿cómo puedes, pobreto, con esta estameña resistir al frío que hace?”

MATA.—A fe que metería el asir las cabras en el corral.

PEDRO.—Yo le dije que debajo traíamos sayal o paño. Fué la pregunta adelante, y dijeron: “¿Dónde vas agora?” Respondí que a Monte Sancto.

JUAN.—¿Qué es Monte Sancto?

PEDRO.—Un monte que terná de cerco cuasi tres jornadas buenas, y es cuasi isla, porque por las tres partes le bate la mar, en el cual hay veinte y dos monasterios de fraires desta mi orden, y en cada uno docientos o trescientos fraires, y ningún pueblo hay en él, ni vive otra gente ni puede entrar mujer, ni hay en todo él hembra ninguna de ningún género de animal; a este monte son sus peregrinajes, como acá Santiago, y por eso no se echa de ver quién va ni viene tanto por aquel camino. Ya que nos juntamos con los compañeros, díjeles: “¿Y vosotros adónde vais?” Respondió el uno: “En busca de un perro de cristiano que se ha huído a la Soltana,



el mayor bellaco traidor que jamás hubo, porque le hacían más bien que él merecía y todo lo ha postpuesto y huidose (parece ser que aquella noche le había dado un dolor de ijada, y habíanme buscado, y como supieron que había sacado los libros, luego lo imaginaron). Digo: “¿Y dónde era?”; que del viejo no se hacía caso que se fuera, que estuvieras. Dice: “De allá de las Españas.” Tornéle a preguntar: “¿Qué hombre era?” Comenzóme a decir todas las señales mías.

JUAN.—Pues ¿cómo no os conoció?

PEDRO.—Yo os diré; ¿véis esta barba?, pues tan blanca me la puso una griega como es agora negra, y al viejo, la suya blanca, como está esta mía, y toda rebujada como véis; el diablo nos conociera, que ninguna seña de las que traía veía en mí: la caperuza, el sayo, la ropa, todo se había convertido en lo que agora veis. Díjeles: “Pues, señores, ¿adónde le váis a buscar?” Respondieron: “Nosotros vamos hasta Salonique, que es diez y siete jornadas de aquí, a tomarle todos los pasos, y por mar han despachado también un bergantín para si acaso se huyó por mar.” Yo entonces les digo: “Pues ese mismo camino, señores, llevo yo.” Ellos dijeron que por cierto holgaban de que fuésemos juntos. La espía y el compañero desmayaron, pensando que ya yo me rindía o estaba desesperado.

MATA.—¿Pues no tenían razón? ¿No era mejor o caminar adelante o quedar atrás?

PEDRO.—Ni vos ni ellos no sabéis lo que os

decís; atrás no era seguro, porque ellos dejaban toda la gente por donde pasaban avisada, y sobre sospecha éramos presos en cada pueblo; adelante no bastaban los caballos. ¿Qué más sano consejo que, viendo que no me habían conocido, hacer del ladrón fiel, y más la seguridad del camino, que es el más peligroso que hay de aquí allá? Si el Rey, por hacerme grande merced, me quisiera dar una grande y segura compañía, no me diera más que aquellos dos de su guarda; es como si acá llevara un alcalde de Corte y un alguacil para que nadie me ofendiese; ¿no parece que iría a buen recado? Cuanto más que de otra manera nunca allá llegara, porque los jenízaros tienen tanto poder que por el camino que van toman cuantas cabalgaduras topan, sin que se les pueda resistir, y cuando hacen mucha merced, por un ducado o dos las rescatan; en solas siete leguas me habían tomado ya a mí mis caballos, porque todos los caminos por donde yo iba estaban llenos de jenízaros, y por ir en compañía de los otros nadie me osaba hablar.

JUAN.—No fué de vos ese consejo. Por vos se puede decir: “*Beatus es, Simón Barjona, quia caro nec sanguis non revelavit tibi; sed Pater meus qui in celis est.*” Agradecédselo a quien nunca faltó a nadie.

PEDRO.—Llegáronse a mí los dos mis compañeros rezagándose, y comenzaron de decirme que para qué había destruído a mí y a ellos. Yo le respondí que poco sabía para haber hecho tan-

tas veces aquel camino. Respondiéndome: “Si vos sólo fuérais, yo bien creo que fuera bien; ¿mas no véis que por este viejo, que ninguna lengua sabe, somos luego descubiertos? ¿Qué haremos? ¿Dónde iremos?” Consoléle, diciendo no ser inconveniente, aunque no supiese la lengua; pero lo que cumplía era que no hablase. Dijo que había necesidad de que se hiciese mudo por todo el camino; donde no, bien podíamos perdonar; lo que más presto, digo, nos echará a perder es eso, porque es cosa tan común que todos lo hacen en donde quiera cuando no saben la lengua, y se está ya en todas estas tierras mucho sobre el aviso, que dirán: “Fraire y mudo, ¿quién le dió el hábito? Guadramaña hay.” El es viejo y estarle ha muy bien que se haga sordo, y cualquiera que le hablare se amohinará de replicar a voces muchas veces lo que ha de decirle, y así responderemos nosotros por él; desto hay tanta necesidad, que en hacerlo o no está nuestra salvación y con algunas palabrillas que sabe de griego, y no tener a qué hablar mucho, será mejor encubierto que nosotros.

MATA.—Bien dicen que quien quiere ruido compra un cochino. ¿Qué necesidad teníais vos de salir con nadie sino salvaros a vos?

PEDRO.—Oiréis y veréis, que aun esto no es nada: mill veces estuve movido para echarle en la mar por salvarme a mí.

MATA.—Ya que hicistes el yerro, urdistes la mejor astucia de vuestra vida; porque hablar con

en sordo es un terrible trabajo; al mejor tiempo que os habéis quebrado la cabeza, os sale con un ¿qué? puesta la mano en la oreja; y al cabo, por no parecer que no oyó, responde un disparate.

PEDRO.—Muy bien le pareció al espía; mas cosa fué para el viejo que en tres meses de peregrinación nunca la pudo deprender.

MATA.—Pues ¿qué había que deprender?

PEDRO.—No más de a no hablar; que para un hombre viejo, y que había sido barbero, es muy oscuro lenguaje y cosa muy cuesta arriba; al mejor tiempo, mill veces que hablábamos en las posadas en conversación, dicho ya que era sordo, como entendía el griego, respondía descuidado, y metía su cucharada que a todos hacía advertir cómo oía siendo sordo. Yendo nuestro camino con los jenízaros, yo les tenía buena conversación, y ellos a mí, como sabíamos bien las lenguas; el espía y el viejo se iban hablando por otra parte; llegamos la noche a la posada, y yo, como sabía las mañas de los turcos, que querían que les rogasen con el vino, hice traer harto para todos, pues ellos no podían ir a la taberna, y para mejor disimular pusímonos a comer un poco apartados dellos, como que cada uno comía por sí, y el griego nunca hacía sino escanciar y darles, hasta que se ponían buenos. Mandéle también al griego que los sirviese mejor que a mí y mirase por sus caballos.

JUAN.—¿Hay por allá mesones como por acá?

PEDRO.—Mesones muchos hay, que llaman

“carabanza”; pero como los turcos no son tan regalados ni torrezneros como nosotros, no hay aquel recado de camas, ni de comer, antes en todo el camino no vi “carabanza” de aquellos que tuviese mesonero ni nadie.

MATA.—¿Pues cómo son?

PEDRO.—Unos hechos a modo de caballeriza, con un solo tejado encima, y dentro por un lado y por otro lleno de chimineas y alto a manera de tableros de sastres, aunque no es de madera, sino de tierra, donde se aposenta la gente.

MATA.—¿Sin más camas ni recado?

PEDRO.—Ni aun pesebres para los caballos, sino entre tantos compañeros toman una chiminea destas con su cadahalso, y allí ponen su hato, sobre el cual duermen, echando debajo un poco de heno. Una ropa aforrada hasta en pies lleva cada turco de a caballo en camino, la cual le sirve de cama.

JUAN.—¡Oh de la bestial gente!

PEDRO.—No es sino buena y belicosa.

MATA.—¿Pues dónde comen las bestias?

PEDRO.—A los mismos pies de sus amos, en el cadahalso o tablado, le echan feno harto, que en aquella tierra es de tanto nutrimento, que si no trabaja la bestia está gorda sin cebada, y cada una lleva consigo una bolsa que llaman “trasta”, que le cuelga de la cabeza como acá suelen hacer los carreteros, y dentro les echan la cebada.

JUAN.—Pues si no hay huéspedes, ¿quién les da cebada y todo lo que han menester?

PEDRO.—Mill tiendas que hay cerca del mesón, que de cuanto hay les proverán, que por la posada no pagan nada, que es una cosa hecha de limosna para cuantos pasaren, pobres y ricos; en entrando a apearse llegan allí muchos con cebada, leña, arroz, heno y lo que más hay necesidad. A las bestias en aquella tierra tienen bien acostumbradas que nunca comen de día, sino de noche les ponen tanto que les baste.

MATA.—¿Desa manera tampoco se gastará tanto en el camino como por acá?

PEDRO.—El que cada día gasta dos o tres áspers en comer él y la bestia es mucho, porque la cebada vale barata, y el pan; y vino no lo beben la gente, con que menos se les da por el comer. Hicimos nuestras camas y echámonos, no con menos frío que agora hace, todos juntos, la alforja frairesca por cabecera y el tejado por frazada, y a primo sueño comienza a tomar el diablo a mi compañero, y hablar entre sueños, no así como quiera, sino con tantas voces y tanto ímpetu y coces como un endemoniado, y decir, levantándose: “¡Mueran los traidores bellacos que nos roban! ¡Ladrones, ladrones!”, y con esta juntamente dar puñadas a una y a otra parte; no solamente despertamos todos, mas pensamos que era verdad que nos mataban; la lengua española en que hablaba escandalizó mucho a los jenízaros que allí dormían y preguntaron qué era aquello, y yo les dije cómo soñaba.

MATA.—La vida os diera hacer del mudo con tan buena condición.

PEDRO.—Aun con todo eso no les podía quitar a los turcos de la imaginación el hablar diferentemente de lo que ellos todos, lo cual me dió las más malas noches que en toda mi vida pasé.

JUAN.—¿En qué?

PEDRO.—Porque ya no me osaba fiar, sino tenerle de contino asida la mano, para cuando comenzase despertarle presto.

JUAN.—¿Y soñaba desa manera cada noche?

PEDRO.—Y aun de día, si se dormía, y no menos feroces los sueños; que aunque he leído muchas veces de cosas de sueños, que los médicos llaman turbulentos, y visto algunos que los tienen no tan continuos y tan bravos; contemplad agora y echad seso a montones ¿qué sintiera un hombre que venía huyendo y estaba entre sus enemigos durmiendo y por sólo el hablar español había de ser conocido, y las noches de enero largas, y echado en el suelo, sin ropa, y no poder, aunque tenía grande gana, dormir, por no le osar dejar de la mano?

MATA.—No me dé Dios lo que deseo si no me parece que un tal era mérito matarle si se pudiera hacer secretamente; a lo menos echarle en la mar; yo hiciéralo, porque en fin muchas cosas hacen los hombres por salvarse; más valía que muriera el uno que no todos. ¿Y cuántos días duró ese subsidio?

PEDRO.—Con los jenizaros, trece.

JUAN.—¿Pues trece días vinistes siempre con vuestros enemigos?

PEDRO.—Y aun que rescibía hartos sobresaltos cada día.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Sentándonos a la mesa hartas veces daba un suspiro el uno dellos, diciendo: “Hei guidi imanzizis, quim cizimbulur nase mostulu colur”: “¡ha, cornudo sin fe, quién te topase, que buenas albricias se habría!” ¿Qué os parece que sintiera mi corazón? No podía ya tener paciencia con el viejo, viendo que de los pensamientos y torres de viento del día procedían los sueños, y lleguéme un día a él, apartado de los jenizaros, y preguntéle en qué iba pensando, porque con las manos iba entre sí esgrimiendo. “Sabéis—digo—qué querría yo que pensáseis? La miseria del trabajo en que vamos y la longura del camino, y que sois un pobre barbero y no capitán ni hombre de guerra, y de setenta años, y cuando llegaréis, si Dios quiere, en vuestra casa, o vuestra mujer será muerta, o ya que viva, como ha tanto que vos faltáis, no podrá dejar de haberos olvidado, y vuestras hijas por casar y cada dos veces paridas. Esto id vos contemplando de día, que no creo yo que escapa de ser verdad, y soñaréis de lo mesmo.”

MATA.—¡Por Dios, que vos le dábais gentil consuelo! ¿Y vos consolábaisos con eso, o pasábais este rosario que traéis a la cinta muchas veces?



PEDRO.—Siempre al menos iba urdiendo para cuando fuese menester tejer.

JUAN.—¿Malicias?

PEDRO.—No en verdad, sino ardidés que cumpliesen a la salvación del camino.

JUAN.—Pues ese el mejor era ayuno y oración. ¿Cuántas veces pasábais cada día este rosario?

PEDRO.—¿Queréis que os diga la verdad?

JUAN.—No quiero otra cosa.

PEDRO.—Pues en fe de buen cristiano que ninguna me acuerdo en todo el viaje, sino sólo le trayo por el bien parescer al hábito.

JUAN.—Pues ¡qué herejía es ésa! ¿Ansí pagabais a Dios las mercedes que cada hora os hacía?

PEDRO.—Ninguna cuenta tenía con los “pater nostres” que rezaba, sino con sólo estar atento a lo que decía. ¿Luego pensáis que para con Dios es menester rezar sobre taja? Con el corazón abierto y las entrañas, daba un arcabuzazo en el cielo que me parecía que penetraba hasta donde Dios estaba; que decía en dos palabras: “Tú, Señor, que guiaste los tres reyes de Levante en Bellem y libraste a Santa Susana del falso testimonio, y a Sant Pedro de las prisiones, y a los tres muchachos del horno de fuego ardiendo, ten por bien llevarme en este viaje en salvamento “ad laudem et gloriam omnipotentis nominis tui”; y con esto, algún “pater noster”; no fiaría de toda esa gente que trae “pater nostres” en la mano yo mi ánima.

MATA.—Cuanto más de los que andan en las plazas con ellos en las manos, meneando los labios, y al otro lado diciendo mal del que pasa, y más que lo usan agora por gala con una borlaza.

JUAN.—Vosotros sois los verdaderos maldicientes y murmuradores, que por ventura levantáis lo que en los otros no hay.

MATA.—Buen callar os perdéis, que vos no sois parte en eso.

JUAN.—Mejor os lo perdéis vosotros, que cuando no tenéis de qué murmurar, dais tras una cosa tan santa, buena y aprobada como los rosarios en la mano del cristiano.

PEDRO.—Pues como no sea de derecho divino el rosario, aunque sea de los que el general de los fraires bendició, podemos decir lo que nos parece.

JUAN.—Sí, como no sea contra Dios ni el prójimo.

MATA.—Ahora, sus, y con esto acabo. A mí me quemen como a mal cristiano si nunca hombre se fuere al infierno por rezar ocho ni diez “pater nostres” de más.

JUAN.—¿Pues eso quién lo quita?

MATA.—Pues si no lo quita, ¿qué necesidad hay para con Dios de rezar, como dijo Pedro de Urdimalas, sobre taja, habiendo dado Dios cinco dedos en cada mano, ya que queríais cuenta, por los cuales se pueden contar las estrellas y arenas de la mar?

PEDRO.—Por los dedos puédesse contar, sin que la gente lo vea, debajo de la capa, como quien nó hace nada, y no andan ellos tras eso; mas ¡qué de

veces saltan desde el “qui es in celis” en el “remissionem peccatorum” cuando ven pasar al deudor!

MATA.—Yo veo que Juan de Voto a Dios no puede tragar estas píldoras. Vaya adelante el cuento. Al cabo de los trece días, ¿dónde aportastes con los turcos?

PEDRO.—Llegamos a un pueblo bueno, que se llama la Caballa, que ya es en la mar, porque hasta allí siempre había procurado de no pasar por entre los dos castillos de Sexto y Abido.

MATA.—¿Aquéllos que cuenta Boscán?

PEDRO.—Los mismos.

MATA.—¿Dónde están?

PEDRO.—A la entrada de la canal que llaman de Constantinopla, los cuales son toda la fuerza del Gran Señor, porque no puede entrar dentro de Constantinopla ni salir nave, galera, ni barca, que no se registre allí, so pena que la echaran a fondo, porque han de pasar por contadero.

JUAN.—¿Qué tanto hay del uno al otro?

PEDRO.—Una culebrina alcanza, que será legua y media.

JUAN.—¿Y son fuertes?

PEDRO.—Todo lo posible; al menos están lo mejor artillados que entre muchos que he visto hay, y de gente no tienen mucha, porque cada y cuando fuere menester dentro de dos días acudirán a ellos cincuenta mill hombres.

JUAN.—Y la Caballa donde llegastes, ¿es deste cabo o del otro?

PEDRO.—No, sino deste. De allí a Salonique eran tres jornadas, y a Monte Sancto, veinte leguas por mar; yo determiné de no tentar más a Dios, y que bastaban trece jornadas con los enemigos. El camino real es el más pasajero del mundo; yo soy muy conocido entre judíos y cristianos y turcos; no sea el diablo que me engañe, y me conozca alguno; más quiero irme por agua a Monte Sancto; y despídime con hartó dolor y lágrimas de los genízaros, que les contentaba la compañía, diciendo que yo quería irme en una barca a mis monesterios, y me pesaba de perder tan buena compañía y los servicios que les había dejado de hacer. Ellos respondieron que por cierto holgaran que el camino y compañía fuera por mucho mayor tiempo, y así se fueron. En la posada bien sabían quién yo era, porque conocían el espía, y había allí un sastrecillo medio remendón, candiote, que también solía ser espía, con los cuales bebimos largo aquella noche.

JUAN.—¿Cómo podías sin cama sufrir tanto frío y sin ropa?

## EL VIAJE POR MAR

PEDRO.—Hartándome de ajos crudos, y vino, que es brasero del estómago, aunque no todas veces hallaba la fruta; mas a fe que cuando la podía haber luego iba a la alforja. Tuvimos consejo entre los dos espías y yo con el mesonero griego, cuál sería mejor: pasar adelante siempre por tierra o ir a Monte Sancto alquilando una barca. To-

dos dijeron que ir a Monte Sancto, y yo lo acepté, estando muy engañado con pensar que harían a fuer de acá los fraires en recoger a los huídos y malhechores, cuanto más a mí en tal caso; y donde tantos fraires hay, no es menos sino que les agradaré con mis pocas letras griegas y latinas, y tenerme han fasta que pase por ahí alguna nave o galera de cristianos, que como están en la ribera de la mar, muchas veces pasan, con la cual me vernía fasta Cicilia. El espía y los compañeros no veían la hora de apartarse de mí, por el peligro en que andaba; y con pensar que en el punto que pusiese el pie en Monte Sancto sería libre, porque así me lo decían los griegos, hice que me alquillasen una barca que me llevase al primer monesterio, y trajéronme una igualada por cinco ducados, para haber de partir otro día por la mañana. Hice cuenta con el espía con pensar que ya no lo habría menester, y alcanzóme cuarenta ducados venecianos, sin doce que yo le había dado, los cuales le pagué doblados porque tomó mis vestidos de brocado y seda y las camisas de oro y pañizuelos y otras joyas en descuento, al precio que él quiso, y empresentéle de más desto un caballo de aquellos y el otro vendí por dos escudos.

MATA.—Pues ¿cuánto le dábais cada día al espión?

PEDRO.—Cuatro ducados venecianos, que son cincuenta y dos reales, y de comer a él y a un caballo.

JUAN.—Y el viejo, ¿no pagaba su mitad?

PEDRO.—No me ayude Dios si yo le vi en todo

el viaje gastar más de cient ásperos, que el mal viejo todo lo llevaba empleado en piedras, y por no nos parar a venderlas y ser descubiertos, yo no hacía sino gastar largo entre tanto que durase. A la mañana despedí la espía y tomé provisión, y metíme en la barca, y aquel sastrecillo griego quiso irse conmigo porque el dueño de la barca le daba parte de la ganancia si le ayudaba a remar. Partimos con un bonico viento y caminamos obra de tres leguas, y allí volvió el viento contrario, y echónos en una isla que se llama Schiatho, dos leguas y media de la Caballa, donde habíamos salido. Díjome el sastrecillo: "Hágoos saber que habemos, gracias a Dios, aportado en parte que por ventura será mejor que Monte Sancto, porque ésta es una muy fértil isla de pan y vino, aceite y todas frutas, y en este puerto vienen siempre muchas naves grandes y pequeñas que van al Chío, y a Candia, y a Venecia a tomar bastimento. Estarnos hemos aquí hasta que venga alguna." Y subímonos al pueblo, que estaba en un alto. El marinero pidió dineros de la barca, y yo le daba dos ducados y no quiso menos de todo. Digo: "Hermano, ¿pues cómo? Yo te alquilé para veinte leguas a Monte Sancto, y no me has traído sino tres, y ¿quieres tanto por éstas como por todo el viaje?" Díjome: "Padre, tornaos con Dios y con el viento, que yo no tengo culpa"; el sastre ayudó de mala, como había de haber la mitad, y dijo: "Dele vuestra reverencia, padre, todo, que aunque no tenga justicia, no os tiene nadie de sentir por

ello." Dile sus cinco ducados, y aun en oro pagados, y tomamos en el pueblo una posada donde estaba un mercader que traía sardinas en cantidad, griego, y como nos sentamos a comer, yo eché la bendición sin estar advertido el como lo había de hacer, sin pensar que fuese menester. Aquel mercader y otros griegos preguntáronme si era sacerdote. Yo dije que no; luego vieron que yo ni el otro no éramos fraires, y llegóse a mí el mercader y comenzóme de decir en italiano: "Yo conozco a ese sastre que es un gran tacaño, y os trae engañados; agora esta gente barrunta, como creo que es verdad, que no sois fraires, y luego os hará prender."

JUAN.—Pues ¿qué gente era la del pueblo?

PEDRO.—Cristianos todos, sino sólo el gobernador, que era turco.

JUAN.—Pues ¿qué miedo teníais de los cristianos?

PEDRO.—Antes desos se tiene el miedo, que del turco ninguno; porque fácil cosa es engañar a un turco que no sabe las particularidades de la fe y lengua, y cerimonias, como el griego. Si conocen aquellos griegos de aquella tierra que el cautivo cristiano va huído, luego le prenden y dan con él en Constantinopla.

MATA.—Pues ¿por qué, siendo cristianos?

PEDRO.—Por ganar el hallazgo, lo uno; lo otro, porque si después hallan al esclavo, luego pesquisan: con éste habló, aquí durmió, aquel otro le mostró el camino, y destrúyenlos, llevándoles las

penas, y aun muchas veces los hacen esclavos. Yo ningún miedo jamás tuve de los turcos; pero de los cristianos, grandísimo, porque recio caso es hacernos un italiano o francés a los tres, como estamos, entender que es español aunque hable muy bien nuestra lengua, que en el pronunciar, que en un vocablo muy presto se descubre no serle natural la lengua, así que dice: “El mejor consejo que vos podéis tomar me parece que luego os bajéis abajo y os metáis en aquel bajel que va a Sidero Capsa y de allí en un día podréis por tierra iros a Monte Sancto.” Yo, metidas las cabras en el corral, acepté el consejo, y díjeselo al sastre, el cual dijo que no quería sino quedarse allí, que había mucho que remendar; que si me quería quedar con él, era mejor, y si me quería ir, él concertaría que me llevasen en el bajel.

MATA.—¿Qué llamáis bajel?

PEDRO.—Es un nombre general que comprehende nave grande y pequeña galera; en fin, cualquier cosa que anda en la mar. Sidero Capsa es una cibdad pequeña, donde se hunde todo el oro y plata que se saca de las minas que hay en aquella isla del Schiatho, donde yo estaba, y en la Caballa, las cuales son tan caudalosas, que dubdo si son más las del Perú.

MATA.—¿Qué tanto hay de las minas adonde se hunde?

PEDRO.—Veinticinco leguas por mar; sirven cient navecillas que llaman “caramuçalides”, y acá “corchapines”, de llevar solamente de aquella tie-



ira que produce cierto oro finísimo de muchos quilates, y plata, y lo que más es en grandísima cantidad. Pagué porque me llevasen dentro un ducado; y cuando me vi allí, los del bajel imaginaron que, pues tanto les había dado siendo fraire, podrían sacarme más, que debía de tener mucho, y en descargando la tierra de la mina para volver por más, díjome: “Yo os querría echar en tierra; mas quiero que sepáis que el poco camino que tenéis de andar hasta Monte Sancto por tierra está lleno de ladrones, que cierto os matarán; dadnos otro ducado y poneros hemos por mar en una “metoxia de los fraires”, que es lo que acá llamamos granja. Concerteme con él y dísele, porque me pareció que tenía razón, aunque también estaban con gran sospecha de los sueños del compañero, que yo cierto tengo que estaba spritado. Desembarcamos junto a la granja, que era una torre donde había un fraire mayordomo y otros seis fraires que le servían y cavaban las viñas. Ya yo pensé estar en España; y como llegamos con nuestro ható acuestas, llamamos y no quisieron abrir para que entrásemos, que no estaba allí el “icónomo”, que así se nombra en griego. Esperamos, y cuando vino a la tarde, saludámosle y respondióme como fraire, en fin, de granja.

#### LOS MONASTERIOS DEL MONTE ATHOS

MATA.—Siempre dan esos cargos de mandar a los más cazurros y desgraciados.

PEDRO.—Luego dije: “Noramala acá venimos, si todos los fraires son como éste”; ya con las cejas caídas sobre los ojos, a media cara, con sus cabellazos hasta la cinta y barbaza, dijo: “Subi si queréis, padre, a hacer colación, aunque acá todos somos pobres.”

MATA.—¿Luego la primera cosa que todos tienen es esa?

PEDRO.—¿Qué?

MATA.—Predicar pobreza.

PEDRO.—Es verdad; y subimos y comenzó de preguntarme y repreguntarme dónde era. Yo le dije que de la isla del Chío, porque si acaso hablase alguna palabra que no pareciese griego natural no se maravillasen, por respecto que en aquella isla se habla también italiano, y todos los griegos lo saben. Sentámonos a cenar en suelo sobre una manta vieja, y dieron gracias a Dios y comenzaron de servir manjares.

MATA.—¡Y aun qué tales debían de ser y qué dellos!

PEDRO.—No hubo fruta de principio ninguna.

MATA.—Ni aun de medio creo yo.

PEDRO.—La principal cosa que sacaron fué habas remojadas de la noche antes en agua fría y con unos granos de sal encima, sin moler, tan grandes como ellas, y tras esto un plato de acitunas sin aceite ni vinagre, que yo cuando las vi pensé cierto que fuesen píldoras de cabras, porque no eran mayores; añadieron por los huéspedes tercero plato, que fué media cebolla.

JUAN.—¿Y así comen siempre?

MATA.—Que son mañas de fraires cuando hay huéspedes forasteros, por comprobar la pobreza que tienen predicada; mas entre sí, vos prometo que lo pasan bien y tienen alguna razón, porque luego les acortarían las limosnas por la fama que los huéspedes les darían.

PEDRO.—De los de acá yo bien creo lo que vos decís, mas de aquellos no, porque lo sé muy bien que hacen la mayor abstinencia del mundo, siguiendo siempre ellos y los clérigos griegos la orden evangélica. Llegamos de allí en el primer monasterio de Monte Sancto, yendo por una espesura muy grande, que es de esclavones, que allá se llaman búlgaros, y el nombre del monesterio Chilandari; y en llegando estaban unos fraires sentados a la puerta de la portería, y encima de todas las puertas hay una imagen de Nuestra Señora, a la cual los que van en romería han de hacer primero oración que hablen a nadie, y en esto tienen grande scrúpulo. Yo, como no sabía aquello, en viendo los fraires los saludé con el grande placer que tenía, pensando hallar la caridad y acogimiento que en Burgos. Ellos respondieron: “Bre, ¿ti camis? Padre, ¿qué hacéis?”, señalándome la imagen. Yo luego caí en la cuenta, y hice mi oración como ellos usan.

JUAN.—¿Qué uso es el suyo?

PEDRO.—En toda la Iglesia griega no se hincan de rodillas, y las oraciones particulares, como no sean misa ni horas de la Iglesia, son a la apos-

tólica, muy breves: hacen tres veces una cruz como quien se persina, tan larga como es el hombre, de manera que como nosotros llegamos al pecho con la cruz, ellos a la garganta del pie, y dicen: "Agios o Theos, Agios schiros, Agios athanatos, eleison imas." Esto, como digo, tres veces o cuatro, y en la iglesia añaden un "pater noster".

MATA.—¿Qué quieren decir aquellas palabras?

PEDRO.—"Sancto Dios, Sancto fuerte, Sancto inmortal, ten misericordia de nosotros."

MATA.—En verdad que es linda oración.

JUAN.—A vos porque es breve os agrada.

PEDRO.—También tienen un "Chirie eleison"; la más común palabra cuando se maravillan de algo, "Chirie eleison"; cuando se ven en fortuna de mar o de tierra, "Chirie eleison". Estarse a un griego media hora diciendo: "Chirie eleison"; que es: "Señor, miserere." Entramos ya en el monesterio y fuimos a la iglesia a hacer primero la oración que llaman "prosquinima", y cuando me preguntaban adónde iba o dónde venía aquellos fraires, con decirles que era "prosquinitis", que quiere decir como peregrino que va a cumplir alguna romería, atajaba muchas preguntas; diéronme luego a beber en la despensa, y el prior mostró buena cara.

MATA.—Esas siempre las muestran hasta saber si les dan algo o no.

PEDRO.—Deso estaba bien seguro; y era ya una hora antes que el sol se pusiese, vinieron luego todos los fraires que estaban fuera y tocaron

a vísperas, y entramos en el coro, donde vi, cierto, una iglesia muy buena y bien adornada de imágenes y cera.

MATA.—A todo esto, ¿nunca se hacía caso del compañero, ni hablaba, ni preguntaban cómo no hablaba?

PEDRO.—Cada paso; mas yo luego respondía que era sordo y no entendía lo que decíamos. ¿Cómo había de hablar?; lo cual vían por la experiencia. Los oficios eran tan largos como maitines de la Nochebuena, y ciertamente, sin mentir, duraron cuatro horas; al cabo salimos, que nunca lo pensé, y fuímonos al refitorio a cenar.

JUAN.—¿Qué rezan que tanto tardan?

PEDRO.—El Salterio, del primer psalmo hasta el postrero.

JUAN.—¿Cada día?

PEDRO.—Dos veces, una a vísperas, otra a maitines.

JUAN.—¿Cantado o rezado?

PEDRO.—Cantado rezando.

MATA.—¿Cómo es eso? ¿Cantar y rezar junto?

PEDRO.—No, sino que lo cantan tan de corrida, que parece que rezan.

MATA.—¡Ah! ¿Como acá los clérigos en los mortuorios de los pobres?

PEDRO.—Ansí es.

JUAN.—Largo oficio es ese. ¿Qué tiempo les queda si han de olgar?

PEDRO.—Lo que pluguiese a Dios sobrase a los fraires todos de acá.

JUAN.—¿Qué es?

PEDRO.—Después lo sabréis; dejadme agora. El refectorio tenía las mesas de mármol todas, sin manteles ningunos, mas de la viva piedra y un agujero en medio y algo cóncava, para en acabando de comer lavarla y cae el agua por aquel agujero.

MATA.—¿Con qué se limpian?

PEDRO.—¿De qué?

MATA.—De la comida.

PEDRO.—¿Pues aún no nos hemos sentado a la mesa y ya os queréis limpiar? Era día de Sancto Matía, y en cada mesa se sentaban seis y había seis jarrillos de plomo de a cuartillo llenos de un vino que no sabe mal, hecho de orujo y miel con cierta hierba que le echan dentro y un poco de agua de azar que le da sabor. Verdaderamente salta y emborracha, y si no os dicen qué es, pareceros ha buen vino blanco, y un platico de queso molido, que en aquellas partes cuajan mucho queso, como manteca de vacas, y métenlo en cueros como la mesma manteca, y sécase allí; después está como sal, y esto se come amasando el bocado de pan, primero entre los dedos para que adquiera alguna humedad, y pegue el queso en ello cuando untare el pan. Teníamos olla de unas como arbejas que llaman "fasones", y acitunas como las pasadas y a casco y medio de cebolla. El pan era algo durillo, pero no malo.

MATA.—Duro tenerlo hían para que no se comiese tanto.

PEDRO.—Acertastes; luego a la hospedería a

dormir, la cual era, como agora os pintaré, una camaraza antiquísima con muchos paramentos naturales.

JUAN.—¿Qué son naturales?

MATA.—¡Echadle paja! ¿No sabéis qué son telarañas?

PEDRO.—Las camas sobre un tablado; una manta que llaman esclavina, que de más de la infinita gente que dentro tenía, habría una carga de polvo en ella. Una almohadilla de pluma que si la dejaran se fuera por su pie a la pila.

MATA.—¿Había más?

PEDRO.—No.

MATA.—¿Luego para ir a maitines y madrugar, no había necesidad de despertadores? Y las camas dellos, ¿son así?

PEDRO.—Sin faltar punto, salvo la de alguno que se la compra él. Con ser la noche larga, a las dos fuimos a maitines; salimos a las siete; aún estaba confuso qué había de ser de mí; lleguéme al prior y díjele que le quería en confesión decir dos palabras, y túvolo por bien. Digo, pues: “Padre santo, yo os hago saber que no somos fraires, ni aun griegos tampoco; somos españoles y venimos huídos del poder de los turcos, y para mejor nos salvar hemos tomado este vuestro sancto hábito. Apóstoles sois de Cristo; haced conforme al oficio que tenéis, que por solamente querernos hacer renegar somos huídos, y a ser tomados, por no ser maltratados, quizá haremos algún desatino, el cual, no usando vos de pie-

dad y misericordia, seréis causa y llevaréis sobre vos. Yo traigo, gracias a Dios, dineros que gastar estos dos meses, si fuere menester; no quiero más de que me tengáis aquí fasta que venga algún navío que me lleve de aquí, y pagaré cortesmente la costa toda que entre tanto haré.

JUAN.—Justa petición era por cierto.

PEDRO.—Tan justa era cuan injusta me respondió. Comenzó de santiguarse y hacer melindres y espantosos escrúpulos, diciendo: “Chirie eleison”, ¿y esta traición teníais encubierta? ¿Queréis, por ventura, vos ser el tizón con que toda nuestra casa se abraße, y aun la orden? Luego, sin dilación, os id con Dios, que a esta mar no viene navío ninguno de los que vos queréis, sino idos a Santa Laura—que era otro monesterio—, que allí hay un portizuelo donde se hallan algunas veces esos navíos: y no os detengáis más aquí, porque como éste es el monesterio más cerca de donde están los turcos, cada día vienen aquí a visitarnos y luego os verán; yo no lo puedo hacer, andá con Dios.”

MATA.—Pues ¡maldiga Dios el mal fraire! ¿Tan pequeño era el monesterio que, aunque viniesen mill turcos, no os podían esconder, cuanto más sin venir a buscaros?

PEDRO.—El menor, de veintidós que son, es como Sant Benito de Valladolid, y mayor mucho, como están en desierto, que parece cada uno un gran castillo; y más que todo es muy espeso monte de castaños y otros árboles, que ya que



algo fuera me podía salir al bosque entre tanto que me buscaban.

MATA.—¿Qué buscar? ¿Qué bosque ni espesura? Yos prometo que si fuérais doncellas, aunque fueran ciento cupieran en casa con todas sus santidades.

PEDRO.—Yo le demandé un fraire que me mostrase el camino haſta otro monesterio, renegando de la paciencia, que sería ocho leguas de allí por el más áspero camino que pienso haber en el mundo, y diómele de buena gana, mas con tal condición que le pagase su trabajo, porque eran pobres; yo lo puse en sus manos y mando medio ducado; admitilo, aunque era mucho, mas con condición que por que yo estaba cansado y el viejo no podía, que llevase él las alforjas acuestas, que de camisas y veinte baratijas pesaban bien; no quiso, sino a ratos él y yo; escogí del mal lo menos, por tener a quien hablar que supiese que no era fraire, para que me avisase de todas las cosas que había de hacer y cerimonias que en la orden había, para mejor saber fingir el hábito, lo cual fué una de las cosas que más me dieron la vida para salvarme, porque yo cierto lo depren-  
dí a saberlo tan bien como cuantos había en el Monte. Pasamos por un monesterio que se llamaba Psimeno sin entrar dentro, y fuimos a dormir en otro muy de los principales que se llama Batopedi, adonde ya sabía yo el modo de las cerimonias de fraire, y no fuí conocido por otro, y fuimos huéspedes aquella noche; y dimos con nos-

otros en otro, que es también principal, que se dice Padocratora, en donde almorzamos, y pasamos a otro, que se llama Hiberico, en donde comimos, y queriendo pasar adelante me preguntaron qué era la causa que pues todos los peregrinos en cada monesterio estaban tres días, nosotros íbamos tan de prisa. Yo respondí porque en Santa Laura tenía nueva que estaba un navío que se partía para Chío, y por llegar antes que se partiese a escribir una carta y enviar cierta cosa que nuestro patriarca me había dado en Constantinopla; mas que luego había de dar la vuelta y hacer mi oración como era obligado; y con esto los aseguré ya; pasé a otro, que se llama Stabronequita, y de allí a Santa Laura, donde pensaba había de haber fin mi esperanza; y hecha la oración y cerimonias fuimos a hablar al prior, al cual hice el mesmo razonamiento que al primero, y él los mesmos milagros y respuestas que el otro, y dijo que allí jamás había navío semejante, sino de turcos, que me conocerían y sería la ruina de todos. El mejor remedio era ir al Xilandari, que era el primero de todos, y allí solían acudir aquellos navíos. Yo digo: "Señor, he estado allá y remitiéronme acá; mirad que conmigo no habéis de gastar nada." No aprovechando, procuré de saber si había algún fraire letrado para comunicar con él, y contentándole, que se me aficionase y rogase por mí, y había uno sólo que se llamaba el papa Nicola, y comencé de hablar en griego, latino y cosas de letras,

el cual mentendía tanto, que con una ayuda de agua fría le hicieran echar cuanto sabía. En fin, como dice el italiano: "En la terra de li orbi, beato chi ha un ochio: en la tierra de los ciegos, beato el tuerto."; aficionóseme un poco y habló por mí, y lo que pudo alcanzar era que nos quedásemos allí por fraires de veras, y que él nos enviaría adentro el bosque, donde tenía una granja, y yo cabaría las viñas y mi compañero guardaría un ható de ovejas; y si esto no queríamos, desde luego desembarazásemos la casa; yo respondí agradesciéndoselo que holgara dello; pero no podíamos por respecto que teníamos mujeres y hijos, que de otra manera Dios sabía nuestro muy buen propósito.

JUAN.—¿Pues el fraire mesmo había de cabar ni guardar ovejas?

PEDRO.—Quiéroos aquí pintar la vida del Monte Sancto, para que no vais tropezando en ello, y después acordadme dónde quedó la plática.

MATA.—Yo tomo el cargo deso.

PEDRO.—Los veintidós monesterios que os he dicho, todos, sino dos, están en la mesma ribera de la mar, y cada uno tiene una torre y puertas de hierro, y puentes levadizas, no más ni menos que una fortaleza, y no se abre hasta que salga el sol. Tiene ansí mismo cada monesterio su artillería, y fraires que son artilleros, y una cámara de arcos y espadas.

JUAN.—¿Para qué esas armas?

PEDRO.—Para defenderse de los cosarios, que

podrían hacer algún salto. La distancia de un monesterio a otro no será de dos leguas adelante. En el punto que sueltan una pieza de artillería concurrirán al menos tres mill fraires armados, y aun muchos dellos a caballo, y resistirán a un ejército si fuere menester.

JUAN.—Si esos están debajo el Turco, ¿quién les hace mal?

PEDRO.—Cosarios que no obedescen a nadie; son como salteadores o bandoleros en tierra.

MATA.—¿No será mejor a repique de campana?

PEDRO.—En todo el imperio del Gran Turco no las hay, ni las consiente. Unos dicen que porque es pecado; mas yo creo a los que dicen que, como hay tantos cristianos, teme no se le alcen o le hagan alguna traición; porque el repique de campana junta mucha gente; ni órgano tampoco no le hay en ninguna iglesia, que con trompetas se dice en Constantinopla algún día solemne la misa.

JUAN.—¿Pues cómo tañen los fraires o los clérigos a misa?

PEDRO.—Campanas tienen de palo y de hierro que tocan como acá.

MATA.—Eso no entiendo cómo pueda ser.

PEDRO.—Una tabla delgada, estrecha y larga cuanto seis varas; por en medio tiene una asa como de broquel, y tráenla en el aire en la una mano, que no toque a ropa ni a nada, y en la otra un macico, con el cual va repicando en su tabla por todo el monesterio, y hace todas las

diferencias de sones que acá nosotros con las nuestras.

JUAN.—¿Cómo acá los Viernes Sanctos?

PEDRO.—Cuasi. Las de hierro son una barra ancha y a manera de herradura o media luna, colgada de modo que no toque a ninguna parte, y allí, con dos macicos de hierro, hacen también sus diferencias de repiquetes los días de fiesta.

MATA.—Qué, ¿es posible que en tan grande miseria están los pobres cristianos? Nunca lo pensara. ¿Y tantos hay desos fraires?

PEDRO.—Ya os he dicho que en cada monesterio docientos o trescientos, así como los monesterios de acá y las perroquias; todo es una manera de celebrar allá; dígolo para que lo que oyes de Monte Sancto se entiende de toda Grecia.

MATA.—¿El comer?

PEDRO.—Ya os he dicho cómo comimos aquellos días de fiesta. Ellos tienen la mayor abstinencia que imaginarse puede. Primeramente no comen carne, ni huevos, ni leche, sino es obra de treinta o cuarenta días en todo el año; item tienen cuatro cuaresmas.

JUAN.—¿Los frailes o todos los griegos?

PEDRO.—Todos las tienen; pero más abstinencia tienen los fraires. El Adviento es la una, en el cual comen pescado si le tienen; luego la nuestra cuaresma, que la llaman ellos grande, la cual toman ocho días antes que nosotros, y en aquellos bien pueden comer todos huevos y leche y pescado. El domingo de nuestras Carnestolen-

das las tienen ellos de pescado y huevos y leche, si no fuere pescado sin sangre, como es ostras, caracoles, calamares, pulpos, gibias, veneras y otras cosas. Ansí, los fraires añaden más abstinencia, que no comen lunes, miércoles y viernes aceite, diciendo que es cosa de gran nutrimento, ni beben vino; guisan unas ollas de hinojo y favesoles, con un poco de vinagre; habas remojadas con sal de la noche antes tienen muy en uso y algunas acitunas.

JUAN.—¿Pasáis por tal cosa? ¿Y pueden resistir a guardarlo de esa manera?

PEDRO.—Como testigo de vista os diré lo que pasa en eso. No digo yo freire, ni en cuaresma, sino un plebeyo en viernes que esté malo, que se purgue, no comerá dos tragos de caldo de ave, ni un huevo, si pensase por ello morir o no morir y aun irse al infierno; en eso no se hable, que entre un millón que curé de griegos jamás lo pude acabar, sino unas pasas o un poco de aquel pan cocto de Italia. El Domingo de Ramos y el día de Nuestra Señora de Marzo comen pescado y se emborrachan todos los seglares, y aun de los otros algunos, y darán las capas por tener para aquel día pescado.

JUAN.—¿Celebran ellos la Pascua como nosotros?

PEDRO.—Como nosotros y cuando nosotros tienen todas las fiestas del año, y la mañana de Pascua es la mejor fiesta del mundo, que se besan cuantos se topan por la calle y se conocen, unos

a otros, y el que primero besa dice: "O Theos aresti." El otro responde: "Allithos anesti." "Cristo resucitó." Y el otro: "Verdaderamente resucitó."

MATA.—¿Y a las damas también?

PEDRO.—Ni más ni menos, si las conocen; aunque yo, para decir la verdad, aquel día si me parecía bien, aunque no la conociese, le daba las Pascuas en la calle y me lo tenía a mucho por ser español, y aun cobraba amistades de nuevo por ello.

MATA.—¿Hay hermosas griegas allá?

PEDRO.—Mucho, como unas deas.

JUAN.—Dejaos agora deso; ¡mirá adónde salta! ¿Cuál es la tercera cuaresma?

MATA.—No querría Juan de Voto a Dios oír hablar de damas burlando más de veras. Dios os guarde de todos los de tal nombre en achaques de sanctos.

PEDRO.—Desde el principio de Junio hasta Sant Juan; y ésta no hay abstinencia de pescado, aunque tenga sangre. La última desde primero de agosto hasta Nuestra Señora, y aun hay muchos que tienen otra quinta de veinticinco días, a Sant Dimitre; mas ésta no es de precepto.

JUAN.—Y en el sacrificar, ¿en qué difieren de nosotros?

PEDRO.—En el baptizar dicen que somos herejes, porque es grande soberbia que diga un hombre: "Ego te baptizo", sino "Dulos Theu se baptizi: el siervo de Dios te baptiza." Yo, hablando

muchas veces con el patriarca y algunos obispos, les decía que por falta de letrados estaban diferentes su Iglesia y la nuestra romana, porque esto del bautismo todo era uno decir: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, etc." y "El siervo de Dios te bautiza." No echan el agua de alto, sino tómanle por los pies y zapúzanle todo dentro de la pila. En la misa no hay pan senceño, ni curan de hostia como nosotros, sino un pedacillo de pan algo crecido. Las mujeres que llevan pan a la iglesia para ofrescer hacen una cruz a un lado del panecillo, para que de allí tome el sacristán para sacrificar, y en un platico lo tienen en el altar. La casulla es a manera de manto de fraile hasta en pies, con muchos pliegues; no le verán decir la misa, porque el altar está detrás de una pared a manera de cancel con dos puertas a los lados. El sacerdote, sobre la una, dice la Epístola al pueblo, y muchas oraciones que nuestra Iglesia dice el Viernes Sancto, ellos en todas sus misas las tienen. En la otra puerta dice el Evangelio. El credo y el pater noster no le dice el sacerdote, sino un muchacho a voces en medio de la iglesia.

JUAN.—¿Qué causa dan para que se ha de sacrificar con pan levado?

PEDRO.—Porque el pan sin levadura es como cuerpo sin ánima, y habiéndose de convertir en Cristo aquello, no puede si no tiene ánima. Son todos una gente cuasi tan sin razón como los turcos.

JUAN.—Ansí me parece a mí por lo que dellos me contáis. ¿Y cómo alzan el Sacramento?



PEDRO.—Tiénele el sacerdote en su plato cubierto con un velo negro, y sale por una puerta, y da vuelta por todo el coro a manera de procesión, y torna por la otra; y otro tanto al caliz, y de como sale hasta que torna ninguno mira hacia allá, sino todos, inclinadas las cabezas hasta las rodillas, y más si más pueden, están haciendo cruces y diciendo: “Chirie eleison, Chirie eleison.” En fin de la misa el sacerdote da por su mano a todos el pan bendito, que llaman “andidero”, y algunos entonces ofrescen algo, y no creáis que habrá griego que almuerce el domingo antes que coma el pan bendito. Las más veces hay en fin de la misa “psychico”, que es limosna que algunos dan de pan y sendas veces de vino a toda la gente que hay en misa, sentados por su orden. Como no conocen nuestro Papa, tienen por superior un patriarca, el cual reside en Constantinopla, y éste pone otros dos: uno en Antiochía y otro en Alejandría.

JUAN.—¿Qué renta tiene?

PEDRO.—La que tuviesen muchos perlados de acá; solamente aquello que por su persona allega pidiendo seis meses del año limosna en cada pueblo; es verdad que se lo tienen allegado, pero conviene ir en persona; lo que estando yo allá cada año allegaba eran trece mill ducados, de los cuales daba ocho mill al Gran Turco de tributo porque le deje tener la fe de Cristo en peso y hacer justicia en lo eclesiástico; y de los cinco o seis mill ducados se mantiene a sí y a los otros dos patriarcas.

JUAN.—¿Y ese es fraire o clérigo?

PEDRO.—No puede él ni obispo ni ninguno ser clérigo, porque los clérigos todos son casados a ley y a bendición. Ha de ser por fuerza de los de Monte Sancto.

MATA.—Eso de casados los clérigos, me decid: ¿Cómo casados? ¿Qué cosa es casados?

PEDRO.—¿No os tengo dicho que se vive allá a la apostólica, y no están debajo de nuestra Iglc-sia romana? Cada clérigo se llama papa: el papa Juan, el papa Nicolo, etc., y su mujer, la paparia.

MATA.—¿Cómo se holgaría Juan de Voto a Dios que acá se usase eso: digo a ley y a bendición, que sin ley y a maldición, de las de a pan y cuchillo, no falta, por la gracia de Dios. Tres veces ha parido la señora después que vos faltáis.

JUAN.—Para éstas, que yo sepa de aquí adelante de quien me guardar.

MATA.—No tenéis por qué os picar más vos que los otros, que yo no dije sino de los clérigos y teólogos de acá en comparación de los de allá; sé que vos no sois obligado a responder por todos.

JUAN.—Ello está bien. ¿Los obispos no ternán, a esa cuenta, mucha renta?

PEDRO.—La que les basta para servir a Dios; docientos o trescientos ducados el que más; y llámanse “metropollitas”; los obispados, como en renta, son pequeños también en jurisdicción; cuasi cada pueblo, como sea de docientas casas, tiene el su “metropollita”, y no puede salir de su obispado

si no es a la elección del patriarca, que es por mano destos y eligen a uno dellos.

JUAN.—¿Y éstos elígelos el mesmo patriarca de los de Monte Sancto?

PEDRO.—Sí.

JUAN.—¿Y los clérigos qué renta tienen? ¿Hay canonicatos o dignidades como acá?

PEDRO.—Ni aun beneficios tampoco; no penséis que es allá la sumptuosidad de las iglesias como acá; son pequeñas, como cosa que está entre enemigos, y herédanse como cosa de patrimonio; es como hay acá ciertas abadías en ermitas o encomiendas de Sant Juan. Tengo agora yo esta iglesia como cura della; tomo cuatro o seis papas que me ayudan, y parto con ellos la ganancia toda que los perroquianos me dieren, que es harta miseria, si no tienen otras cosas de que se sustentar así el cura como los otros.

JUAN.—¿Confíensanse?

PEDRO.—Como nosotros; no hay más diferencia entre su Iglesia y la nuestra de lo que os he dicho; en lo demás, entended que lo que vos hacéis en latín, el otro lo hace en griego.

MATA.—Acabemos si os parece a Monte Sancto, que después daremos una mano a lo que desto quedare. En ese monte tan scabroso, donde ni hay hombre ni mujer ni pueblo en diez leguas alrededor, ¿qué comen?, ¿de qué se mantienen?, ¿quién les da limosna?

PEDRO.—¿Limosna o qué? ¿Luego a hucia de la limosna se tienen de meter en las religiones te-

niendo sus miembros sanos? Cada mañana, en amanesciendo, que se abre la puerta y bajan la puente, veréis vuestros fraires todos salir con unos sayos de sayal hasta la espinilla, y unos bicoquis como éste; veinte por aquí con sus azadas a cavar las viñas; otros tantos por acullá con las yu-ladas; por la otra parte, otros tantos con sus ha-chas al monte a cortar leña o madera; cincuenta otros están haciendo aquel cuarto de casa, enye-sando, labrando tablas, y todo en fin, que ninguno hay de fuera. Maestros hay de hacer barcas y na-víos pequeños; otros van con sus remos a pescar para la casa; otros, a guardar ovejas; los de ofi-cios mecánicos quedan en casa, como zapateros, sastres y calceteros, herreros; de tal manera, que si no es el prior y el que ha de decir la misa, y algún impedido, no queda hasta una hora antes que el sol se ponga hombre en casa. Yo me espan-taba cuando no lo sabía; y caminando de un mo-nerio a otro veía aquellos, que cierto parecen hombres salvajes, con aquellos cabellazos y barbas.

MATA.—No parecéis vos menos en verdad.

PEDRO.—Y preguntábanme: “Po pai ¿iagio sini su pater agiotate?” “Sanctísimo padre, ¿dónde va vuestra santidad?” Yo, muerto de hambre y con mis alforjanzas a cuestras, respondía primero entre dientes: “¡La puta que os parió con vuestras sanc-tidades!”

JUAN.—¿Pues por qué os llamaban ansí?

PEDRO.—Usase entre ellos, aunque sea al coci-nero y al herrero, llamar sanctidad.

MATA.—¿Y cómo llaman al patriarca?

PEDRO.—Ni más ni menos. ¿Cómo queréis subir más arriba? Dentro el mesmo Monte hay muy buenos pedazos de viñas y olivares y heredades, adonde me querían enviar a mí a trabajar, que son muchos dellos de particulares, y lo venden.

JUAN.—Eso no entiendo.

PEDRO.—Digo que hay caserías, como digamos, con sus viñas y olivares; y el fraire que tiene dineros compra una de aquellas, y escoge cuatro o cinco compañeros que se lo labren y dales su mesa y mantiénense de aquello.

JUAN.—¿No comen en refitorio?

PEDRO.—Estos tales no, si no tienen muchos cuartos en la casa apartados que corresponden a aquellas caserías y son anejos a ellas, y allí se están y van a sus horas como los otros; mas no son obligados a trabajar nada para la casa.

JUAN.—¿Y esa quién la vende?

PEDRO.—El monesterio; porque cuando muere se queda otra vez en el monesterio, aunque en vida bien la puede vender. Ansí hay muchos labradores que son viudos o de otros oficios, y hacen dinero lo que tienen y métense fraires allí.

MATA.—¿Y lo que llevan es nuestro, como acá?

PEDRO.—No, sino suyo propio, que nadie se lo puede tomar.

JUAN.—¿Y esos no saben letras?

PEDRO.—De diez partes, las nueve no saben leer ni escrebir, y gramática griega, de mill uno, y aquella bien poca.

JUAN.—Pocos sacerdotes habrá a esa cuenta.

PEDRO.—Muy pocos. Cuando a la noche llegaban del trabajo, veníanme algunos a hablar; y yo no sabía de qué me conocían. Como venían con sus capas de coro, largas, de chamelote o estameña, y las barbas algo más peinadas, preguntábaseles quiénes eran o de qué me conocían. Decían: “¿Vuestra sanctidad no se acuerda que me preguntó por el camino estando yo cavando en tal parte?” Yo luego le decía: “¿Vuestra sanctidad es? Ya cayó en la cuenta”, si mala pascua le dé Dios.

MATA.—¿Cómo es posible haber pan y vino y todo lo necesario para tantas personas y tan grandes monasterios en solo pedazos del Monte?

PEDRO.—¿No dije primero que tenían sus “metoxias” o granjas fuera? Cada monesterio tiene una o dos o más “metoxias” fuera del Monte, junto a Sidero Capsia, y en las islas del arcipiélago algunas, como son en la isla de Lemno y del Schiatho, donde yo estuve, y Eschiro, que son de distancia de Monte Sancto quince leguas por mar; y en estas “metoxias” tienen sus mayordomos, con tantos fraires que basten a labrar las viñas y heredades, y con aquellos navíos pequeños que hacen van y vienen y venden lo que les sobra, y allí tienen ganado y gallinas para los huevos, porque carne no la comen, y otras granjerías de fraires; de la lana del ganado hacen de vestir para la casa a todos.

MATA.—¿Y esos trabajan mucho?

PEDRO.—Como los mayores ganapanes que hay

por acá; lo que seis obreros cavarán en un día, ellos largamente lo harán cuatro. ¿Qué pensáis? Antes que fuesen fraires, no eran más deso tampoco; ellos, al parescer, tienen vida con que se pueden bien salvar, y no piden a nadie nada ni son importunos.

MATA.—Si en nuestras fronteras de moros hubiese monesterios desá manera, no se deserviría Dios ni el Rey; porque a Dios le defenderían su fe y le servirían, y al Rey su reino, y que la gente de guerra que allí está se fuese al ejército donde anda su persona.

JUAN.—Decid vos eso y pelaros han dos fraires.

PEDRO.—No me ayude Dios si no creo que irían de tan buena voluntad la mayor parte dellos cómo a ganar los perdones de más indulgencias que la Cruzada concede, y aun que cortase tanto la espada de algunos como las de los soldados.

MATA.—Estaba pensando qué se me olvidaba de preguntar, y agora me acuerdo: ¿Qué habitó traen los clérigos griegos o papas?

PEDRO.—Unas ropas moradas por la mayor parte, aunque algunos las traen negras, y en la cabeza un barretín morado y una venda azul por la frente, que le da tres o cuatro vueltas a la cabeza.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## INDICE DEL TOMO I

---

	Págs.
El camino de Santiago.....	19
Las fundaciones de hospitales.....	34
La cena en casa de Juan de Voto de Dios.....	41
Las peregrinaciones.....	42
De cómo Pedro fué hecho cautivo.....	46
Pedro se hace pasar por médico.....	60
La vida en las galeras.....	63
Entrada en Constantinopla.....	86
Las desdichas del cautiverio.....	89
Pedro cura a su amo Zinán Bajá.....	105
Zinán Bajá quiere que Pedro se haga turco.....	119
Trabajos a que es condenado Pedro.....	121
La peste entra en los cautivos.....	141
La enfermedad de la Sultana.....	143
Otras curas de Pedro.....	158
Disputas con los médicos del Bajá.....	163
El Bajá da libertad a Pedro.....	196
Muere Zinán Bajá.....	209
La fuga.....	225
El viaje por mar.....	244
Los monasterios del Monte Athos.....	249

---